



LA LITERATURA DE VIAJES EN COLOMBIA. UNA APROXIMACIÓN AL
GÉNERO A TRAVÉS DE DOS LIBROS DE VIAJE A PRINCIPIOS DE SIGLO
VEINTE: *VIAJE A PIE* DE FERNANDO GONZÁLEZ Y *CUATRO AÑOS A BORDO
DE MÍ MISMO* DE EDUARDO ZALAMEA

Requisito parcial para optar al título de

MAESTRÍA EN LITERATURA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

(2011)

ANGÉLICA GONZÁLEZ OTERO

LILIANA RAMÍREZ GÓMEZ

Yo, ANGÉLICA GONZÁLEZ OTERO, declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en XXX en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana es de mi entera autoría excepto en donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Firma

Angélica González Otero

31 de Enero de 2011

Agradecimientos

Ante todo quiero agradecer a Cristo Figueroa, mi paisano y amigo, por permitirme la posibilidad de enseñar por primera vez. A Liliana Ramírez, por ayudarme a visualizar la importancia vital de esta investigación. A los alumnos, que durante estos cuatro años, me permitieron descubrir el valor y la satisfacción de ser profesora. A mis padres y hermanas, por su eterna comprensión y paciencia. A mis amigos, que soportaron hasta el cansancio, mis dilemas y dudas durante este tiempo. A mi querido amor, por estar a mi lado, siempre creyendo en mí, y en que esta tesis podría ser una realidad algún día.

Índice

Introducción	5
Una mirada al género de la literatura de viajes.....	7
Acerca del viaje: concepciones y significados.....	26
Un viaje a pie: de los cafetales al trópico.....	39
De Bogotá a la Guajira: de las tierras altas a los puertos costeros.....	62
Conclusiones.....	90
Bibliografía.....	97

Introducción

Cuando comencé mis estudios de literatura en esta misma universidad, participé en un seminario de culturas del Caribe, organizado por el Departamento de Literatura. Entre los invitados se encontraba el profesor e investigador de historia, cartagenero, Alfonso Múnera, hoy día director de estudios del Caribe y vice-rector de investigaciones de la universidad de Cartagena. Aquel día, Alfonso Múnera, se lució con una interesante conferencia sobre el sabio Caldas, y su teoría sobre la supuesta superioridad regional de los Andes sobre las regiones costeras, sobre cómo el clima de las cordilleras andinas propiciaba la capacidad intelectual de los hombres, mientras que en los climas costeros, calurosos y de ardientes soles, no se podía generar pensamientos intelectuales y era solo propicio para el desenfreno de las pasiones carnales y el ocio constante. Al finalizar su charla, Alfonso Múnera hizo estallar de risa al auditorio cuando dijo: “entonces tendremos que usar chaqueta en Cartagena”.

Ese recuerdo estuvo presente, durante la elaboración de esta investigación; desde entonces, ya han pasado más de diez años y creo que hasta hoy comprendo aquellas palabras de Alfonso Múnera, luego de que yo misma comprobara, a través de la ayuda de varios teóricos de la cultura, y de los resultados y descubrimientos de este trabajo, cuan perjudicial es elaborar juicios definitivos sobre las culturas, sobre sus valores y costumbres. Finalmente, nada o poco sabemos sobre ellas, casi todo es prestado, inducido o, simplemente, una supuesta “verdad natural”, que no tenemos ni idea de donde ha surgido, pero que a fuerza de estar y prolongarse, la creemos cierta.

Todos hemos sido presas de estos imaginarios prestados sobre las regiones del país; crecimos ya diferenciando al paisa del costeño y al cachaco del pastuso, incluso yo misma fui atrapada por los imaginarios estereotipados y absolutos sobre mi propia región, y tardé años en reconciliar e integrar en mi presente de provinciana en la capital, todo lo que significaba ser de un pueblo sabanero de la costa norte colombiana. El viaje y su sabio distanciamiento, me reveló lo que tantas veces ignoré y evité de mi cultura de origen, me posibilitó retomar todo lo que en mi esencia existe, y existirá, de mi pueblo caribeño.

Es así como, desde mi condición de mujer, de origen provinciano y educada en la capital bogotana, quise interrogarme sobre la manera cómo estaban representadas algunas regiones del país, en dos obras de viaje colombianas de principios de siglo XX: *Viaje a pie* de Fernando González y *Cuatro años a bordo de mi mismo* de Eduardo Zalamea; e intentar descubrir, a través del análisis crítico de las mismas, cómo se conforman los imaginarios sobre las regiones, en los relatos de viaje de estos autores colombianos, cómo se organizan las dinámicas de relación entre los valores y la cultura de los viajeros, y los diversos paradigmas y formas de vida de las regiones visitadas, para de esta manera, poner de nuevo en cuestión el desarrollo y el perfil del género de la literatura de viajes en Colombia.

Para realizar estos propósitos de investigación, elaboraré en el primer capítulo un breve contexto del género de la literatura de viajes, sus problemas teóricos, sus formas de análisis, el desempeño del género en Latinoamérica y en Colombia, y se reconocerá la importancia de la investigación en el campo de la crítica literaria en el país. En el segundo capítulo, se expondrán los presupuestos teóricos que servirán como herramientas para la realización de la investigación. En el tercer y cuarto capítulos, se analizarán las dos obras escogidas, desde algunos presupuestos del género de la literatura de viajes, tales como formas de representación, retóricas del viaje y tópicos de alteridad. En las conclusiones, se hará una puesta en comparación de los resultados del análisis de las dos obras de viaje, con relación a las preguntas de investigación, y se expondrán los aspectos más relevantes, sobre el comportamiento del género de la literatura de viajes a principios de siglo XX en el país.

Una mirada al género de la literatura de viajes

Hablar pues de literatura de viajes, o de viaje y literatura, es hablar de un género o subgénero, según la simpatía o generosidad del clasificador, pero también hablar de la médula misma del acto narrativo. Por un lado, viajar lleva inexorablemente a tener algo que contar; y por otra parte, al contar una historia jamás puede prescindirse del recorrido que uno ha hecho, por la vida y por el mundo. **Lorenzo Silva**

El acto de escribir sobre los viajes está presente desde los inicios de la civilización occidental: desde los viajes épicos de Jasón, Ulises y los fenicios por el mediterráneo, hasta la llegada de los españoles al continente americano, a finales del siglo XVI, catalogada por algunos como la última hazaña del hombre explorando el mundo. Todos estos acontecimientos viajeros pueden rastrearse en narraciones, crónicas, poemas épicos y en toda suerte de formas de escritura usadas por el hombre para comunicarse.

Narrar el viaje, como testimonio de una experiencia de vida, ha ido conformando una forma de escritura ligada al desplazamiento, al movimiento; dicha forma de escritura se ha ido modificando, adaptándose a los intereses y necesidades de los hombres de todas las épocas. El viaje, como recurso y motivación literaria, es recurrente en los relatos de la historia pasada y presente de la humanidad. La discusión si la literatura de viajes es o no un género, ha tomado importancia en el intento de replantear la tesis clásica de los géneros, que tiene vigencia desde Aristóteles, y que, por supuesto, permite establecer nuevos parámetros sobre la forma de entender los géneros literarios, ya que las circunstancias y realidades históricas también han cambiado y son motivo de nuevas formas narrativas. En el caso de la literatura de viajes, la cual se clasificó en el pasado como un “subgrupo temático” o “subgénero literario”, actualmente, cada vez más estudiosos apoyan su inclusión en la lista de los géneros literarios.

Al aproximarnos al género de la literatura de viajes debemos tener en cuenta algunos problemas o dificultades de orden teórico, que en vez de cerrar el horizonte de investigación, lo amplían y se convierten en posibilidades interesantes a la hora de acercarnos a este campo del estudio literario. Entre estos problemas teóricos encontramos principalmente: la definición y las características propias del género, las tipologías como herramienta teórica y la metodología de análisis. También se podrían incluir como

problemas teóricos: la cuestión del corpus siempre en constante cambio, la interdisciplinariedad del género, ficción y realidad, y el asunto de lo literario, entre otros.

En cuanto al tema de la definición del género de la literatura de viajes, se reconoce que llegar a una definición exacta y única no resulta confiable. En el *Diccionario de términos literarios* encontramos lo siguiente: “Expresión con la que se designa un subgénero literario que en sus diversas modalidades (libros de viaje, crónicas de descubrimientos y de exploración, itinerarios de peregrinos, cartas de viajeros, relaciones, diarios abordo, novelas de viaje, etc.) es un elemento recurrente en la manifestación cultural de distintas épocas y países”. (Estébanez, 1996, p.1078)

El crítico Julio Peñate(2004, p. 19) plantea que existen aspectos que complejizan la opción de una definición real de género de la literatura de viaje (aunque se intente hacer como una formalidad en los diccionarios especializados). Entre dichos obstáculos se pueden identificar: un corpus de obras variadas y de formas heterogéneas y libres, donde se vuelve difícil construir tópicos comunes; la condición interdisciplinaria, ya que el relato de viajes puede llegar a apropiarse de diferentes géneros y discursos, respetando a su vez las características propias de los mismos; el relato de viajes se puede nutrir de elementos de la autobiografía, epistolares, etnográficos, históricos, entre otros. Un ejemplo claro de esta situación puede ser el libro de viajes *Sendas de Okú*, de Matsúo Bashó, poeta japonés del siglo XVII, donde se pueden encontrar dos géneros incorporados al relato de viajes: el haibun o prosa y el haikú o poema breve. Ambas expresiones literarias se encuentran expuestas sin mezclarse, conservando cada una su naturaleza e intencionalidad en el relato. En cuanto a este tema, restaría preguntarnos si sería mejor hablar de “definiciones del género” y no de una sola y única definición. Las definiciones se podrían exponer o estarían sujetas a los diferentes intereses u objetivos de los campos de estudio, lo mismo que al corpus de obras que se elija para dicho estudio. De esta manera, se podrían ampliar el modo y la forma de definir un género tan complejo y extenso como lo es el de la literatura de viajes.

Al lado de la definición, otro problema teórico del género, según Julio Peñate, sería el de las tipologías. Para la organización de un corpus tan extenso y variado, los críticos del género han tenido que valerse de esta herramienta. Existen innumerables tipologías,

realizadas con diversos criterios y de acuerdo a las finalidades de las investigaciones críticas; como herramienta son útiles, ya que posibilitan establecer un orden a la hora de abordar las obras. Sin embargo, según Peñate, son un campo limitado debido a diversos aspectos, por ejemplo que “se fundan casi exclusivamente en la anécdota narrativa”, priorizando el argumento de la historia. Es el caso de los denominados viajes de peregrinos, viajes de exploración y aventura, viajes de viajeros imaginarios, etc. Otro problema importante de las tipologías, según el autor, es que tienen en cuenta sólo al viajero: “suponiendo que sólo él puede dar cuenta de la anécdota narrativa y del conjunto del texto” (p. 23). Ejemplo de esto son el viajero pensador, el *flâneur*, el turista, entre otros. Este asunto es muy importante ya que vendría a perfilar un punto reincidente del análisis de los relatos de viaje y es el “punto de vista del viajero”¹. Este enfoque de las tipologías se ha centrado en la “motivación u objetivos del viajero en su etapa inicial”, obviando las posibilidades de cambio que se pueden generar en el viajero a través de la travesía. Las tipologías pueden dar de manera superficial la garantía de un orden pero, finalmente, no logran responder en su totalidad la complejidad de un género como el de la literatura de viajes, tan diverso y amplio en formas de escritura.

Otro aspecto teórico del género, muy importante y bastante complejo, ya que abarca diversos puntos de vista críticos, haciendo difícil obtener una conclusión única, es el tema de la metodología de análisis del género de la literatura de viajes; tema largamente discutido y que no ha dejado de ser un reto más para el estudioso del género. Las preguntas que bien valdrían hacernos serían: ¿Cómo analizar relatos de viaje? ¿Existe un método de análisis?

¹ La mayoría de las veces se ha querido abordar las obras de viajes desde el sujeto viajero, dejando de lado otros aspectos también relevantes como el punto de vista de los “otros o visitados”. Mary Louise Pratt ha sido de las primeras críticas en intentar abordar otros aspectos textuales, intentando eliminar lo que ella describe como “mimesis crítica”, producto de una extrema identificación con el autor y el protagonista viajero; dicha crítica se vuelve cegata ante el sentido de alteridad y el aporte intrínseco de los que acogen y reciben al viajero y que pueden ser significativos en el proceso de análisis de las obras de viajes.

De manera general, se ha querido priorizar en el análisis de los textos de viajes aspectos como: el área temática -que ha sido la de mayor análisis-, donde se abordan grandes tópicos como el de la ciudad, el exotismo y los medios de transporte, entre otros. De la forma estructural de las obras se han estudiado el tiempo y el espacio, la manera de desenvolverse la trama y los recursos dramáticos, y en cuanto al contenido propiamente se han estudiado aspectos como la transformación del viajero, las funciones del azar y los grandes acontecimientos en el desarrollo de la narración, las descripciones como fuente de información, etc. Faltaría en esta enumeración añadir otros recursos de análisis que se han ignorado como el plano expresivo, el plano estructural y lingüístico, la relación del relato de viaje con su contexto histórico. Sin embargo, actualmente se han incluido nuevas fronteras críticas al género, sobre todo a partir de los estudios poscoloniales, donde se tienen en cuenta aspectos históricos y socioculturales, a la hora de abordar este tipo de literatura.

Sofía Carrizo Rueda es otra estudiosa del género que ha propuesto una forma más de abordar las obras de viajes. La crítica empieza por diferenciar la literatura de viajes del relato de viajes. La diferencia entre estas dos formas de escritura –si bien este tema sigue en debate crítico– sería que, según la autora, la literatura estaría más vinculada con elementos ficcionales y el relato tendería más a lo documental e informativo. Sin negar el carácter inclasificable y complejo de muchas obras que huyen de estos estereotipos, Carrizo parte de esta diferenciación para elaborar una propuesta crítica de las obras, donde elementos como la descripción y el desenlace están cumpliendo funciones diferentes tanto en la literatura de viajes como en el relato de viaje, ya que, por ejemplo, dentro del relato de viajes se encuentra casi difuminada la expectativa por el final de la trama, no ocurre así en la literatura de viajes, donde sí hay clara motivación por la espera del desenlace. Tendríamos entonces una señal clara de que el relato de viajes se sumerge más en funciones descriptivas, mientras la literatura sigue priorizando el contexto dramático de la historia. “En los relatos de viaje, resulta fundamental observar detenidamente qué aspectos recoge cada descripción. Y, asimismo, qué aspectos calla. Para los historiadores será un modo de acercarse a su mayor o menor veracidad y, para quienes deseen efectuar un análisis literario, el medio de poder dilucidar qué imagen de mundo es la que finalmente proporciona el texto.”(Carrizo, 1999, p. 350).

De igual forma, esta diferenciación discursiva no tiene que cumplirse a cabalidad en todas las obras, tampoco en todas las obras podemos establecer con claridad incuestionable estas actitudes. Por otro lado, Carrizo propone otro componente metodológico: la cuestión del emisor-receptor del texto, donde se vinculan las pretensiones del autor en el horizonte de recepción del relato; implica todo lo que el emisor o autor desea proponer en su obra y que se convierte en otro elemento de análisis importante a la hora de rastrear las huellas que marca el relato de viajes en su momento histórico y en sus posibles lectores, que también están enmarcados en una situación social y cultural específicas. Este aspecto metodológico lo podemos ligar con la repercusión o la búsqueda de significados históricos y sociales que se pueden hallar en las obras de viaje. Finalmente, el género está vinculado con diversas formas de representación cultural, lo que supone su conexión con las creencias e ideologías de las sociedades por las que se viaja.

Lo mismo sucede con los presupuestos teóricos sobre la escritura de viaje, como lo sugería anteriormente; en la actualidad, la mirada de análisis de las narrativas de viajes está más cercana a metodologías interdisciplinarias donde pueden confluír la etnografía, la geografía y la crítica literaria, bajo el amparo de las teorías poscoloniales y los estudios culturales. En esta nueva perspectiva se tienen en cuenta aspectos como las formas autobiográficas, tópicos de la otredad y representación cultural, entre otros. Desde este enfoque se pretende establecer nuevas propuestas para interpretar las dinámicas del viaje y las voces que en él hablan, donde identidades y subjetividades se transforman de manera constante. Para la crítica feminista Linda Mcdowell, uno de los grandes logros de los estudios teóricos actuales en el campo de la narrativa de viajes es el concepto de “diferencia”, ya que “desempeñó un papel fundamental contra el falocentrismo y universalismo del discurso occidental”(2000, p.315).

El relato de viaje es ahora una fuente para establecer y dilucidar cómo ha sido asimilado el imaginario cultural de los pueblos a través de la historia, imaginarios que muchas veces, han sido contruidos a través de representaciones estereotipadas que fijan y limitan la imagen de las culturas. También el relato de viaje puede ser fuente para entender la conformación identitaria de grupos sociales y étnicos, lo mismo que puede ser un

instrumento para descubrir la memoria de tantas voces opacadas por los discursos masculinos, coloniales y occidentales.

Del relato de viajes a la literatura de viajes, todas las categorías que se le imponen al género parecieran insuficientes y limitadas. ¿Cuántos relatos no son atravesados por la ficción y cuántas novelas de viajes no son testimonio de realidades históricas? Para intentar no encasillar o sobrevalorar algún aspecto del género, haciendo divisiones que promuevan un juicio de valor y conociendo de antemano lo problemático que resulta hablar de “literatura”, la crítica y periodista Pilar Rubio prefirió el término “narrativa de viajes” como una propuesta para totalizar las “formas del relato escrito”, diferenciando dichas narrativas de viajes que estarían más sujetas a los viajes reales donde confluyen lo testimonial y lo literario, de la novela de viajes “encuadrada necesariamente en un armazón ficcional” (Rubio, 2006, 248.). Estas dos grandes categorías constituirían el género de viajes.

Relato, literatura, narrativa, son nominalismos usados en un intento por delimitar las características de un género, que si bien hace parte de la constitución primigenia de la literatura clásica, también ha ido diversificándose en variadas y novedosas formas, donde el viaje ha encontrado su lugar para ser testimoniado. De igual manera, son variados los criterios que los críticos han asumido para abordar y sacar el mejor provecho de los textos de viajes. Dichas “narrativas de viaje” hoy día integran nuevos retos para los escritores y los críticos, gracias al auge creciente de las formas de representación como la fotografía y el video, cambiando el tipo de relación con esa otredad perceptible en el viaje y que está siempre susceptible de ser descrita: “...los efectos y la influencia que sobre el viaje físico ha derramado la era de la imagen y la comunicación. El principal de todos ellos es el sentimiento de perplejidad del escritor de nuestros días que se enfrenta abiertamente a un lector al que ya no puede deslumbrar con la sorpresa, con la descripción a secas de lo ignorado, pues este lector posee ya un cierto conocimiento real de lo desconocido” (Rubio, 2006, p. 245.).

La escritura de viajes ha transformado sus fronteras, se ha ido adaptando a las nuevas perspectivas y formas de comunicación: Guías y blogs de viaje se toman el espacio para testimoniar la experiencia del desplazamiento. De igual forma, se continúan actualizando las formas tradicionales como la novela, la crónica y los diarios de viaje, lo que hace que el

material de estudio siga vigente y en continuo crecimiento, e incluso rehaciendo la forma de percibir y entender lo literario, que no necesariamente debe adaptarse a los límites del canon.

La literatura de viajes en Latinoamérica

Las raíces de la literatura de viajes en Latinoamérica están, sin duda, en ese momento crucial para la historia cultural del mundo, como fue la llegada de los europeos a las tierras americanas. Misioneros y conquistadores fueron los primeros viajeros que tuvieron la oportunidad de enfrentarse a los pueblos americanos. Son esos primeros viajeros los que describirán en sus libros de viaje las primeras crónicas de las Indias, que más tarde serán valoradas por los críticos como escritos etnográficos. Dichas crónicas de indias serán la fuente para rastrear los testimonios que evidenciarían las relaciones del europeo frente al indígena. En su libro *El Viajero y la Memoria*, el crítico literario Fabio Martínez se pregunta sobre ese momento histórico: “¿Cómo se produce este primer encuentro con un mundo hasta ahora desconocido? ¿Cómo se efectúa ese proceso de alteridad y de reconocimiento del otro?”(2005, p. 32).

La respuesta que nos da el autor resulta acertada y oportuna, ya que si bien Cristóbal Colón propicia en Europa el deseo del viaje, haciendo posible el reconocimiento de un mundo más amplio y extenso, la misión conquistadora implanta una interacción cultural que no está de ningún modo presente dentro de los cánones de reconocimiento de las diferencias, sino va a predominar la negación del otro; la condición de indígena es vista por el europeo como inferior, propiciando el éxito del proyecto de la conquista y la colonia en el continente americano. “...Cuando Colón y los misioneros nombran y descubren al indio, lo hacen desde su lengua, desde su cultura, desde su religión, borrando cualquier posibilidad de reconocimiento del otro, evitando cualquier alternativa de intercambio dialógico.” (Martínez, 2005, p. 34).

Por esto, en los siglos XVI y XVII predominarían imaginarios y representaciones contaminados por una visión sesgada y parcial, donde los misioneros y conquistadores intentarán abolir las diferencias culturales a través de imposiciones religiosas e ideológicas

propias de su cultura. Cabría entonces preguntarnos si esta situación se acaba en los siglos siguientes o si, más bien, se disfraza con otros mecanismos de dominación más sutiles y en apariencia inocentes; como se puede dilucidar en el proyecto científico del siglo XVIII, donde el misionero y conquistador le dieron paso al científico naturalista.

Para la segunda mitad del siglo XVIII, se inicia un nuevo proyecto de viaje, direccionado al mundo del conocimiento y la ciencia, como lo sería la recopilación de la historia natural del mundo. Este proyecto se realizaría de forma paralela y similar en América, Asia y África; grandes expediciones como *La Contamine*, representarían los inicios de este proyecto europeo que marcaría, como dice Mary Louise Pratt: "...un cambio en la concepción de Europa de sí misma y de sus relaciones globales." (1997, p. 52). En estos viajes, Europa se mantendría al margen de propósitos de explotación, para recuperar un nuevo tipo de viajero, que ahora coleccionaba y clasificaba plantas y animales alrededor del mundo, mientras respetaba la naturaleza.² ¿Qué había detrás de este proyecto de clasificación del mundo natural? ¿Qué consecuencias tuvo en la historia global de occidente? Para Mary Louise Pratt este proyecto de sistematización de la naturaleza no era tan benigno como se pretendió mostrar al mundo sino, por el contrario, establecería aún más el abismo entre el llamado mundo civilizado racional del europeo y el denominado mundo salvaje e inculto de las colonias: "Es posible encontrar aquí una imagen utópica de un sujeto burgués europeo, simultáneamente inocente e imperial, imponiendo una visión hegemónica inofensiva, que no instala aparato alguno de dominación." (1997, p. 71).

La dominación a través del conocimiento se vuelve posible al constatar que la relación entre el que ve y los que son observados es desigual, lo que ocasiona que la sistematización racional del mundo natural esté cargada de discursos de élite, impuestos sobre pueblos subvalorados.³ El europeo continúa expandiendo su visión imperial pero ahora de manera menos evidente. Para Mary Louise Pratt, las consecuencias futuras de este proyecto

² "Comparado con el navegante o el conquistador, el naturalista recolector es una figura benigna u con frecuencia hogareña, cuyos poderes transformadores actúan en los contextos domésticos del jardín o de la sala de colecciones". (Pratt, 1997, p. 55)

³ Tal vez sea oportuno recordar que esto sigue ocurriendo en algunos sectores académicos en la actualidad, y que ha ocurrido desde prácticamente el comienzo del siglo XX, con el advenimiento de la nueva antropología social fundada por Manilowski, tanto en América como en todo el tercer mundo. Este asunto puede resultar más complejo, ya que ese poder de clasificar y denominar desde una perspectiva hegemónica, no es exclusivo de los europeos, sino de la élite académica, sin importar su nacionalidad.

naturalista reflejarían, ya sin velos, como la sistematización de la naturaleza englobaría al mundo en un esquema controlado, donde incluso los hombres estarían incluidos.

El científico naturalista se encuentra por fuera de su propuesta sistemática del mundo, él es quien impone orden y nombra, instalándolo en un lugar privilegiado, casi en la escala de creador. Más adelante, este proyecto sería el inicio de lo que se convertiría en la estructura de la “vida burguesa”⁴, donde la figura del Estado sería organizada desde patrones socioeconómicos que ejercerán el control, imponiendo modelos de vida y excluyendo otras formas de organización social y cultural, consideradas como no válidas a la hora de competir con estos “modelos” hechos a la medida de la razón civilizadora.

Con la llegada del siglo XIX, se inaugura el que ha sido denominado “el gran siglo viajero”; el mundo necesitaba ser redescubierto y descrito, y muchos europeos se desplazaron por el mundo con el ánimo de mirar por sí mismos tierras lejanas y extrañas. Al continente americano llegaron ingleses, suecos y alemanes, entre otros. La mayoría de ellos escribieron diarios de viaje, durante el viaje o cuando volvían a sus países de origen. Los diarios de viaje eran el material de la época a través del cual era posible saber sobre el mundo. Después de tres siglos de colonialismo español, las nacientes naciones americanas se convirtieron en un potencial mercado de materias primas para explotar, lo mismo que un territorio inexplorado y exótico para muchos viajeros. Algunos de ellos llegaban a América con misiones diplomáticas o mercantiles; otros llegaban por pedido de los propios gobiernos americanos para que trajeran sus ideas de progreso y sus conocimientos en campos como la educación, la geografía, la economía y las aplicaciones prácticas como la ingeniería.⁵

⁴ “La sistematización de la naturaleza lleva esta imagen de acumulación a un extremo totalizado, y al mismo tiempo modela el carácter extractivo, transformador del capitalismo industrial, y los mecanismos ordenadores que empezaron a dar forma a la sociedad de masas urbana en Europa bajo la hegemonía burguesa. Como constructo ideológico, la sistematización de la naturaleza representa al planeta apropiado y reorganizado desde la perspectiva unificada, europea”. (Pratt, 1997, p. 73).

⁵ Entre los extranjeros más prominentes de este periodo encontramos nombres como: Charles Stuart Cochrane, inglés que emprendió un recorrido en barco por América, pasó por Venezuela, Colombia, entre otras regiones, y se involucró en el comercio de perlas. Dejó consignadas sus aventuras en el *Journal of a residence and travels in Colombia, Turing the years of 1823 and 1824*. Edouard Francois André, arquitecto y paisajista francés, realizó un viaje entre Barranquilla y Quito en 1870, recopilando información sobre plantas ornamentales. Fue auspiciado por su gobierno y dejó registrada su travesía en crónicas publicadas en la revista francesa *Le Tour du Monde*. Otro francés, Gabriel Lafond de Lurcy, marino, recorrió la costa pacífica de

A partir de la independencia, las ideologías europeas fueron parte del pensamiento americano. Europa fue un punto de referencia importante para la conformación de las nuevas naciones, ya que era hito de los valores del progreso, por lo cual desde el siglo XIX hasta las primera dos décadas del siglo XX, muchos criollos hispanoamericanos también viajarían a Europa buscando una realidad que les hablara de la modernidad y la civilización de la que carecían las nacientes naciones americanas. Dicho viaje se establece en la pequeña burguesía criolla como una forma de estatus social y aprehensión cultural. Para los criollos era parte del viaje tratar de leer y descifrar lo europeo, y luego escribirlo en sus narraciones de viaje. Muchos de estos viajeros ya conocían y habían leído libros de viaje a través de todo el auge libresco que el género de viajes había producido en Europa. Cada viajero escribe su versión de Paris, España, Italia; entre estos escritores tenemos a Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, José Enrique Rodó, Aurelia Castillo y Juan José Tablada, entre otros. En Colombia, una obra que ejemplifica este periodo es *De sobremesa*, de José Asunción Silva, escrita en 1896 y publicada en 1925; la obra narra el viaje del poeta y hombre de negocios José Fernández a Europa, quien escribe un diario donde se puede leer las crecientes diferencias entre la vida provinciana de Santa fe de Bogotá y el mundo cosmopolita europeo.

También en este periodo, muchos escritores viajeros hispanoamericanos quisieron afianzar la importancia de recorrer sus propias geografías, en muchos casos como una manera de recuperar o consolidar la esencia americana, cuando el auge de la modernidad en el mundo y de las potencias extranjeras se filtraba en el continente. Ejemplo de ello, en la Colombia del S. XIX, fueron Max Gillo, Miguel Triana, José María Samper, Soledad A. Samper, Medardo Rivas y Emiliano Restrepo, entre muchos otros. En el siglo XX se encuentran figuras como Germán Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón y José Eustacio Rivera, entre muchos otros, incluyendo los dos escritores que trabajaremos en esta investigación: Fernando González Ochoa y Eduardo Zalamea Borda. Dos escritores viajeros colombianos que recorrieron regiones del país como el Eje Cafetero, el Pacífico y la Guajira.

Hispanoamérica. Dejó escritos varios documentos sobre economía, la educación y el clima de sus viajes por el continente. William Eleroy Curtis, viajero diplomático y periodista, en 1880 viajó a América Latina, enviado por su gobierno para evaluar el potencial comercial de la región.

Después de recorrer los diferentes momentos de la historia del género de la literatura de viajes y exponer como, a partir de la llegada de los españoles, se genera para el continente americano un silencio e invisibilidad de sus formas de vida, siendo opacadas y subvalorizadas por las potencias coloniales, nos preguntamos cuál será la situación del siglo XX frente al género de la literatura de viajes en América Latina y más propiamente en Colombia.

La crítica literaria Elena Palmero, en su artículo sobre el escritor Alejo Carpentier, hace un recorrido sobre la evolución del discurso de viaje en la narrativa ficcional de Latinoamérica. Palmero visualiza tres momentos importantes donde el viaje, como motivo narrativo, se toma la ficción para hacer parte imprescindible de los procesos literarios del continente. Un primer momento se da en las primeras etapas del siglo XX; la crítica identifica una narrativa sujeta a un modelo “decimonónico” y “convencional”, donde priman la historia por encima de la voz del viajero: “Textos de temporalidad dilatada, de evidente distancia entre los tiempos del contar y los tiempos de la historia contada, y en las que el afán del escritor se concentra en la acumulación de información en detrimento de la imagen del informante o de cualquier mecanismo que exteriorizara las relaciones pragmáticas del relato”. (Palmero, 2006, p. 30)

En este periodo estaría el componente del viaje inmerso en la anécdota y los sucesos, lo que lleva como consecuencia un modelo narrativo temporal, lineal y estructurado. Este periodo tiene como referentes las novelas *Raucha* de Ricardo Güiraldes, *La vorágine* de José Eustacio Rivera y *Canaima* de Rómulo Gallegos. Para mediados del siglo, Palmero identifica un cambio radical en dicho modelo, para cederle paso a una narrativa que juega a fracturar el tiempo, asimilando posturas más complejas frente a la forma de narrar las temporalidades, incluso buscando en el espacio mítico una vía para contrarrestar el predominio del tiempo cronológico. De igual modo, será recurrente en el discurso de viaje la apropiación de ideologías menos progresistas, aceptando visiones más ligadas al retorno del origen, como posibilidad de un rescate de la identidad. Entre las novelas que ejemplifican este modelo, la autora cita *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier y *La casa verde* de Vargas Llosa, entre otros.

Hacia finales de los años 80 y 90, Palmero denomina como “performance” el novedoso encuentro entre lo ficcional y lo escritural, donde se privilegia las formas de representación en la novela, llegando incluso a la parodia, como una forma de subvertir los discursos homogéneos, resueltos y claros a nivel formal. Entre las obras que la autora menciona están *Vigilia del almirante* de Augusto Roa Bastos y *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier. Finalmente, en los años noventa las narrativas de viajes se conformarían a partir de lo migrante: personajes en permanente travesía, que hablan tanto desde fuera de sus lugares de origen como dentro de ellos. Las narrativas de cubanos y mexicanos expuestas desde los Estados Unidos, pueden ser un buen ejemplo de esto, afirma la autora.

Luego de este recorrido podemos determinar que la constante reiteración del viaje dentro de las narrativas de ficción puede estar vinculada a la búsqueda del espacio narrativo como un lugar para describir y representar las identidades latinoamericanas, lo que lleva a encontrar en la narrativa de viajes, en los viajeros, un perfil de ayuda a la consolidación de un testimonio que cuente lo americano, en esos espacios narrativos híbridos, descentrados, que asumen desiguales y extensas temporalidades para recrear desde el viaje la esencia cultural y diversa de un continente.

Para Fabio Martínez, crítico colombiano que se ha dedicado a estudiar el fenómeno de la literatura de viaje en el continente, el discurso literario de viaje será la solución de esa alteridad maltratada por los siglos anteriores, a través de la imposición ideológica de conquistadores y misioneros sobre nuestras culturas (2005, p. 55). La novela de viajes del siglo XX en el continente posibilitará, ahora sí, el reconocimiento y la visibilidad del hombre americano. El autor propone que es la independencia de la ficción literaria frente a la historia, frente a la religión, su carácter simbólico, metafórico e imaginario lo que permite la exploración del otro desde diversas fuentes: “La novela de viajes en el continente correrá a lo largo del siglo XX preguntándose sobre los problemas del exotismo, la identidad y la alteridad.” (Martínez, 2005, p. 13). La narrativa de viajes es un vínculo para recobrar la memoria colectiva de las identidades latinoamericanas y en eso se vincula con Elena Palmero, ya que Martínez ve en la novela de viajes una oportunidad que los escritores latinos toman para restablecer el diálogo entre diversos temas como “la riqueza del mestizaje, la ambigüedad social que caracteriza al mundo latinoamericano como

producto de una cultura alterada, la indagación de nuestros orígenes.”(Martínez, 2005, p. 215).

De esta manera, podemos asumir que la narrativa de viajes en el continente ha tenido una especial relevancia dentro de los procesos de construcción de la memoria y la identidad del continente, gracias a que se muestra como un lugar indicado para explorar geografías e imaginarios que nos hablen de lo que nos hemos convertido con el paso de los siglos. De igual manera, su vigencia y permanencia está vinculada a todos los asuntos y problemáticas sociales de violencia, desplazamiento y migración; fenómenos presentes en la vida de los latinoamericanos y que seguramente serán ejes importantes para la permanencia del género.

Colombia y su aporte a la narrativa de viajes

El siglo XIX en Colombia se había mostrado en una narrativa de viajes descriptiva, apegada a lo verosímil de los descubrimientos del mundo natural; la expedición botánica fue un buen ejemplo de esto. Con la llegada del siglo XX, el país se verá invadido de novelas que tienen el viaje como centro de sus argumentos. La novela de José Asunción Silva, *De sobremesa*, como lo había mencionado antes, será la que inicie el ciclo de producción de la narrativa de viajes en el país. La figura del viajero se establecerá en la escritura y será la que propicie nuevos interrogantes en la discusión de la construcción del país, posibilitando nuevas miradas al desarrollo y la innovación narrativa. No en vano *De sobremesa* ha sido considerada una de las primeras muestras de la modernidad literaria en Colombia.

La presencia del viajero en la narrativa colombiana será la que ponga en la balanza las dicotomías culturales que van a estar presentes en la vida social y política del país, incluso hoy día -civilización y barbarie, cultura europea y cultura americana, metrópoli y colonia, centralismo y provincia-, para desarrollar más adelante una visión del país más compleja, donde la búsqueda de los orígenes posibilitaría desarrollar aspectos narrativos que evidencien los pliegues heterogéneos y diversos que amparan nuestra identidad. Con la entrada del siglo XX llegarían novelas que intentaron escapar de las visiones sesgadas y provinciales -tan comunes en las narrativas de los siglos pasados- para ir al encuentro de

perspectivas más amplias, donde se evidencien espacios territoriales no convencionales: regiones del país ancladas en la periferia, que evidencian la existencia más allá del centralismo imperante de la época. En esa perspectiva se encuentran las dos novelas de viaje que he escogido para esta investigación: *Viaje a pie*, publicada en 1929, del autor antioqueño Fernando González y *Cuatro años a bordo de mí mismo*, publicada en 1934, de Eduardo Zalamea Borda.

Ambas novelas fueron controversiales para la época, siendo receptoras de críticas por parte de estamentos de poder de la época: *Viaje a pie*, que fue prohibida por el arzobispo de Manizales y, de igual manera, *Cuatro años a bordo de mí mismo*, rechazada por parte de los críticos literarios que, en un principio, no comprendieron su propuesta estética. Estas razones fueron el detonante de mi curiosidad, ya que encontrarme con dos obras que tienen como motivo narrativo el viaje y donde los escritores describen al país desde algunas de sus regiones, logró moverme hacia el descubrimiento de cuál era la representación que estos viajeros hacían en sus obras de dichos lugares lejanos y desconocidos del país, como lo eran la Costa Caribe y la Costa Pacífica.

Entre la publicación de *Viaje a pie* en 1929 y *Cuatro años a bordo de mí mismo* en 1934, se gestó un cambio relevante en la forma de gobierno del país, ya que se consolidó, en 1930, el liderazgo del partido liberal y la caída de la hegemonía conservadora que se había instaurado desde 1885. Para los primeros años del siglo XX, el río Magdalena continuaba siendo el bastión económico, como lo había sido desde la colonia, a pesar que la mayoría de los vapores que funcionaban en el río eran de empresas británicas.

La iglesia católica, gracias a su alianza histórica con los conservadores, era un apoyo en la vida del Estado, imponiendo su criterio en los ámbitos de la vida social del país. Esto empieza a transformarse cuando el partido conservador cede su poder electoral y llega la llamada “república liberal”, que abarcaría el periodo entre 1930 y 1946. Dos eventos relevantes se encuentran en este periodo: la gran depresión económica y la integración de Colombia en los mercados internacionales, gracias al Café. De igual manera, las guerras civiles le cedieron paso a otras formas de protesta política, como los sindicatos de trabajadores, posibilitando que los temas sobre los derechos sociales y políticos se pusieran a la orden del día. A partir de 1918 surge el llamado “sindicalismo heroico”, donde se

activan las luchas sindicales del proletariado moderno, dando origen a los primeros partidos comunistas. Como dice el historiador Marco Palacio: “los sindicatos fueron a los liberales lo que la iglesia había sido a los conservadores” (2003, p. 345).

Como la economía cafetera empezó a dominar el país, las regiones y las fronteras estallaron en conflictos de diferente orden; comenzó la historia de los saqueos de maderas en el Chocó y en Urabá, la cacería de garzas en los Llanos de Arauca para exportar a Europa y la explotación del caucho para las empresa automotrices que puso la Amazonía en los ojos del mundo. De igual forma, las fronteras con Venezuela y Ecuador eran sinónimo de violencia, gracias a la lucha por la dominación de los recursos. El país se hacía cada vez más grande e ingobernable para los poderes centrales que finalmente no podían ejercer control en la totalidad del territorio. Bajo este panorama histórico se escribieron y publicaron las dos novelas que serán objeto de análisis en esta investigación.

Panorama crítico de Viaje a pie y Cuatro años a bordo de mí mismo

La novela *Viaje a pie* es escrita por Fernando González Ochoa (1895- 1964), personaje controversial y complejo, que divagó entre la filosofía y la política. Entre sus obras más importantes están varias novelas, tres biografías, dos libros de ensayo y de cartas, y la publicación de 16 volúmenes de la revista *Antioquia*, de la que fue fundador y editor. Los críticos que se han acercado a su obra tienden a hacer semblanzas favorables en pro de convertirlo en el gran pensador de Antioquia, pero un estudio serio de su obra ha sido siempre el gran ausente. Los nadaístas, principalmente Gonzalo Arango, admiraron su rebeldía y anarquismo frente a los convencionalismos de su tiempo; su pensamiento filosófico ha sido objeto de análisis de los críticos que han intentado clasificarlo en un sistema coherente y lógico, pero sólo han hallado bellas y grandiosas contradicciones. Admirado por unos y rechazado por otros, el “loco de Otraparte”, como se le dijo durante mucho tiempo, genera ideas encontradas en sus lectores, que no saben si es ateo, místico o simplemente loco. Nació en la región de Envigado, en Antioquia; fue expulsado del colegio jesuita en su adolescencia por sus lecturas de filósofos como Nietzsche y Kant, y por expresar sus ideas a sus compañeros de clase, poniendo en duda la existencia de Dios.

Fernando González fue yerno del ex presidente Carlos E. Restrepo, abogado de profesión, magistrado, juez, cónsul de Colombia en varias ciudades de Europa y político fugaz cuando intentó ser gobernador de Antioquia, fracasando en las elecciones, para finalmente morir refugiado en su finca *Otraparte*, donde era visitado por jóvenes e intelectuales de su época.

Cuando Fernando González realiza la aventura del viaje que narra en su libro, *Viaje a pie*, tiene 33 años y trabaja como juez en Medellín; el viaje lo realizó acompañado de su amigo y secretario Benjamín Correa, que acababa de renunciar a sus estudios para postularse como jesuita. Esta travesía duraría 45 días, durante los cuales recorrieron regiones colombianas tales como algunas provincias antioqueñas, Caldas, Quindío y el Valle del Cauca, donde finalizará su viaje al llegar al océano pacífico.

Viaje a pie fue publicada en el año 1929. En una breve investigación de la bibliografía crítica de esta novela se pueden encontrar varias tendencias de análisis: la primera, y la más recurrente, es el acercamiento a la novela desde un punto de vista filosófico, donde se exploran la conformación de las ideas y conceptos del libro, lo mismo que los procesos metodológicos que el autor hace para lograr la configuración de su pensamiento teórico; esta crítica está más dirigida a mitificar a González como filósofo y metafísico. Son, sobre todo, los críticos antioqueños quienes más abogan por esta línea.⁶ En esta tendencia crítica también se afirma la relación de la experiencia vital que se encuentra detrás de las propuestas y teorías del autor sobre los grandes temas: el amor, la muerte, la religión, etc., que encontramos expuestos en la novela. Por esto, es común que los aspectos biográficos del autor hagan parte central del análisis del libro. Este asunto, sin embargo, no es exclusivo de esta línea crítica ya que, en casi toda la crítica sobre su obra, los aspectos de la vida del autor siempre están presentes, haciendo que predomine un tipo de crítica personalista y de continua exaltación.

Otra tendencia crítica hacia el libro es el análisis desde un punto de vista político y religioso, debido a las muchas referencias del libro a personajes de la época, a la acérrima crítica al partido conservador y a la relación del autor con la figura de Jesús, expresada en las últimas páginas de la novela.⁷ También la novela se ha leído y estudiado desde el

⁶ Baldomero Sanín Cano, Alberto Restrepo, Jorge Vicente Ordenes y Mauricio Jaramillo, entre otros.

⁷ Duque, J. (1976), *Literatura y Realidad*, Bogotá, Oveja Negra.

concepto de viaje; la mayoría son artículos cortos donde se asume al autor como viajero y se enumeran los aspectos descriptivos del libro y el cómo el viaje se convierte en una experiencia para producir ideas novedosas y controversiales, que ampliarían la visión de la provincial Colombia⁸. Fabio Martínez ha denominado a González como “el viajero pensador”, que impulsado por sus ideas ha abierto la mentalidad de la sociedad de la época (“El viajero pensador”, 2005). La crítica no deja de señalar los aspectos positivos e innovadores del viaje que realiza González. Baldomero Sanín Cano ha denominado la novela como un “libro profético” (“Viaje a pie de Fernando González”, 2005), tanto por sus atrevimientos formales, cercanos al humor, la ironía y el lenguaje directo, como por su visión moderna del futuro latinoamericano. Esta tendencia crítica no deja de ser también personalista, ya que la mayoría de las veces se centra en el autor, dejando de lado aspectos narrativos y de estilo que también están presentes en la obra.

La segunda novela que se trabajará en esta investigación es *Cuatro años a bordo de mí mismo*, del escritor bogotano Eduardo Zalamea Borda (1907- 1963). Alrededor de sus diecisiete años, Eduardo Zalamea viaja a la Guajira donde permanecerá durante cuatro años; luego retorna a su natal Bogotá e ingresa a trabajar como reportero del periódico *La tarde*. Estando en dicho periódico, publica un poema llamado *Bahíahonda* y un escrito denominado *Memorias de Uchi Siechi Kuhmaré*. Ambas publicaciones son un antecedente de lo que será su primera y única novela publicada: *Cuatro años a bordo de mí mismo*, escrita entre Mayo de 1930 y Enero de 1932, como un testimonio de esos cuatro años de vivencias en la Guajira colombiana.

Eduardo Zalamea es recordado hoy día como un cronista destacado. Su pensamiento quedó inscrito en tres columnas llamadas: *Fin de semana*, *La ciudad* y *El mundo*; al final de su vida escribió en una columna que denominó *Pausa de domingo*, exclusivamente sobre asuntos literarios. Todas estas columnas fueron escritas para el periódico *El Espectador*, entre los años de 1940 y 1950, firmándolas con el seudónimo de Ulises. En estas columnas, Eduardo Zalamea escribía sobre diversos temas: arte, cine, literatura, moda, etc. También

Silverio Pérez y Germán Pinto, entre otros.

⁸ José Broderick, Estanislao Zuleta, Helena Uribe, entre otros.

escribió otra novela llamada *Cuarta Batería*, pero nunca llegó a publicarse porque se extravió en un incendio y se quemaron los originales.

En un primer momento, la novela *Cuatro años a bordo de mí mismo* no es bien acogida por el público crítico de la época, quien no dudó en catalogarla de pornográfica; fue necesario que transcurrieran muchos años para que su técnica de escritura y lenguaje fueran valorados por su carácter innovador. A partir de aquí, la crítica comenzó a interesarse por ella y la denominó “novela de la tierra” al lado de *La Vorágine*; luego se matizó este paradigma y se trató de ubicarla en un lugar de tránsito entre la novela de la tierra y la novela urbana, por su tratamiento del lenguaje y sus innovaciones formales. Así mismo, la crítica quiso ver en ella un testimonio de denuncia, que al igual que *La Vorágine* visibilizaba una situación de explotación, en este caso de los indígenas de la Guajira en la Costa Caribe. Más tarde, la crítica asumió nuevos horizontes y empezó a leer la novela desde los paradigmas de la historia literaria, donde se debatía el carácter moderno o romántico de la narración. Entre estos críticos se encuentra Raymond Williams (citado en Rodríguez, 2002), que afirma que la novela es un primer atisbo de la novela moderna en el país; de igual manera, Álvaro Pineda Botero (citado en Rodríguez, 2002) añade que no sólo es una novela moderna sino que también es una crítica a la modernidad. También entre este grupo se encuentran Bogdan Protrowsky (citado en Rodríguez, 2002), que descubre en la novela las creativas maneras del autor para exponer el tiempo y el espacio, generando un sentido profundo de la vida y el mundo que le rodea. El crítico Eduardo Jaramillo (citado en Rodríguez, 2002) se separa de esta mirada y ve en la novela líneas vanguardistas, debido al tratamiento sensorial que se expone en el lenguaje.

Una crítica más reciente, como la lectura de Jaime Alejandro Rodríguez, propone una interesante visión, donde él utiliza el término “novela de frontera” para exponer un tipo de literatura donde se exploran territorios alejados del centro y ve en el protagonista no al héroe moderno sino una prolongación de la visión conquistadora de las maquinarias industriales que precisamente buscan las periferias para expandirse y dominarlas: “El protagonista, joven vigoroso que desea penetrar y conquistar lo virgen, hace lo mismo que hacen los mercados en el proceso de industrialización que es abrir las fronteras, hacia

territorios vírgenes y desconocidos, que deben ser oficialmente conquistados por las fuerzas progresistas” (2002, p. 55).

De igual forma, la novela también ha sido leída por diversos críticos desde una perspectiva de crónica de viaje. Cuando se ha leído desde esta perspectiva, la novela se ha analizado casi siempre desde el punto de vista del viajero: héroe mítico que atraviesa el rito iniciático del viaje o viajero que actualiza el cuerpo nómada convirtiendo el viaje en vehículo para su transformación interior.⁹

En esta investigación se intenta poner de nuevo en cuestión el género de la literatura de viajes en Colombia y, a través del análisis crítico de estas dos novelas de viaje, descubrir cómo están representadas las regiones del país, cómo se conforman en el relato las dinámicas de relación entre los valores y la cultura del viajero y los diversos paradigmas y formas de vida de las regiones visitadas.

⁹ Son los casos de Mario Mendoza (1994) y Carolina Amaya (2001).

Acerca del viaje: concepciones y significados

El viaje como acción humana es un símbolo vinculado de manera intrínseca a la cultura y la vida de los hombres. Por esto, hablar de viaje es tan común como hablar de muerte, de dinero, de comida. Sin embargo, las características y los rasgos del viaje han ido a la par de los cambios históricos, adaptándose a las necesidades de cada época, participando de las búsquedas de los hombres. Viajar para conseguir recursos y hacer intercambios comerciales, viajar para explorar y conquistar territorios, viajar para hacer una peregrinación a un lugar sagrado, viajar para clasificar el mundo natural, viajar para poseer cultura y conocimiento, viajar para obtener gozo y placer. En fin, estas serían cualidades afortunadas del viaje, desplazarse para obtener algo que gratifique la vida individual o colectiva. Pero al lado de tantas visiones favorables del viaje, encontramos su lado desafortunado, donde el viaje puede no ser el símbolo de la libertad y la independencia, sino todo lo contrario, una expresión de desarraigo y exilio, donde la ruta se vuelve irremediable: refugiados, desplazados, inmigrantes y exiliados de todo el mundo pueden dar fe de esto.

En esta línea de sentido, el viaje, como signo social, puede ser lugar de exclusión para los actores no favorecidos por las hegemonías culturales, que han tenido que ir construyendo para la historia formas de visibilidad y de inclusión. Para James Clifford, el concepto de viaje posee algunos prejuicios históricos que se encuentran asociados a unas "...prácticas europeas, literarias, masculinas, burguesas, científicas, heroicas, recreativas"(1999, p. 48). Estas afirmaciones nos limitan la concepción de viaje hacia parámetros de marcado privilegio sociocultural, y el privilegio no puede ser obtenido bajo condiciones de desventaja de género, raza, credo o condición socioeconómica. Por tanto, las posibilidades de movilidad han sido limitadas o han estado sujetas a condiciones impuestas por "otros" sí autorizados para el viaje: "Pues en los relatos de viaje dominantes, una persona no blanca no puede figurar como explorador heroico, intérprete estético o autoridad científica".(Clifford, 1999, p. 49)

Frente a estos sectores sociales de poder, donde ha sido posible una mayor tendencia al viaje, surgen algunos interrogantes: ¿Quiénes son los que pueden y realizan viajes? ¿Qué papel han tenido las mujeres en el viaje?

Si partimos de la premisa de que el viaje es y ha sido expresión de desigualdades, encontraríamos muchos motivos para sostenerla; incluso actualmente podemos rastrear en nuestro continente el lugar que tienen los viajes en la vida de ciertos sectores sociales. En el pasado, fueron los europeos y las naciones imperiales como España, Francia e Inglaterra quienes se desplazaron buscando territorios que conquistar y colonizar. Lo mismo ocurrió en el siglo XIX, cuando esas mismas colonias aportan los viajeros que llegarían a América, África y Asia. De igual manera sucedió en América, cuando los criollos viajaron a Europa buscando los rasgos de la modernidad en los centros de poder intelectual como Francia, Italia y España. También, algunas expresiones del viaje moderno, como el turismo, han sido propias de las clases privilegiadas. Marc Augé nos hace un retrato de esto cuando afirma que, hoy día, los turistas de los países desarrollados viajan a los lugares de los que se quieren marchar los inmigrantes,¹⁰ como es el caso de mexicanos inmigrando a Estados Unidos y africanos inmigrando a las costas españolas (1998, p 62).

En cuanto a la relación de la mujer y el viaje, muchos críticos han coincidido en que el género femenino se encuentra en la historia a un lado de la vida viajera.¹¹ Asociada desde siempre al hogar, la mujer se encuentra relacionada a la vida fija, estable. El hombre, al parecer, es el que ha tenido la necesidad de realización a través del viaje, mientras la mujer sólo puede encontrar su goce en la vida familiar. Esta dicotomía cultural, a pesar de no ser tan clara hoy día, atravesó trechos grandes de la historia. La mujer ha tenido que verse

¹⁰ “...los países del Sur ven en el turismo una fuente de ingresos puesto que favorecen su desarrollo, aunque los beneficiarios directos del turismo en estas zonas suelen ser ciertas organizaciones e individuos de los países desarrollados. Desde este punto de vista, nuestra época se caracteriza por un contraste tan sorprendente como terrible, ya que los turistas suelen visitar los países de los que inmigrantes se ven obligados a irse, en condiciones difíciles y a veces, llegando a arriesgar su vida.” (Augé, 1998, p. 62).

¹¹ “La mujer sólo viajaba por la fuerza, cogida como prisionera o esclava, y muy raramente por voluntad propia. (haciendo referencia a la época de la antigüedad y el medioevo) Las viajeras literarias ingresan a la literatura de viajes a mediados del siglo XIX y de modo generalizado a comienzos del siglo XX (recordemos a la trágica Isabelle Eberhart, a la célebre Alexandra David-Neel, o poco más tarde a Ella Maillart).” (Gasquet, 2006, p. 62).

inscrita y atada al hogar, en medio de las aventuras viajeras de los hombres. “El buen viaje (heroico, educativo, científico, aventurero, ennoblecedor) es algo que los hombres hacen (deberían hacer). Las mujeres se encuentran impedidas de realizar viajes serios. Algunas de ellas van a lugares distantes, pero en general como compañeras o excepciones.” (Clifford, 1999, p. 46).

De esta manera, el viaje y sus mitos de libertad e independencia ha estado vinculado de manera directa a los hombres. Las mujeres han debido, en el mejor de los casos, restringirse a hacer un papel secundario en la vida viajera. Ni que hablar de la escritura de viajes. Gracias a que las investigaciones sobre las mujeres que han escrito literatura de viajes se han ido extendiendo, conocemos que también existen esas “excepciones” de las que habla Clifford. La mayoría de ellas fueron mujeres europeas, pertenecientes a la clase burguesa, como lo fue la británica Anna María Falconbridge, una de las primeras en escribir un libro de viajes sobre África: *Narrative of two voyages to the River Sierra Leone* en 1802. También están las, denominadas por Mary Louise Pratt, “exploradoras sociales”: Mujeres reivindicadoras de causas sociales que llegan a América del Sur en el periodo posterior a la independencia, entre 1820 y 1840, y escriben relatos de viaje. Entre ellas encontramos el caso de Flora Tristán en Perú (*Peregrinaciones de una paria*) y María Graham Callcott en Chile (*Journal of a Residence in Chile During the year*).

A partir del siglo XX, con el despliegue de las luchas femeninas que buscan instaurar el valor social de la mujer, las prácticas viajeras y la escritura de viajes creadas por mujeres se vuelven cada vez más numerosas. Sin embargo, el tema de la mujer y el viaje merece todavía una mayor atención, sobre todo en el análisis de esas formas de viaje propias de lo femenino que, según Clifford, no son tomadas como viajes importantes y validos de ser estudiados.¹²

En esta confluencia de relatos de viajeros, y desplazamientos, se estampan los sellos de la historia y la cultura de los hombres; ningún país o aldea escapa a su influencia ya que el viaje ha estado presente de forma constante. Por esto, la propuesta de Clifford de estudiar la

¹² “¿Y qué formas de desplazamiento, íntimamente asociadas con la vida de las mujeres, no son tomadas en cuenta como “viajes” valederos? ¿Las visitas? ¿El peregrinaje? Necesitamos conocer mucho más sobre cómo han viajado y viajan en la actualidad las mujeres, en las diferentes tradiciones e historias”. (Clifford, 1999, p. 47).

cultura, no solo desde los asentamientos fijos y tradicionales de lugares establecidos, sino de también construir una propuesta de cultura a través de la dinámica del movimiento, se hace relevante. Tanto la vida sedentaria como los viajes posibilitan descubrir las coyunturas culturales de los pueblos, sus relaciones más o menos cercanas con el desplazamiento y el intercambio de costumbres, ideas, tradiciones, mitos y todas estas manifestaciones en continua transformación. “La cultura se estableció en base al localismo y a lugares cerrados(...) Se concebía la residencia de un lugar como la base local de la vida colectiva, mientras que el viaje era suplemento; las raíces siempre precedían a las rutas.” (Clifford, 1999, p. 141)

El viaje, y sus diversas coyunturas sociales, donde viajeros y locales se entrecruzan en un movimiento interactivo y constructivo, resulta necesario integrarlo como un ente posibilitador de significados a la hora de pensar y estudiar nuestro continente, donde muchos de los procesos sociales e históricos se han debatido entre desplazamientos internos y migraciones. Ha sido a través del viaje que se han establecido muchos de los motivos de nuestras narrativas, en un intento de describir realidades tan complejas como abusadas, donde la estabilidad ha sido escasa y el movimiento sigue imperando como un denominador común de la vida latinoamericana. Incluso hoy día, en que todo parece descubierto y expuesto a una globalización arrasadora que no parece requerir el movimiento, este continente continúa debatiéndose entre todas las formas forzadas del viaje, donde miles de personas buscan una puerta hacia la estabilidad económica, y el continuo asecho de los gobiernos americanos y europeos por impedir la llegada de más inmigrantes a sus países.

El viaje como lugar de la no pertenencia

El ámbito del viaje, con su atmósfera social de lugar no fijo ni establecido, repercute en el viajero y en su visión de mundo; el viaje, como acción de movimiento, es tránsito continuo, conciencia del fluir donde el viajero se entrega al devenir del camino. La partida está descrita como la separación del viajero de su lugar de origen; en palabras de Axel Gasquet es la “muerte civil” del sujeto que viaja: “La partida no sólo destituye al individuo de su

pertenencia social, sino que además instituye la existencia del cuerpo móvil, nómada.” (2006, p 46).

El viajero, que poco a poco va distanciándose de su lugar de origen, intenta presenciar y participar de los acontecimientos que se le presentan en la ruta. Ese estar en ningún lado despersonaliza las historias, lo indefinido se traspasa al ser, donde incluso se puede debilitar la sólida historia individual de los orígenes. Esta instancia en el viaje puede simbolizar una especie de territorio neutral desde donde el viajero observa y experimenta el mundo. Gasquet expresa esta situación de la siguiente manera:

En cualquiera de estos casos, el viajero se convierte en una individualidad autónoma y flotante, al margen de los valores que lo definen, e incluso lejos y ajeno respecto a aquellos otros valores que observa. Esta alienación social del viajero implica, con su extrema fragilidad, un primer aspecto positivo: el viajero gana en lucidez lo que pierde en inserción. Ese estar por fuera de todas las cosas y de las sociedades que atraviesa es fuente de lucidez: el viajero observa con distancia y exterioridad la sociedad de la que proviene, y mira del mismo modo las sociedades por las que atraviesa. Sin embargo, poseer un mayor grado de lucidez no debe ser interpretado como poseer “la verdad”. (Gasquet, 2006, p. 49)

Es por esto que el viaje, como momento de tránsito, puede llegar a ser el lugar de la no-pertenencia, equivalente al distanciamiento del viajero de su centro social-familiar; desde dicho ámbito o espacio de enunciación, el viajero puede desarrollar –gracias precisamente a su estar desvinculado– una mirada novedosa y cuestionadora frente a la sociedad visitada. Sin embargo, esto no significa –como lo afirma el autor– que lo que exprese a través del viaje sea necesariamente una verdad irrefutable. Hablar, expresar, comunicar, es de algún modo exponerse al que escucha o lee. La voz que desde el lugar del viaje, decide exponerse al oído del mundo, lleva implícita una posición frente a lo que decide privilegiar o no en su relato de viaje; esta posición no está exenta de propósitos e intencionalidades, no es una incuestionable evidencia de algo. La voz narrativa puede asumir este espacio de la no-pertenencia que puede representar el viaje, como una oportunidad de expresión y desahogo que la vida sedentaria no posibilita, por ese estar inmersa en la rutina de la vida común. A partir de aquí elaboro mi primer interrogante sobre lo que puede significar expresarse, desde el lugar del viaje, para los dos escritores que he elegido en esta

investigación: Fernando González y Eduardo Zalamea. Esto lleva a la pregunta de por qué se escoge y para qué se vuelve útil el viaje como lugar de enunciación para la voz narrativa.

De viajeros y visitados: la cuestión de la representación en la narrativa de viaje

La narrativa de viajes nos lleva a la irremediable postulación de dos actantes al extremo de su configuración: el sujeto que viaja y los sujetos que lo reciben, llamados locales, nativos, residentes o visitados. En esta “dialéctica” entre visitados y viajeros se establecerán las temáticas a trabajar en la presente investigación.

Ante todo quiero establecer las bases sobre las cuales se puede hablar de ese otro, el visitado, residente o viajado, como lo ha denominado Mary Louise Pratt, puesto que no sólo puede designar a un sujeto –aunque hablar de otro nos remita directamente a ese referente– sino también puede involucrar diversos elementos del entorno del viaje como lugares, topografías o espacios significativos, que para el viajero se pueden convertir en referentes importantes que dinamizan o afectan su interioridad. Uno de los objetivos de esta investigación es tratar de ampliar el espectro crítico, no sólo valorando al viajero y su posición en el relato, sino incluyendo todos esos elementos, por fuera del viajero, que se encuentran, como dice Mary Louise Pratt, “al extremo de la recepción” y son una entidad activa dentro de la configuración de significados de la narración del viaje. Este concepto equivale a todo lo que está por fuera del viajero, es decir, todo lo que está al otro lado de la balanza: el mundo que recibe al viajero, que lo confronta y lo obliga a la interrelación: “Cada relato de viajes tiene su propia dimensión heteroglósica: su conocimiento no surge de la sensibilidad y el poder de observación de un viajero sino de su interacción y su experiencia habitual, dirigidas y controladas por los ‘viajados’, quienes trabajan desde su propia comprensión del mundo.” (1997, p. 239).

Es por esto que se hace necesario descubrir y nombrar las conexiones y los encuentros donde viajeros y visitados se compenetran, como otra posibilidad para comprender de una forma más totalizante la propuesta del relato de viaje; cómo se manifiesta el mundo de esos “viajados”, su voz, su presencia implícita o explícita dentro del relato. Esta voz puede estar

ligada a la visión del viajero, filtrada en su testimonio o, simplemente, puede encontrar espacios para aparecer y desarrollarse.

Otros de los términos que Mary Louise Pratt utiliza en su libro, *Ojos imperiales*, es “zona de contacto”, que la autora utiliza para delimitar precisamente esos espacios de encuentro entre viajeros y visitados, espacios de encuentro que, considero, también se pueden hallar en la escritura como parte de la experiencia que surge del viaje. Esta mirada de análisis es denominada por Pratt “perspectiva de contacto”, de la que afirma:

“...pone de relieve que los sujetos se constituyen en y por sus relaciones mutuas. Desde este punto de vista no se abordan las relaciones entre colonizadores y colonizados, o entre viajeros y visitados, en función de la separación o el apartheid (la separación racial) sino en términos de co-presencia, de interacción, de una trabazón de comprensión y prácticas, muchas veces dentro de relaciones de poder radicalmente asimétricas”.(1997, p. 27)

Por tanto, “los viajados” también generan su propia relación con el escritor viajero, lo perciben desde sus propios lugares de enunciación, lo que conduce a una relación en doble dirección que nutre y sostiene el discurso narrativo. Lo relevante de enunciar es cómo se va gestando y transformando la relación entre esos otros y el sujeto viajero –en ese compendio de imágenes, descripciones y acontecimientos que conforman el relato de viaje–, es avistar en ese movimiento de interacción cómo se construye la forma de representación que elaboran los viajeros de las regiones visitadas, ya que son estos viajeros los poseedores de la palabra y la escritura, y es desde su propia visión de mundo que elaboran las categorías para nombrar y definir los territorios que recorren en sus viajes.

El viajero: testimonio, discurso e ideología

El problema de la representación, de cómo se testimonia y visualiza al otro –residente, visitado–, es uno de los asuntos que se atraviesan en el género de la literatura de viajes. En la representación encontramos relatados perfiles y rostros de pueblos y culturas; estas identidades se organizan y se elaboran en la escritura como un supuesto de “realidad” y “verdad”. Sin embargo, no son más que creaciones que los sujetos, en este caso el sujeto viajero, instauran como nociones privilegiadas de los territorios viajados.

La “realidad”, que se enuncia en la escritura como producto de una construcción, aparece representada (codificada, como afirma Stuard Hall) en el lenguaje escrito; lo que significa que no es un asunto que se da de forma natural o espontánea, sino que es producto de una elaboración, no importa cuánto estemos acostumbrados a esas representaciones o códigos: “La operación del código naturalizado revela no la transparencia y ‘naturalidad’ del lenguaje escrito sino la profundidad del hábito y la casi-universalidad de los códigos en uso.”(Hall, 1980, p. 4).

Es por esto que en nuestro papel de lectores y críticos, la comprensión y el análisis de los códigos representados en el lenguaje implica el desentrañamiento de lo que dichas representaciones de la realidad nos están presentando. Las ideologías se interceptan en el discurso escrito, afirma Hall, alterando la recepción y los significados. Dichas ideologías se sostienen en el discurso para ejercer dominio y poder: “Cualquier sociedad o cultura tiende, con diferentes grados de clausura, a imponer sus clasificaciones del mundo político, social y cultural. Estas constituyen el ORDEN CULTURAL DOMINANTE aunque nunca sea unívoco o no contestado.”(1980, p. 6).

Esos “discursos dominantes” no se elaboran de manera ingenua o natural, se pueden encontrar en la representación que se hace de las culturas, y es imposible pasarlos por alto, sobre todo cuando, a fuerza de encontrarlos, se convierten en verdades irrefutables y sólidas. En las narraciones de viajes, este reto de la representación recae en el escritor viajero, en sus intereses, en sus búsquedas e intencionalidades frente al hecho de la escritura. La construcción de la representación es problemática puesto que está asociada a los patrones sociales, valores, lugar de enunciación, sexo y educación del escritor viajero: asuntos que condicionan y permean el discurso narrativo.

La intención primordial de esta investigación es visualizar en estas dos novelas de viaje, *Viaje a pie* y *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la manera como en ellas se representan las regiones que visita el viajero, para así poder tener una perspectiva de cómo se construye la visión de la Colombia del siglo XX a través de sus regiones, visión tal vez aún vigente hoy día.

Colombia es un país extenso, heterogéneo y con una enorme diversidad cultural, pero que se ha imaginado y simbolizado desde el centralismo de las capitales, lo que ha permitido que se desconozca y se silencie la voz de ese otro país, invisible y marginal, de las regiones y provincias. Por esto, esta investigación busca poner en contraposición dos discursos: el del viajero proveniente de la ciudad y los visitados que hacen parte de las culturas regionales, para así establecer las representaciones que se construyeron a través del encuentro entre ambos y cómo esta representación se manifiesta en la consolidación de una visión generalizada de la nación colombiana.

Ningún intento o voluntad de representación surgido en el territorio del viaje es gratuito o surge porque sí, sino que involucra aspectos fundamentales de la conciencia y la individualidad del viajero. La crítica Nara Araujo afirma: “El relato de viaje entonces no es simplemente el testimonio ingenuo o inocente, sino la (re) construcción de una experiencia de vida y del encuentro con un mundo otro.” (2008, p.1011). En el caso de esta investigación, ese “mundo otro” con que se enfrenta el viajero es la Colombia de las regiones, de los mestizos, de los negros, de los indígenas. Por tanto, volver sobre estas obras es intentar comprobar, a través de la representación del viajero, no sólo el aporte que hicieron en la visualización de lugares desconocidos y lejanos, sino sus fallas, sus prejuicios y resistencias frente a ese mundo visitado que también es el país de origen de los viajeros.

“El poder está relacionado con la representación.” Afirma Jhon Beverley (2004, p.15.), lo que ayuda a que las hegemonías culturales se sigan perpetuando, asegurando de esta manera el lugar y la posición de privilegio de quienes crean y consolidan las representaciones. El escritor viajero se instauro en estos niveles de “autoridad” para poder asumir el papel de representar a los lugares visitados. ¿Qué significa y qué implicaciones tiene dicha misión de representar a los otros en el lenguaje escrito? Viajar y además enfrentarse a los retos de la representación de las culturas y los lugares no podría ser sino una tarea compleja e importante a la vez, ya que implica construir una imagen multiplicada de esos otros para los emisores directos de su escritura. Este es un tema de suma importancia si nos percatamos que han sido los viajeros (etnógrafos, turistas, poetas, narradores, etc.) los que han construido en sus discursos el conocimiento que hoy tenemos de las culturas.

Este asunto o problema de la representación de las culturas es planteado por Edward Said en el prólogo de su libro *Orientalismo*. En este prólogo, Said formula un concepto interesante a la hora de asomarnos a este tema. Es el concepto de “*autoridad intelectual*”. Todo viajero que desee enfrentarse a la representación debe sentirse poseedor de dicha “autoridad”, que a la vez embarga todos los condicionamientos que el sujeto carga consigo: situación social, histórica y cultural. “La autoridad no tiene nada de misterioso o natural; se forma, se irradia y se difunde; es instrumental y persuasiva; tiene categoría, establece cánones del gusto y los valores; apenas se puede distinguir de ciertas ideas que dignifica como verdades y de las tradiciones, percepciones y juicios que forma, transmite y reproduce. Sobre todo, la autoridad se puede –de hecho se debe– analizar.” (Said, 2004, p. 43).

El escritor viajero no puede escapar de esta “autoridad” a la hora de querer representar, describir, lo que ve y en esta acción de representar no puede evadirse de una toma de posición frente a lo que desea representar y cómo lo desea hacer. Detrás de esta toma de posición se encuentra la historia de sus gustos, de sus “valores” y “categorías” sobre el mundo que lo rodea, que de una forma consciente o inconsciente expone en la escritura. Resultado de esto es que debemos descartar la verdad unívoca, una “gran original” –como dice Said– de las culturas. Ya que no hay “versiones naturales o reales de las culturas”, hay representaciones: el lenguaje mismo es una representación, un conjunto de herramientas que sirven para expresar algo, no son el algo mismo.

Ahora bien, la propuesta de Said es que esa “autoridad” se puede analizar y es una opción que él mismo utiliza en su análisis del “Orientalismo” y como éste se fue construyendo en las visiones de escritores, poetas e historiadores, hasta conformar una visión generalizada y estereotipada sobre Oriente. Cuando Said se enfrenta al análisis de los textos orientalistas, parte de este principio, tomando dichas representaciones como representaciones y no como “retratos naturales” de Oriente; su propuesta es analizar en los textos aspectos como “...el estilo, las figuras del discurso, las escenas, los recursos narrativos y las circunstancias históricas y sociales, pero no la exactitud de la representación ni su fidelidad a algún gran original.”(2004, p. 45). A través de estos recursos textuales deduce que el “poder y el

conocimiento” están ligados a esa “autoridad” de la que se cree poseedor el sujeto viajero, que ha construido y sigue construyendo representaciones estandarizadas de las culturas.

Por tanto, estas directrices de análisis se tomarán en cuenta en las novelas para poder rastrear esos vicios de autoridad en el discurso del viajero y, a la vez, intentar esclarecer la manera como está construida la representación de las regiones. Así se podrán responder cuestiones tales como: ¿Qué se representa de las regiones? ¿Para qué se les representa? ¿Cómo y de qué manera se las representa?

En la construcción de la representación que hace el viajero de las regiones visitadas se pueden presentar rasgos de exotismo; este concepto ha sido largamente estudiado y analizado por los críticos del género de la literatura de viajes. Tzvetan Todorov, en su libro *Nosotros y los otros*, analiza en diversos textos de viaje las relaciones y actitudes del exotismo entre los viajeros y los sujetos visitados y como estas, a su vez, modifican y problematizan las vivencias de la alteridad:

Los mejores candidatos al papel ideal exótico son los pueblos y las culturas más alejadas y más ignoradas. Pero, el desconocimiento de los otros, la negativa a verlos tal como son, difícilmente pueden considerarse formas de valorar (...) El conocimiento no es compatible con el exotismo, pero el desconocimiento es, a su vez, irreconciliable con el elogio a los otros; y, sin embargo, esto es precisamente lo que el exotismo quiere ser, un elogio en el desconocimiento. Tal es su paradoja constitutiva.(Todorov, 1991,p. 306)

La valoración que el escritor viajero le da al otro dentro de su “autoridad” para representar está sujeta a la visión preconcebida que se ha hecho de ellos; esta valoración puede o no ajustarse a “la realidad” del otro, sobre todo cuando la relación entre ambos, viajeros y visitados, se da en términos de lejanía y desconfianza, lo que hace factible que lo exótico aparezca en el testimonio, ya sea en forma de ideal o de rechazo.

Todorov construye ideas interesantes y útiles del exotismo a través de su asociación con el erotismo, donde es factible analizar la relación entre el viajero y el mundo femenino, presente de manera constante en las narraciones de viajes de todos los siglos y donde prevalecen relaciones condicionadas por el poder y el dominio masculino, más que relaciones de encuentro e integración con la mujer, algunas veces asociadas a objetos eróticos, tan sólo portadores de placer: “Esta selección desdoblada del hombre a la mujer y

del europeo al extranjero, no es en forma alguna simétrica, ni podrá serlo: una experiencia consagrada a la búsqueda de impresiones implica, como se ha visto, que el viajero sea el único ser humano que se eleva a la dignidad de sujeto; la mujer no es más que el primero entre los objetos de su percepción”. (Todorov, 1991, p. 310)

La mujer, en su cualidad de otro frente a lo masculino, posee un espacial atractivo para el viajero y no puede pasarse por alto en la representación; el viajero no puede obviarla ya que comúnmente está presente de alguna forma en la experiencia del viaje y es un punto fácilmente exotizable, y por lo mismo invisibilizado y desconocido.

A partir de estos presupuestos se intentará dar respuesta a cuestionamientos tales como: ¿Cuál era la idea de país que tenían los viajeros? ¿Cuál era la visión que tenían de las regiones que visitarían? ¿Cuál era la noción que sobre el mundo femenino habían creado los viajeros de los sitios que visitarían? Estos interrogantes son importantes, ya que los preconceptos que el viajero tiene de los lugares y culturas que visitará son determinantes a la hora de construir la representación, ya que modifican o mantienen los imaginarios con los que se les había representado en el pasado.

Las identidades como representación del yo

Los viajeros no sólo utilizan el discurso de viaje para representar y elaborar prototipos culturales de los otros, sino también para establecer, en el territorio de la escritura, sus propias auto-representaciones. Stuart Hall ha teorizado sobre la forma como las identidades se pueden comprender como un proceso de construcción constante y nunca consolidado, a la vez que afirma que dicho proceso no se realiza en solitario, sino todo lo contrario: “Obedece a la lógica del más de uno. Y puesto que como proceso actúa a través de la diferencia, entraña un trabajo discursivo, la marcación y ratificación de límites simbólicos, la producción de ‘efectos de frontera’. Necesita lo que da afuera, su exterior constitutivo, para consolidar el proceso.” (1980, p. 17).

Necesitamos del otro para ser, cuando nos evaluamos o nos describimos, podemos sentir y percibir su presencia como un hecho que acompaña e invade nuestra vida. Por tanto, el

mundo de la otredad forma parte importante de la construcción de las identidades, de la demarcación de la individualidad. Y así como podemos hallar en la representación de las regiones trazos de la ideología y los valores del viajero, podemos de igual forma hallar huellas del Otro en la construcción de las auto-representaciones que el viajero hace de sí mismo y que establece en su discurso.

El viajero, al delimitar sus opiniones y creencias en la escritura, construye la imagen autorepresentada de su identidad. ¿Cómo se muestran y se perfilan las formas de auto-representación de los viajeros en los distintos momentos del relato? Será otra de las directrices para analizar en las novelas, puesto que involucra las identidades que el viajero desea exponer de sí mismo en la escritura y que influye como patrón de medida en la construcción de su testimonio sobre ese territorio externo a él, diferente y diverso como es el mundo de las regiones que conforman el país.

De esta manera, se analizará en ambas novelas de viaje los funcionamientos y recursos discursivos que intervienen en la relación entre viajeros y visitados, para elaborar una nueva lectura de las obras, desde algunos presupuestos del género de la literatura de viajes e intentar dar respuesta a los interrogantes expuestos anteriormente, buscando descubrir el perfil de la representación que los viajeros hacen de algunas regiones de la Colombia de principios del siglo XX y que determinará, de alguna manera, la imagen posterior del país.

Un viaje a pie: de los cafetales al trópico

“En cada época de su vida el individuo tiene tres o cuatro ideas y sentimientos que constituyen su clima espiritual. De ellos, de esos tres o cuatro sentimientos e ideas, provienen sus obras durante esa época.”

Fernando González en Viaje a pie

Del libro *Viaje a pie* no podríamos decir que es una novela de viajes, ya que su intención narrativa no está direccionada a contar una situación dramática o ficcional, tampoco encontramos en la narración un uso prioritario de recursos descriptivos o informativos sobre los lugares que los viajeros visitan en su viaje. En *Viaje a pie*, encontramos sobre todo el relato de un viaje, un relato que expresa no sólo la evidencia de un recorrido, sino una posición política y social frente a la Colombia de principios de siglo XX. Este relato es contado por la voz narrativa de Fernando González, autor, narrador y viajero.

La voz de González es una voz que guía por completo la narración y que toma posesión total del relato de viaje, contrario a lo que sucede con Don Benjamín, compañero de viaje de González, que cumple un papel de escudero silencioso, su voz es indetectable para el lector; Don Benjamín le sirve a González, como referente narrativo, como una compañía no sólo en el viaje sino en el discurso, parece estar de acuerdo siempre, porque no contradice, parece ser el seguidor apropiado y receptivo de su amigo y jefe Fernando González; no podemos saber con certeza que parte del discurso del libro o que ideas le corresponden a Don Benjamín, sabemos de algún amor que se reencontró en el camino, sabemos de sus debilidades físicas por las que tuvo que recurrir al caballo blanco: “Don Benjamín dijo: ‘Mi herida del calcañar se abrió y no puedo caminar.’”(González, 1989, p. 84), sabemos de alguna discusión o desavenencia con González, pero nada sabemos sobre su aporte, que seguramente lo hay, en la construcción del testimonio del viaje.

Ambos pretenden en algunas semanas realizar la siguiente ruta: “El viaje se define así: Medellín, El Retiro, La ceja, Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales, Cali, Buenaventura, Armenia, Los Nevados, a pie y con morrales y bordones.”(González, 1989, p. 13). Desde la nota introductoria, fechada el 21 de diciembre, González nos prepara para el destino final del viaje: el océano pacífico. El camino por

recorrer se realiza con la ilusión de la llegada al trópico, siempre liberador, que permite el encuentro con el cuerpo original: “El pacífico debe estar rutilante. Todos venimos del mar. Nuestras células son zoófitos marinos, nadan en soluciones salobres”. (González, 1989, p. 10) Entonces, la expectativa del viaje se muestra en la ilusión por ver y sentir el mar.

Viajar hacia el Océano Pacífico es también viajar hacia toda una región, la región selvática y negra de Colombia que, precisamente para esas fechas, acababa de inaugurar una carretera para conectarla al centro del país, por lo que también el camino hacia el Valle del Cauca se había vuelto muy transitado, sobre todo por empleados públicos como Don Benjamín y Fernando González. Ellos no parecen estar muy de acuerdo con este suceso y cuestionan la decisión de los políticos antioqueños que hacen alarde de este acto de progreso, pero los viajeros consideran que los fines de esta carretera no beneficiarán en nada a los lugareños, sino que hace parte de los objetivos de explotación de los recursos de la región.

El viaje es realizado en la temporada vacacional, entre diciembre de 1928 y enero de 1929, lo que nos lleva a pensar que el viaje no interfiere ni va en contra de una vida estable de familia y trabajo convencional, el hogar está presente como un referente de seguridad y, al final del viaje, estará ahí para el viajero. No es un viaje que fracture la vida o que instaure una ruptura con su entorno, donde la ruta sea asumida sin condiciones de tiempo o espacio, es un viaje que ha sido planeado y trae marcados ciertos límites, precisamente porque la vida convencional espera.

El relato del viaje, como se mencionó anteriormente, se realiza como plataforma para expresar una postura frente a la realidad política y social de la Colombia, conservadora y eclesiástica, del momento; por esto, tanto la ruta como la narración que se hace de ella, está permeada por un deseo de expresión, donde la voz narrativa encuentra un espacio, tanto en el texto como en el viaje, para evidenciar su inconformidad por la situación presente del país.

Ahora bien, todo viajero necesita apropiarse de cierta “autoridad” para escribir, relatar y representar los territorios visitados. En este caso, la voz narrativa busca amparo en el conocimiento intelectual, que puede ser el arma más eficaz, para construir la “autoridad”

necesaria, para que su discurso adquiriera peso en los círculos sociales que seguramente lo leerán y que están bajo su mirada crítica. Este conocimiento intelectual es rechazado, en algunos momentos del relato: "...para pensar hay que inhibir casi todo el sistema nervioso; cesa la energía de la digestión; los riñones dejan de filtrar; todo el organismo está incomodo como en casa ajena" (González, 1989, p. 231). Ésta será una constante en el discurso del viajero, ya que ampara y respalda sus teorías, pensamientos y propuestas.

Las continuas frases en latín, los referentes filosóficos, literarios y religiosos, se convierten en soporte para cada situación expuesta en el discurso del viajero, situación que precede, seguramente, a algún suceso del viaje, como por ejemplo, al hablar de la mujer serrana: "¡Aquella falda prensada! (...) No queremos descubrir lo que podrían acusarnos de corruptores de la juventud, como lo hicieron con el maestro Sócrates." (González, 1989, p. 32). También lo podemos comprobar en el intertexto: "*Escolio acerca de Stendhal, en un pasaje de 'EL ROJO Y EL NEGRO'.*" (González, 1989, p. 43), que se usa como apoyo del discurso de la voz narrativa, sobre el amor y la mujer; este intertexto termina en la enumeración de una serie de recomendaciones sobre cómo se debe actuar con la mujer, para poder tener éxito en las relaciones con ella.

De igual forma ocurre, con los referentes religiosos, que también son numerosos en el discurso del viajero y que servirán como instrumento para validar los cuestionamientos del viajero al sistema eclesiástico de su época: "La religión, es el miedo a las fuerzas ocultas, el miedo a la muerte, aparece allí desde la forma bárbara del Dios escondido que hablaba a Moisés en la zarza ardiente, desde el Jehová terrible que los protegía del enemigo y les regalaba la tierra con la orden determinante de arrasarla." (González, 1989, p. 132). El viajero propone una nueva forma de entender las escrituras bíblicas, su intención es desacralizar los mitos que la iglesia católica ha construido entorno a los personajes y los sucesos del libro sagrado. Todos estos referentes de uso y conocimiento intelectual, logran que el yo viajero, se embista de autoridad, una autoridad que se expande por todo el relato de viaje y que servirá como símbolo de la seguridad que expresa al ejercer su discurso. De igual modo, limita el acceso del contenido del libro a la clase letrada y dirigente de su tiempo, ya que serán precisamente, el poder político y eclesiástico (no es un libro para los

campesinos cafeteros con los que se topan los protagonistas en su viaje), los “emisores exclusivos” para los que se escribe, son ellos el símbolo de alteridad de la voz narrativa.

El viaje a pie, para trasgredir y transformar

Si pensamos en la Colombia de principios de siglo veinte, la acción de viajar por el país no era muy común, mucho menos el acto de caminar a pie, con morrales al hombro, para recorrer regiones y paisajes del país. Por estas razones nos preguntamos: ¿Para qué vuelve útil el viaje para la voz narrativa? ¿Por qué se escoge el viaje como lugar de enunciación de la voz narrativa?

Los viajeros hacen el viaje como un acto que, de antemano saben, transgrede el sentido de la vida habitual de sus cercanos y de todos los que se encontrarán en su camino. Por estas mismas razones se escoge así, para que el viaje acoja una voz narrativa que intenta y desea confrontar su pensamiento, que va en contradicción con el sentir tradicional de su momento.

Cuando los viajeros emprenden el camino, sus “conciudadanos” no dudan en tildarlos y señalarlos como actores de una acción fuera de lo común; desde sus parientes: “Entramos a despedirnos de parientes que veraneaban por allí, gente sedentaria que al vernos de viajeros a pie, nos miraban tristemente como a vesánicos” (González, 1989, p. 20) hasta la señora de la fonda –que quiere hospedarlos en el cuarto de los sospechosos– se asombran y se intimidan con los dos hombres de morrales al hombro y que emprenden un viaje caminando. De esta manera, podemos asumir que el viaje rompe el esquema de los sujetos que los observan en el camino, como la señora de la fonda y sus familiares, controvierde su cotidianidad, la fractura. Los viajeros saben que su decisión de emprender un viaje de este tipo es un acto que los diferencia y es lejano a las costumbres habituales de su región antioqueña: “Para ellos, se camina cuando se va para la oficina, cuando se viene del mercado. No está aún en las posibilidades mentales de nuestro pueblo comprender los fines interiores.”(González, 1989, p. 20). Es así como la elección por el viaje, en esas condiciones particulares, introduce una nueva perspectiva en la visión de esos testigos que los observan, desde sus propios universos significativos, aunque sea para producir

sensaciones de rechazo o asombro, y haciéndolos, tal vez, interrogarse sobre los motivos para elegir semejante aventura: “Encontramos en cada pueblo jovencuelos montados en mulas orejonas que nos miran como a seres extraños.” (González, 1989, p. 21). Esta es una de las razones, por las que se elige el viaje, para que sea en sí mismo un símbolo de ruptura con el ambiente cotidiano de los que no viajan, de los que no pueden reconocer las ventajas de la acción viajera.

Durante el principio de la ruta, se anuncia el deseo de escribir un libro que relate las aventuras del viaje porque “los libros son depósitos de poder; también los hombres y los acontecimientos” (González, 1989, p. 177), y tanto el viaje como el libro se efectúan, precisamente, para crear una forma de persuasión que permita que los emisores directos e indirectos (como pueden ser los campesinos y ciudadanos que se encuentran en el camino) del viaje y del libro, se remuevan, se desencajen de sus habituales modos de vida.

Es por esto, que la intencionalidad del viaje, está sujeta a ser motivo de ruptura para con el pensamiento, las creencias y la vida social de la época: “Continuemos, pues, nuestro viaje de modo que este libro pueda caer en manos de pálida virgen. Es nuestro deseo, además, que sirva de sermonario a los curas de esta tierra de santos y santas palúdicos”. (González, 1989, p. 23) En el testimonio del viaje está ratificando el deseo de generar molestia en toda la clase dirigente conservadora y eso incluye a la iglesia, que maneja el país y a la cual el viajero cuestiona en todo el libro. De esta manera, el viaje, con sus motivos y condiciones excepcionales de forma y modo, es en sí mismo un acto transgresor y portador de un mensaje que se desea dar a la sociedad colombiana.

Una de las primeras posturas del viajero narrador, sobre el sentido de su viaje, es que está acompañado de ritmo: “La salud, la conservación de nuestra elasticidad juvenil, son finalidades del viaje.” (González, 1989, p. 15). Esta expresión intenta quitarle una finalidad trascendente al viaje, lo libera de la pesadez y rigidez de la vida corriente, sinónimo de vida clerical y que es la vida del pueblo colombiano: “colombianos clericales”, comparables con el cura que hace 30 años no sale de su parroquia y que es un ejemplo de sedentarismo eclesiástico: “Tampoco comprende el cura el cultivo del cuerpo humano. Un viaje así, a pie, apenas para cumplir penitencia. De ello se trata, contestamos con aires de misterio.” (González, 1989, p. 114). Por tanto, el viaje como representación de un acto de libertad e

individualidad (valores de la modernidad) es en sí mismo un ejemplo de lo que no está anclado al pasado, ni de las viejas creencias, ni mucho menos del modo impositivo de la iglesia. Más bien está construido bajo un paradigma novedoso, de voluntad ética y fuerza instintiva: “El gran efecto del excursionismo es formar caracteres atrevidos.” (González, 1989, p. 17).

Los viajeros exaltan lo natural y saludable, toman leche recién ordeñada, hacen gimnasia, realizan viajes a pie y suben con elasticidad las montañas; contrario al pueblo andino que no come frutas, ni se baña, ni viaja, hacen parte de la “raza sedentaria”; tanto el campesino, como el hombre gordo de Antioquia, los curas, los políticos, desconocen las posibilidades y los retos del viaje; en cambio ellos son la excepción y la diferencia, ellos son viajeros y filósofos aficionados: “El ignorante se aburre en los caminos.” (González, 1989, p. 19). Es así como podemos asumir las motivaciones de los viajeros, las razones de su elección por la ruta, ya que el viaje permite exaltar la vida natural, las posibilidades de vivir la vida con fuerza y energía, cualidades en el lado opuesto del mundo clerical, de lo que religión ha propuesto como modo de vida a sus fieles, donde la noción de culpa y pecado imperan en la elección de sus acciones.

De igual modo, la elección por el viaje se hace, al percibirse el terreno ideal, desde donde es posible “ser voz” para el pueblo colombiano, fuera del pulpito y los estrados políticos, convirtiendo ese ámbito de lo transitorio, que es el viaje, en escenario para la expulsión de innumerables ideas, propuestas, teorías de todo orden, que el viajero intuye o supone que el pueblo colombiano necesita: “¡Cuán sabroso es predicar! Le envidiamos a Salomón ese título del Eclesiastés.” (González, 1989, p. 257). Para expresar estas ideas y teorías, los viajeros desean dejar algunos asuntos claros para el lector desprevenido: su lenguaje va a ser directo y sin tapujos formales que den ocasión a metáforas: “Vimos y sentimos las nubecillas doradas por el sol y las sensaciones poético fisiológicas que producen el amanecer al viajero; pero de esto resolvimos no decir nada porque son tema de estudiante de retórica, así como resolvimos llamar siempre sol al sol y nunca *astro rey* ni *Febo*.” (González, 1989, p. 14)

Esta negación, a un estilo retórico y clasicista, está direccionada a sentar una clara diferencia entre su modo de escribir y la escritura que se hace en la época; en páginas

posteriores hará la crítica pertinente a la imagen de la capital bogotana, donde poetas y políticos se sumergen en las más crudas formas metafóricas del lenguaje, para parecer sofisticados e inteligentes; esta razón la asume la voz narradora, como el impulso de generar una forma del lenguaje más directa y de desnudez estilística, más acorde con su personalidad rebelde y subversiva. Para la voz narradora, no detenerse a describir sensaciones o atmósferas exteriores es, de algún modo, coincidir con los motivos de su viaje que, como acto de insurrección y ruptura, motiva a utilizar otros recursos formales más apropiados como la ironía y la burla, para que sus cuestionamientos a los hombres poderosos de su tiempo puedan ocasionar las consecuencias que él espera, y sabe, van a tener en su sociedad.

El viaje, en su cualidad de acción y movimiento, revive al hombre como cuerpo, renueva y revoluciona el organismo instintivo; por esto es, en sí mismo, insurrección que contradice la forma de vida opaca y resignada que el pueblo andino asimiló a partir de las creencias impartidas por la iglesia: “Allí terminan esas vidas pueblerinas, que tuvieron apenas unos cinco incidentes; esas vidas sencillas, atormentadas por el Diablo y por la vecindad de este solar de muertos.”(González, 1989, p. 154), y que son una consecuencia del estancamiento ideológico y vital que la voz narradora cuestiona del país.

Como mencionaba anteriormente, el viaje de Fernando González y Don Benjamín, aparte de ser un desplazamiento en busca del placer y del gozo por transitar y caminar la ruta, por el encuentro con el mar, está también direccionado a convertirse en un relato político sobre el país: “Y esos vivientes sencillos van a votar por los hidrocéfalos que han designado los obispos. Votan, porque allí, en el cementerio, está el Diablo esperando a los liberales.” (González, 1989, p. 154). Cuando la voz narradora habla de la iglesia, los curas y el diablo, se está hablando también de política, ya que, para el momento, la alianza entre estos dos poderes está fortalecida y maneja los hilos del país: “Los jesuitas han hecho de Colombia el país de los ejercicios espirituales. Todo colombiano, ocho días antes de casarse o de ser elegido Diputado a una Asamblea o Congreso, se retira a una casa de ejercicios (...) Ya el pobre colombiano reniega de los hurtos hechos a la República.” (González, 1989, p. 190). Desbanca y cuestiona a la iglesia católica y todos sus símbolos, es también hacerlo con los poderes del Estado y el partido conservador que tiene el poder desde 1885 en el país. La

crítica se extiende a hacia una especie de melancolía y una suerte de añoranza por esas condiciones políticas del pasado, consideradas más venturosas y ejemplares: “¡Qué almas tan apasionadas aquellas de la Colombia liberal!; era un país digno y heroico. Fue la del sesenta y tres una Constitución que admiro por su idealismo a Víctor Hugo. Aquellos hombres eran poetas, héroes y quijotes sin tacha.” (González, 1989, p. 77). Es así, como encontramos en el relato dos directrices de pensamiento: un yo narrador que propone un nuevo hombre, y por ende un nuevo país, y un yo narrador que desea mostrar una situación específica del país. Entre estos dos estados narrativos se debate la voz narrativa y, por tanto, el libro puede llegar a ser predecible y reiterativo a nivel de contenido.

La ruta elegida es propicia porque posibilita al viajero, por un lado, mostrar como se vive en algunas regiones del país, gracias a la incidencia de la iglesia y el estado conservador, y por otro lado, ser un espacio de búsqueda para tratar de descubrir, en su recorrido por los territorios colombianos, una ideología que pueda expresar un conocimiento distinto al que impera en la época: “Oigan, señoras, y perdonen que las llamemos así: nosotros estamos hastiados de ustedes; venimos desde muy lejos en busca de una idea nuestra, sólo nuestra, aunque sea por espacio de diez segundos; vamos a recorrer la tierra en busca de una idea que no haya sido poseída por el doctor Emilio Robledo. La encontraremos en Manizales o en Buenaventura, aunque sea una de esas ideas negras que hay allá.” (González, 1989, p. 106).

La ruta se hace en contravía del lugar de origen de los viajeros, se sale al viaje como un intento de volver a reencontrar valores nuevos que hablen más propiamente de la identidad local, las “ideas negras” tienen raza, y territorio, y son una propuesta escandalosa, pues fractura el estereotipo de “la raza antioqueña” de orígenes vascos y judíos que se había instaurado desde los siglos anteriores, proclamando su pureza, tratando de ignorar las poblaciones negras y mulatas que habitaban el río Cauca; quizá por esto el viajero quiera contradecir estos presupuestos, asegurando que también es posible una idea venida de esos territorios, de raza negra como Buenaventura, largamente invisibilizados por la historia, pero que también pueden aportar a esa búsqueda de algo propio, que evidencie de forma más plural lo que somos como país. Esta intención también conlleva una posición política, al desacralizar o desconfiar de lo que se propone en el presente del viajero, como opción

ideológica, y reafirma la ruta viajera como una posibilidad para encontrar algo novedoso, una alternativa que desbanque lo establecido.

El desencanto y la inconformidad de los viajeros con la situación del país se hace más evidente y locuaz en el discurso que se exclama al llegar a “El Alto de las Alegrías”, un lugar de camino hacia a Manizales, donde los viajeros tienen que cruzar el río en una precaria “jaula de alambre” y, por lo peligroso de la situación, por el miedo que les ocasiona el estar suspendidos mirando hacia el abismo, el panorama les resulta adecuado para hablar sobre el país:

“Colgados allí, altos, nos pareció que era una posición propia para hablar de Colombia y de la castidad(...)Colombia está marchita como planta en verano porque no hay partidos políticos y únicamente hay ladrones que gobiernan sin concepto de patria, que es el de solidaridad con los que conviven bajo el mismo cielo(...)ley de elecciones justa y para todos. Está es una síntesis pragmatista de nuestro libro: Para crear caracteres y patria, y moral, y todo, es preciso una ley de representación proporcional de las aspiraciones, que están hoy ahogadas. ¡No hay opinión pública!” (González, 1989, p.194).

El viaje como lugar de la no pertenencia, como territorio parcial y desvinculante de los compromisos sociales y familiares, puede resultar propicio para el cuestionamiento y la denuncia de los modos establecidos por las estructuras de poder; de igual modo, el viaje como vivencia de la libertad que da lo transitorio, permite una nueva mirada, quizá más lúcida, ante lo ya largamente conocido, que de repente se rebela para mostrarnos que las cosas no están tan bien. Es así como el viaje puede ser un espacio de enunciación, adecuado y neutral, de las inconformidades que pesan en el viajero.

Como en el discurso del “Alto de las Alegrías”, que hace alusión al espacio cerrado donde el estado colombiano, representado en el bipartidismo, ha impuesto un control hegemónico sobre la forma de dirigir y gobernar el país. De igual modo, el viajero al reclamar ese espacio de participación donde sea posible aportar nuevos horizontes a la “patria” colombiana, hace de la escritura su lugar de participación, no habiendo ni siendo posible hacerlo de otra manera, ya que al parecer también las elecciones, como método de participación ciudadana, no están siendo del todo fiables. Sin embargo, cuando creemos que el compromiso se hace político en la escritura, los viajeros dan un paso atrás en el

discurso y lo escabullen, cuestionando pero no involucrándose del todo, no tanto para convertir el libro en una proclama política: “Nosotros nada podemos hacer; nosotros somos los hombres del deleite; nosotros no sacrificamos la uña del meñique de nuestros pies de andarines sino por ti, Julia tentadora (...) nosotros somos ciudadanos del universo.” (González, 1989, p.194).

Los viajeros anteponen el placer hedonista a cualquier tipo de compromiso político, anteponen su sentido de universalidad individual al reconocimiento de una patria particular. En esta doble contradicción, de denuncia e inconformidad por la situación política del país y la intención de predicarse como viajeros indiferentes, que sólo se interesan los placer táctiles y la “Julia tentadora”, se debate gran parte del libro. También la idea de mostrar la elección del mundo de los sentidos, la relevancia y las bondades que el viaje propicia, es generar un alivio al modo materialista que impera en su cultura antioqueña a la que están sujetos los hombres de su tiempo: “Qué posees tú, viejo barrigón, que no puedes oler, mirar y gustar, porque te huelen, gustan y miran tus diez millones.” (González, 1989, p.198).

El viaje se muestra como una posibilidad para vivir esa experiencia de los sentidos, para gozar de la vida de forma más directa con el entorno, pero también se muestra como una opción que pueda incidir en los “conciudadanos”. Existe la voluntad clara de generar con el viaje algo, de movilizar, de demostrar que se puede vivir y pensar de otra manera: “Se nace aventurero; las aventuras están dentro de nosotros y se realizan. Por dentro llevamos la carreta de nuestras vidas. Un bobo puede recorrer toda la tierra y nada le sucederá; pueden haberlo fusilado en Méjico y nada le habrá sucedido. Aventurero es aquel que realiza su corazón por el mundo; el tipo lleno de vida que crea las circunstancias y cuya llegada produce una transformación del ambiente.” (González, 1989, p.155).

En el papel de viajeros y caminantes, que asumen Fernando González y Don Benjamín, al parecer no está generada la idea de ser parte del cambio a través de la ruta sino, más bien, es unidireccional la transformación que se pretende, condicionada hacia los otros, que sean los otros quienes se vean tocados y revelados en el viaje. Los viajeros salen indemnes de su recorrido, muestran sus verdades, exponen su pensamiento, pero no están dispuestos a

recibirla autoexaltación constante de personajes viajeros, blindan la escritura, y su yo, de la influencia del otro, visitado y conciudadano.

Perfiles y retratos regionales

“El diablo, el cura, el bachiller, el mister, el arriero y el mendigo. Ahí está nuestro país.”

Fernando González en Viaje a pie

En el discurso de la voz narradora encontramos sobre todo “ideas generales”, ideas generales de país, de región, de mujer, del amor, de la muerte, etc. La diversidad temática se toma el centro del discurso y conforma casi todo el espacio narrativo del libro. La narración del viaje se sostiene en la producción de ideas continuas, donde se pasa de un tema a otro, de la religión a la política, del amor a la muerte o viceversa; de discurso en discurso, la voz narradora pregona y enuncia su pensamiento desde la cima de la montaña andina, aleccionando sobre los innumerables aspectos de la vida y del país, como un ejercicio casi pedagógico, donde no nos queda más que ser receptores pasivos.

El viaje se realiza para confirmar unos presupuestos sobre el país y, con esto, justificar el ideario discursivo que se tiene de los lugares que se visitarán. El viaje por las regiones no se realiza por una voluntad de conocer o descubrir algo nuevo sino como una forma de ejemplificar una creencia ya asimilada. La imagen del país, recurrente y confirmada por el viaje, es la de un pueblo anclado en un pasado medieval, por su vinculación doctrinaria con la iglesia católica: “Pero, ¿de dónde le vino el chic al maestro rabudo? Le vino de aquellos tiempos oscuros, cuando renacía la luz, RENACIMIENTO, cuando los dioses griegos, desnudos, blancos y tentadores, fueron desenterrados del lodo en que los habían hundido varios años de barbarie; un lodo pseudomístico semejante al de nuestro país.” (González, 1989, p.149)

La voz narradora comienza a mostrarnos el país, con ejemplos que demuestran su atraso ideológico, su miedo al futuro, el padecimiento de la ignorancia colectiva direccionada por los curas y el partido conservador: “Es cierto que hay un estado de alma enfermizo, el estado colombiano, que consiste en estar obnubilado, metido en una concha, en una idea religiosa.” (González, 1989, p.33). La molestia por las ideas religiosas y políticas de la época serán el lugar reiterado del discurso. Por esto, cuando generaliza sobre el país puede

homogenizar sus sentencias hacia todo el territorio colombiano: “Nuestro pueblo es tímido e ignorante” (González, 1989, p.21). Por tanto, la relación con los otros, es decir, con los que no viajan se plantea en términos de distancia, pues el otro, como receptor del discurso es el ser a quien hay que adoctrinar o cuestionar.

En *Viaje a pie*, encontramos lo que se podría denominar un viaje “cerrado”, en contraposición al viaje iniciático y de transformación interior, donde el papel que juega la alteridad es indispensable para movilizar condicionamientos o instaurar nuevos patrones de vida, en vía de un posible cambio en la mentalidad o en la vida misma del viajero. En este caso, lo cerrado supone una relación no establecida con el otro, donde el desplazamiento necesariamente no significa una confrontación con la naturaleza del otro, con sus formas de vida, con sus costumbres y creencias, ya que el otro tiene poca o ninguna posibilidad de mostrarse, de exponer sus criterios. Tampoco se intenta o se busca un acercamiento a ese visitado, no se intenta escucharlo, sino por el contrario, lo que desea la voz narradora es ser escuchada, ser comprendida para, de esta manera, reafirmar sus motivos y creencias.

El concepto cerrado, igualmente, equivale a una relación unívoca, en una sola dirección: del viajero al otro, ya que esos otros no se consideran interlocutores para el intercambio de ideas sino, como sugería antes, receptores o motivos que movilizan el pensamiento, que activan la reflexión crítica, y esto vale por el otro sujeto, o el otro clima, o el otro espacio geográfico. Siempre será el mundo externo, con sus variedades y sugerencias, lo que permita el desarrollo del discurso. El resultado de esta situación es la debilidad en los recursos descriptivos que, cuando se hacen presentes, sólo son un pálido reflejo y no una extensa o ambiciosa descripción; por lo general, no pasan de ser referentes de ubicación geográfica, la descripción de un árbol o una montaña, la sensación de un clima, la belleza de una mujer de la región o las cualidades de un personaje de la región.

De esta manera, la voz del otro en la narración aparece suplantada y simulada por la voz narradora; sucede con el compañero de viaje, Don Benjamín, y va a suceder con los distintos personajes que se va encontrando en su viaje, como lo demostraremos más adelante, cuando la voz narrativa se apropie del discurso del “hombre gordo de Antioquia”, de los viajeros extranjeros, de las mujeres del correo hebdomadario, etc. Desde aquí parte el asunto de la representación, a partir de una simulación: El yo narrador simula ser el otro y

habla por él, imagina lo que éste puede hacer o decir en determinada circunstancia. Es por esto que estamos casi siempre escuchando y leyendo a Fernando González, lo que él como autor, narrador y viajero, tiene por decir.

El país que los viajeros recorren comienza con la montaña andina y termina en el océano pacífico, del camino cerrado y oscuro al camino abierto y dispuesto, ambas topografías se asumen como antagónicas y contrarias y se convierten en el panorama que se muestra del país. Durante el desplazamiento, los viajeros se tropiezan y se confrontan con una variedad de situaciones y personajes que vienen a sernos útiles como evidencia de análisis para nuestro objetivo, de querer configurar y descubrir la representación que se hace de las regiones por las que atraviesa durante el viaje.

El pueblo andino

Los viajeros salen de Medellín, una ciudad que desde el siglo XIX ya era considerada la segunda ciudad más importante de la República¹³: “Tuvo razón el conquistador Robledo al fundar la ciudad donde lo hizo. Ante todo, se presiente que es el centro, el punto obligado donde convergen todas las caravanas que vienen del Cauca y del mar, del Magdalena y de las regiones del sur.”(D’espagnat, 1970, p. 120).

Medellín, ubicada en un “centro” estratégico del país, es el punto de partida de los viajeros; el viaje cuenta con este principio que simboliza la situación de privilegio de los viajeros, ellos van desde la ciudad centro hacia el encuentro de las periferias de los pequeños pueblos y ciudades de provincia; los viajeros hacen paradas en posadas, ríos, poblados y pequeñas ciudades de las regiones andinas.

¹³“La ciudad de Medellín –nombre tomado de Extremadura, en España– ha quitado a la de Antioquia el primer lugar entre las poblaciones de la provincia, y al presente es la segunda de la República” (Reclus, 1970, p. 138).

Empezando el recorrido, los viajeros se encuentran por el camino a dos mujeres que sirven de correo “hebdomadario” entre Medellín y la Ceja. Estas mujeres viajeras resultan interesantes porque son el único perfil nómada, por fuera de los viajeros, que se encuentra en una región de “raza sedentaria”; ellas se desplazan de un lugar a otro llevando recados y noticias entre los pobladores: “Estas viejas son felices en el camino. Soñamos con él cuando la necesidad nos obliga a quedarnos en casa.” (González, 1989, p.39). La voz de las mujeres se traduce en esta frase, que el viajero filtra en su discurso y nos habla de cuanto disfrutaban del trabajo que realizan, un trabajo de vida de afuera, en los caminos y poblados: “Estas viejas llevan la alegría a los campos ¡y qué casas estas de las montañas de Antioquia! Parecen nidos de aves puestos sobre precipicios. Para llegar a ellas hay que ser elástico y ágil como el mono.” (González, 1989, p.39). Este perfil, aunque tradicional y propio de la región, le ayuda al viajero a exaltar cualidades de la vitalidad y energía, que se pueden adquirir en los viajes; también este perfil conformará un soporte, para todos los enunciados que la voz narrativa elabora, en las primeras etapas del camino, sobre las bondades y beneficios que puede traer el viaje en la salud física y mental de los hombres.

Los viajeros avanzan en el recorrido, alguna noche se detienen a descansar en el hotel del pueblo “El Retiro”: “Ese hotel que parece una jaula desvencijada.” (González, 1989, p.46). La figura de un huésped, que cruza con un candil en la mano, llama la atención de los viajeros, que conversan ya entrada la noche, un poco azotados por el aguardiente: “...por eso en nuestro delirio nos aterraba la gordura del antioqueño”. (González, 1989, p.46). El hombre gordo de Antioquia será icono reiterado en muchas partes del libro, aparecerá y desaparecerá de acuerdo a los intereses discursivos del viajero, le será útil cuando desee presentar un perfil de todo lo que se cuestiona de la situación del país, pues “el hombre gordo de Antioquia” representa el pasado y el presente conservador, vive para la eternidad del cielo prometido de los curas; por esto, a los viajeros les causa tristeza y desilusión su presencia, su iconográfica figura, que presenta esa extrema “desarmonía psíquica” y que no va con los ideales de hombre que los viajeros desean implantar: “...de segundos y de emociones, es flaco, alto, demacrado, huesudo, de maxilares angulosos, ojos brillantes y anhelantes”. (González, 1989, p.47).

La gordura refleja falta de equilibrio, por esto, los hombres gordos de Antioquia son los causantes de la decadencia del país: son torpes, burdos, exagerados, un “producto tropical”, corrupto, saciado de poder e incapaz de ideales nobles; hacer dinero es el motor su de vida, por eso vive agarrado a la vida material, no tiene libertad, ni verdadera tranquilidad, como el señor José María que venía borracho de Cali y gritaba en la pensión donde se encontraban los viajeros: “¿Qué no hay pieza? ¡Bien pueda cobrar lo que quiera! ¡Aquel viejo ladrón de Manizales que me alquiló esta mula! (...) ¡Pagué cien pesos y vea usted lo que dio! ¡Cómo despilfarran dinero esos manizaleños en los tales cables! ¡El valle del Cauca no sirve para nada! No hay como Medellín, en donde se propugna por las carreteras.” (González, 1989, p.46).

La imagen de la cultura antioqueña que se ha formado desde siglos anteriores y que se puede encontrar de manera reiterada en los testimonios de los viajeros extranjeros, está casi siempre condicionada por la afirmación de la superioridad cultural de los antioqueños, en los relatos de viajeros extranjeros es usual encontrar halagos constantes por su, al parecer, natural tendencia al trabajo y al hogar: “Los hijos de Medellín trabajan en provecho propio, de su provincia i de la Republica, en las minas i en el comercio. Consagrados de un todo a sus negocios i a sus familias, puede decirse que son de los ciudadanos mas honrados i útiles que tiene la República. Su vida presenta dos facés mui marcadas i enteramente distintas, la una el amor al trabajo, i la otra el amor a la familia”. (Ortiz, 1970, p. 59)

En *Viaje a pie*, esta imagen parece deformada y declinada hacia un excesivo deseo por el dinero, por el exagerado lugar que se le da a la religión y el servilismo hacia los valores materiales. Es completamente contracultural la postura de la voz narradora que quiere separarse de estos valores y costumbres que los cree perjudiciales para el desarrollo de su idea de progreso y de país: “A medida que crece nuestra pobreza vital, aumenta nuestra moralidad y nuestro apego a los prejuicios y al valle donde el Negro Cano comercia con las ideas generales.” (González, 1989, p.35) “El que desee asistir a la metamorfosis del pobre campesino antioqueño en millonario, vaya inmediatamente a la Hoya del Quindío; la próxima generación será de doctores, graduados, o sea, alcoholizados. En Bogotá; estos campesinos están aprendiendo inglés y ya fueron a Panamá y a Lourdes.” (González, 1989, p.243). Es por esto que se postula en el testimonio un modelo de joven metódico y

pragmático, lleno de cualidades como la contención y el recogimiento: “Nadie goza sino nuestro joven metódico que usa de las cosas y no se deja poseer por ellas.”(González, 1989, p.59). Este “joven” está configurado como un ideal de hombre, un “superhombre” Nietzscheano, para la Colombia oscurantista y retrograda de los conservadores, según el viajero.

Ya inmersos en el panorama rural, los viajeros arriban a pueblos como Aranzazu o Salamina; estos pueblos se pueden tomar como ejemplos de la típica vida de provincia andina, donde el tiempo transcurre dentro de escenarios monótonos de iglesia y plaza, esas plazas donde pasan los viajeros, pero donde es difícil y poco adecuado quedarse mucho tiempo. El viajero teme que la permanencia en el pueblo pueda cambiar su visión crítica, que paulatinamente se vaya gestando la costumbre y ya no pueda mirar con distancia; así se perdería parte del objetivo del viaje, donde su figura es símbolo de fugacidad e impermanencia. Estando en Salamina, el viajero hace una acotación sobre la acogida que experimentan al llegar al pueblo: “El viajero goza mucho; es motivo de curiosidad y de amor; es un acontecimiento, pero sólo durante ocho días; desde entonces comienzan las plazas a apoderarse de su espíritu. Después de vivir dos meses allí, sólo quedan en el alma cinco o seis odios.” (González, 1989, p.161).

El pueblo andino es el símbolo de retraso, ignorancia y falta de libertad; el partido conservador y la iglesia anidan en él para confirmar su poder. El perfil del pueblo andino le sirve a la voz narradora para seguir ratificando su distancia de estas formas de vida provinciales, donde reina el temor al diablo y a los liberales. Por esto, la figura del diablo se puede tomar como un personaje más de estos pueblos, anclados en la montaña andina y que representan un imagen de país condicionada y atrapada en las formas impuestas del catolicismo: “El país del Diablo” (al poner el nombre en mayúscula está igualándolo a Dios que siempre se debe escribir con mayúscula). Colombia es el país del diablo y eso se puede ver en los pueblos andinos, donde sus habitantes, envueltos en ruanas, viven melancólicos esperando la vida eterna: “¿Podrían existir el cura y el partido conservador si el Diablo no estuviera aquí, si no fuera con ellos condómino del país?”(González, 1989, p.145).

En contraposición a esta situación de sedentarismo, culpa y servilismo encontrada en las regiones andinas, los viajeros asumen una postura contemplativa y hedónica, frente al paisaje de la montaña andina:

Cuando el viajero va descendiendo, o mientras trepa la vertiente opuesta, contempla cascadas, casuchas inverosímiles puestas en los desfiladeros (...) hermosas praderas; sembrados de café, plátano y maíz. ¿Qué hay en la tierra más hermoso que el sietecuecos florecido o el carbonero somnífero? Cuando el viajero transita por la orilla del río huele a tierra caliente(...) Arriba, cantan la mirra y el sinsonte(...)Desde la cima se perciben los nevados; son de una curva graciosísima, semejantes a los senos de la amada en el Cantar de los Cantares. (González, 1989, p. 148)

Se describe la belleza del paisaje, el gozo de la experiencia de lo bello, como antagónico de la forma de vida triste y encerrada de las regiones andinas. De esta manera, podemos creer que la experiencia del viaje se vuelve útil, porque está posibilitando sensaciones de placer y sensualidad, valores negados y cuestionados por el poder eclesiástico.

De extranjeros y viajeros

Entre los siglos XIX y principios del siglo XX, encontrarse a un viajero extranjero por algún camino de Colombia era muy factible y, talvez, usual, ya que llegaban a Colombia por diferentes motivos; podían venir de sus países con misiones diplomáticas y comerciales, como viajeros en busca del conocimiento de la flora y la fauna del país o hasta para realizar las primeras expediciones etnográficas, esto ya en los inicios del siglo XX. Por esto, no podía faltar, dentro del retrato de la vida provincial de los pueblos y ciudades andinas, el encuentro de los viajeros con estos personajes extranjeros: *el Mister* y *el Yanqui*.

La voz narradora hace la denuncia por la venta del canal de Panamá, ocurrida en 1903¹⁴, y se considera este hecho como parte de los motivos de la decadencia social y política que

¹⁴ En un libro, también de viajes, del Liberal Salvador Camacho Roldan, se puede leer que lo que está detrás de este hecho, es el problema de la raza y el clima, donde unos son superiores y civilizados –los criollos y los extranjeros–, y otros –mulatos y negros–, impiden el progreso, gracias a su condición de raza inferior (Camacho, citado en Múnera, 2005). Sobre esto, Alfonso Múnera, afirma: “En su Ameno libro *Notas de viaje*, decía que Panamá no progresaba porque las razas inferiores de mulatos y negros ejercían una fuerte influencia sobre su gobierno y los criollos blancos de Panamá habían perdido el vigor afectados por el clima (...) Sólo quedaba entonces, según este escritor boyacense, entregarles el gobierno de Panamá a los blancos extranjeros, capaces de civilizar esas tierras.” (2005, p.41).

vive el país: “Comenzaron vendiendo a Panamá y hoy está casi todo vendido. Ya Colombia no hace versos(...)No tenemos ideas; no tenemos sino opiniones; de vez en cuando hacemos un soneto a Cristo Rey y por ello nos envían como diputados”. (González, 1989, p.77). Decadencia y pérdida de soberanía, son parte del panorama del país, donde los extranjeros venden al país sus costumbres, su whisky, su ropa, su comida. El viajero reclama que este “pueblo nuevo”, que es Colombia, debería aprender cosas más importantes de los “pueblos civilizados” y no sólo sus vanidades y vicios.

El viajero naturalista es otro perfil de viajero; vive su viaje por las cordilleras colombianas, en medio de los campesinos que lo acogen con cierta reverencia, en la búsqueda por conocer nuestras topografías y nuestro mundo natural. El viajero acude a arrieros y traductores que lo acompañen por las tierras agrestes de este país “sin caminos”: “El mister es todo el que tiene los ojos azules, no sabe espolear la mula, ni arreglarle la barba al freno. Es un rey en la fonda; los arrieros lo tratan con cuidados femeninos y algo irónicos. ¿Preguntáis por los árboles, aves e insectos? Sois entonces el MÍSTER.”(González, 1989, p.156).

Estos viajeros viven en la constante comparación que hacen entre su país natal y Colombia, dejando siempre en sus escritos lo difícil que es vivir en un país retrasado y sin civilización, a pesar que asumen rápido el aguardiente y el lenguaje de los arrieros. Sin embargo, entre el *mister* viajero, el yanqui parece ser el peor librado, son descritos como los sujetos más desagradables y los que más intervienen en los asuntos del país: “...que cosa vulgar es un Yanqui”(González, 1989, p 158.); esto lo comprobaron de camino hacia Abejorral, al llegar a la posada “El Buey”, donde se le atraviesa a los viajeros un agente viajero “Yanquí”: “Oímos que decía a sus peones arrieros que el Clero colombiano era una peste y que el país estaba en la barbarie”; de inmediato, los viajeros se sintieron usurpados en su discurso, porque “sólo el nacional puede hablar mal de su país.” (González, 1989, p.96).

Cuando ya se van acercando al paisaje de las tierras del Valle del Cauca, el sentido de volver sobre lo propio parece volverse relevante y los viajeros parecen reclamarlo, desmantelando el mito de lo extranjero, casi siempre evaluado en el país como mejor y necesario: “¿Qué importan culturas extrañas? Pero en Colombia comemos lo que producen

otros suelos, importamos qué leer y quien nos preste dinero y nos lo gaste, y también importamos quien nos enseñe la biografía de Bolívar.” (González, 1989, p.254).

De esta manera, los extranjeros pasan por el viaje como el recuerdo que incita a encontrar la forma de hallar directrices más auténticamente colombianas y, por esto, no es vano que se sucedan estos pensamientos al aproximarse al pacífico, una región que por estar enmarcada en otra raza, en otras creencias, se ve como posibilidad para encontrar esas “ideas negras” que puedan mostrar otra opción de país.

La región pacífica

Con la llegada del nuevo año, 1929, los viajeros se acercan a la tierra caliente del Valle del Cauca. La vida parece más táctil y sensitiva cuando se empieza a experimentar la sensualidad de la tierra cálida: “Era el primero de Enero y descansábamos desnudos, bajo el sol.” (González, 1989, p.226). Todas las “ideas generales” se asumen desde lo orgánico del cuerpo, de cuerpos que se abren al deleite, gracias a la cercanía con el mar. Entonces todo parece armónico y perfecto para los viajeros, que van preparándose para el final del viaje.

Este valle sensual del Cauca se extiende ilimitado al sur entre dos cordilleras laterales poco elevadas; el tren recorre una recta bordeada de guaduales, cacaotales e inmensas praderas; en las casas de las dehesas se ven tirados en el suelo, adormecidos por el calor, esos negros de voz triste, dormilones y de alma hermética, para quienes la tierra no existe sino la palmera; sus mujeres son palmeras; se les pregunta por el nombre de los árboles y contestan: “Eso es una palmera”. (González, 1989, p. 250)

Se empieza a visualizar la vida de los nativos de la región, en su mayoría negros, que la voz narradora representa bajo los parámetros de lo cerrado y flojo, haciendo permanecer la concepción de una raza sin ideas, ni lógica, meramente dedicada al correr del tiempo, talvez un poco idiotizados por la inclemencia del clima. Cuando el viajero los señala como herméticos, es como si asumiera que son impenetrables y que cualquier acercamiento sería vano; tampoco se desea averiguarlo, se conforma con la simple imagen de lo que observa, igual sucede con la mujer negra, que incita y activa la tentación sensual: “la negra lustral nos tentó. El Diablo nos susurraba al oído: ‘Sólo hundir los dedos en esa carne dura y luego retirarlos para percibir cómo resurge, se devuelve; únicamente acariciar esa piel vivísima,

correr la palma de la mano y las yemas de los dedos por las curvas’.”(González, 1989, p.250).

La tierra caliente, como es de esperarse, se asume como el paraíso del placer y la inconciencia, activando la dicotomía entre las montañas andinas, habitadas por el recato y la culpa, y los trópicos, que despiertan las pasiones sensuales y donde el amor es comprobado en la sexualidad y no como simple ideal, como ocurre en los pueblos andinos, donde tan sólo es procreación o mera contemplación inocente: “los únicos amores castos son los que van acompañados de sinceridad; se realizan en donde hay ferrocarriles, en donde está cercano el mar.” (González, 1989, p.42).

El esquema que separa y diferencia al “hombre primitivo” del “hombre civilizado” se encuentra presente en el discurso y, aunque la voz narrativa parezca aclamar las bondades que se experimentan en el trópico, ve en la región “carencias” y “vicios” en sus formas de vida, ve una región que no logró construir su potencial: “Es la desgracia de los pueblos primitivos que vinieron a la vida civilizada en momentos en que el mundo se unificaba: se encuentran sin haber devenido, sin haber pasado por las metamorfosis, sin haber tenido tiempo de desarrollar sus posibilidades, en medio de los gustos, vicios y costumbres de los pueblos ricos y ya en decadencia.” (González, 1989, p.237).

En el discurso, el ideal de progreso se encuentra mezclado con el interés de querer hallar una idea, un motivo, en esta región negra, que pueda ayudar a salvar al país de los “gordos santones del río de Aburrá”. Es así como, en otras partes del testimonio, se cuestiona la civilización y la modernidad, pero a la vez se las encuentra como un camino que debe ser recorrido, como una finalidad. Desde este punto de vista se infantiliza la condición de las regiones, del país, del continente: “Nuestro plano de conciencia es aún muy inferior”, “es joven nuestra América”. Al compararlas con las historias de otras naciones, más antiguas y con mayor recorrido, las que, aunque en decadencia, si lograron hacer todo el proceso hacia la civilidad y una mayor conciencia.

“Somos los jefes liberales de nuestra aldea”

La voz narradora es también una personalidad que se relata y se construye en el testimonio de viaje; usa parámetros y estructuras específicas, para conformar su identidad dentro del discurso, creando una personalidad propia y autónoma. En este caso, tenemos a una voz narradora que se asume como un yo “ideal”, que sirve de modelo para su propuesta de “hombre del futuro”, que combine la fuerza instintiva y el pensamiento natural. Es así como todo el testimonio del viaje se convierte en una gran auto-representación, donde el yo narrador se usa así mismo para mostrar todas esas cualidades de las que carecen sus conciudadanos colombianos.

Es por esto que todo el modelo de viajero que se plantea en las primeras páginas se convierte en la oportunidad para exponer una imagen de hombre viajero, joven, saludable, metódico, lógico, vitalista. Este modelo se traduce en la imagen que los viajeros construyen de sí mismos, convertida en ideal para el pueblo colombiano. De esta manera se desea justificar la decisión por el viaje, justificarlo para todos esos otros que lo ignoran, que lo rechazan, que desconocen su utilidad. Toda la ideología viajera que se promueve en el discurso, donde el cuerpo y la fuerza, la preservación de la salud, la vida ligera al aire libre, en fin, todo lo que puede significar el viajar a pie, se realiza para impulsar nuevos valores, que puedan ser la alternativa para suplantarse las costumbres tradicionales representadas en los curas y el partido conservador: “En Colombia, desde 1886 no se sabe lo que sea alegría fisiológica; se ignora qué es eurythmia, qué es *eigeia*.” (González, 1989, p.16).

En el uso del “Nosotros”, la voz narradora desea incluir al compañero de viaje dentro de esa propuesta de hombre. Es por esto que el vocablo se antepone muchas veces a la descripción de ese “hombre nuevo”, que debería imperar en el país, un país donde la energía vital está tan opacada que ya “no tiene energía para producir revolucionarios.” (González, 1989, p.237). En estas descripciones del “hombre del futuro”, se intenta posicionar una solución o alternativa frente a ese hombre gordo de Antioquia, frente a los curas sedentarios, frente al campesino ignorante, que no se baña, que teme al diablo y a los curas: “Nosotros, el hombre que hace fortuna”, que es elástico y ambicioso, y al mismo tiempo, desapegado al dinero. “Nosotros, el hombre moderno”, progresista y secular. “Nosotros, el joven de acción”, dinámico y sin miedo al futuro.

La gran ausente en esta propuesta es la mujer. Su papel en el discurso queda minimizado a cualidades de pasividad y sensualidad, puesto que ella no necesita desarrollar su pensamiento: “¿Por qué es más hermosa específicamente la mujer? Porque hasta ahora no ha tenido que pensar y el pensamiento no ha retorcido su cuerpo.” (González, 1989, p.232). Las mujeres con las se topan en el camino del viaje –la serrana de faldas prensadas, la mujer negra del Valle del Cauca–, son y están para ser objetos de contemplación de los viajeros “castos”, están para ser miradas y soñadas.

Cuando por fin los viajeros llegan al mar, retorna la idea de tener que volver de nuevo a ser “Jueces”, el oficio que desempeñan Fernando González y Don Benjamín, su secretario en el juzgado, y se inserta la idea en el discurso, como un precedente de esa realidad que no se puede evadir y que está ahí esperándolos. Es como irse quitando la máscara de viajeros poderosos y vitalistas, que se fue construyendo durante el recorrido, y que para el final se va abandonando, para retomar de nuevo el rostro de lo que son como hombres corrientes:

“Volvemos a Medellín a ser Jueces; a juzgar lo que tú no has juzgado, para ganar la subsistencia. Confesamos, SEÑOR, que somos el animal que suda y que se hunde en la tierra cuando tu voz le llega, así como la lombriz cuando se levanta el cespedón.”(González, 1989, p. 267).

La rendición se hace ante la proximidad del final y ante Dios, con el que se establece el último dialogo, que es también una forma de parodiar la relación de abnegación y culpa que se ha impuesto entre los hombres y él. Ante el gozo de la vida en el mar aparece Dios para interrogarlos y ponerlos de nuevo en la realidad de sus vidas, donde finalmente sólo son hombres comunes.

La exaltación es el clima del discurso, donde difícilmente declina la intención expresiva de propuesta y denuncia. De esta manera, el testimonio de *Viaje a pie* está claramente condicionado por unos propósitos y motivaciones, que hemos ido desengranando en el análisis de la voz narradora; estos propósitos se sostienen y se alimentan gracias al perfil de la representación que se hace de las regiones visitadas, constituyendo la representación misma de las regiones, en el panorama del país que se desea exponer en el discurso.

Este panorama del país se muestra en el testimonio a través de una dualidad condicionada por formas de vida en contradicción: por un lado, está el panorama oscurantista que presenta la región andina y que está avalando el orden establecido; por esto, la región es representada como la que soporta y sostiene el pensamiento de la época. Por otro lado, la región pacífica, que al principio del viaje se mostraba como una alternativa, se anhelaba como búsqueda, pero que, finalmente, solo se avala en cuanto representa un respiro al cuerpo y una opción climática para experimentar nuevas sensaciones, pero que tampoco logra constituirse para los viajeros en encuentro o en descubrimiento relacionado a eso que deseaban encontrar. La razón es que los “pueblos primitivos” que habitan la región nunca tuvieron la opción de “desarrollar” su potencial, y en esa especie de estancamiento que los viajeros juzgan y perciben, tampoco se pudo hallar nada “válido” o relevante.

El viaje no fue un encuentro con algo nuevo o gratificante, no se conformó como portador de un beneficio o de una salida a la inconformidad con la que se partió; más bien, se trató de una confirmación de la idea de estancamiento y decadencia que se percibe del país, y la visita a las regiones sirvió para ratificar esa ausencia del espíritu individual que puede hacer surgir nuevos caminos.

El ideal de los viajeros, al parecer, sobrepasa las capacidades de los habitantes del país y de sus regiones, está más allá de cualquier forma de vida local. Es así como, finalmente, al hacer el balance del viaje, en el epílogo, se retoma la idea que estuvo dando vueltas en todo el discurso y que constituye un propósito del libro: “Describirle a la juventud **la Colombia conservadora de Rafael Núñez**¹⁵; hacer algo para que aparezca el hombre echado para adelante que azotará a los mercaderes.” (González, 1989, p.270). Un nuevo mesías, un revolucionario, que estuvo encarnado en los grandes personajes que se acercaron al testimonio de viaje, desde Rasputín hasta Jesús, y que sirvieron como ejemplos en la construcción que se hizo del perfil de ese hombre nuevo, exigido y aclamado por la voz narradora. De esta manera, podemos concluir que este ideal de individuo, este “hombre echado para adelante” sigue siendo una búsqueda, un anhelo, con el que se partió hacia el viaje y con el que se finaliza. El viaje dio la posibilidad de mostrar y exponer la necesidad

¹⁵ De este punto en adelante, todas las frases en negrilla en las citas fueron resaltadas por la autora de la tesis, no por los autores citados, con el fin de exponer mejor apartes ilustrativos de estas citas.

de este ideal para el país, pero no de encontrarlo o de descubrirlo durante la ruta; por esto, la sensación del final sigue siendo de desesperanza y pesimismo frente a la situación del país, de ahí que el llamado sea para la juventud como un recurso para apostarle al futuro.

De Bogotá a la Guajira: de las tierras altas a los puertos costeros

“Y todo se va confundiendo en mi cerebro. Mescolanza arbitraria que hace la ginebra en las cavernas cerebrales: crímenes dinero, adulterios, parlamentos, Venizelos, Disraeli, el Kaiser, Lenin, don Marco Fidel Suárez(...) bofetadas, mordiscos, París, Bogotá...Bogotá...La Guajira. La Guajira...”

Eduardo Zalamea: Cuatro años a bordo de mí mismo

Cuatro años a bordo de mí mismo, como novela de viajes, estaría cumpliendo con las dos condiciones que, para la crítica Sofía Carrizo, serían primordiales para hablar de literatura de viajes: por un lado, la evidente exposición en la novela de elementos ficcionales, donde personajes, situaciones y acontecimientos se unen para construir una historia dramática, y donde se puede rastrear la clara motivación por la espera de un desenlace; y por otro lado, la descripción como un elemento dinamizador de la historia, que si bien no está asumiendo una función meramente informativa, si está ambientando, contextualizando y enriqueciendo todo el relato de viaje. En la novela se puede leer y percibir el entorno, el mundo visitado como entorno, gracias al contacto del ojo con las cosas: los ojos están presentes para descifrar el humor y los contornos de los objetos, de los rostros, etc. Esto se demuestra de forma reiterada en la narración gracias al aporte de descripciones, que generan ambientes detallados, atmósferas climáticas y perfiles de personajes.

Como novela de viaje, el motivo narrativo central gira entorno a un desplazamiento, el periplo de un sujeto viajero por los puertos caribeños y guajiros de la costa atlántica colombiana, a principios del siglo XX. El viajero parte de Bogotá a la Costa Caribe y vivirá

en algunos puertos de la Guajira alrededor de cinco años, para luego retornar a su natal Bogotá.

Dentro de las preguntas principales del análisis que me propongo hacer está la cuestión de la representación, de la que se habló ampliamente en el marco teórico; un asunto que está ligado al género de la literatura de viajes y que abarca la forma como está construida en la historia, la representación de las regiones visitadas, que en el caso de la presente novela está direccionada de modo principal a la región de la Guajira. Una región cuya condición geográfica la hace distante del centro andino y de la capital, lugar de origen del viajero, desde donde se percibe distante y remota, ya bordeando las fronteras del país. Esta situación es más perceptible a principios de siglo XX, donde la curiosidad turística, o incluso académica, de los colombianos por estos lugares era bastante escasa.

Como se planteó en el segundo capítulo, los cuestionamientos que se desarrollarán están en su mayoría ligados al asunto de la representación, dependen de este objetivo. Pretenden responder a las siguientes preguntas: ¿Cómo y de qué manera están representadas las regiones? ¿Cuál era la idea de las regiones y del país que se había creado el viajero? ¿Cuál es la noción que sobre el mundo femenino tenía el viajero antes de iniciar el viaje? y ¿cómo se confronta esta noción sobre lo femenino en el viaje? Esta línea de análisis será muy importante en la novela, puesto que la mujer tendrá gran relevancia en esta narración de viaje, como símbolo y referente de lo que será la representación de la Guajira como región. También se abordará la relación del viajero con los indígenas Wayúu, cómo son percibidos y representados en la novela.

El viajero como narrador y protagonista se expresa desde su lugar de enunciación, que de antemano lo autoriza para representar y elaborar los prototipos culturales de los territorios viajados. Este lugar de privilegio también le permite escoger el viaje; es por esto que el viaje tiene una utilidad y una importancia para el viajero. Se intentará reconocer por qué esta escogencia de viaje es útil para él, por qué motivos se realiza en estas geografías distantes de su origen capitalino.

Todos estos interrogantes establecerán los patrones del posterior análisis de la novela, para así obtener un panorama de la representación cultural que se ha hecho de las regiones a

través de la literatura de viajes, de sus viajeros, de esta novela que, como libro de viajes, ya nos está visualizando, con propiedad, el futuro y el perfil del género de la literatura de viajes en la Colombia del siglo XX.

Camino de transición, camino hacia la aventura

“A menudo todo se reduce, para el viajero, a intercambiar en la tierra extranjera ilusiones y recuerdos” **François-René de Chateaubriand: *Le natchez***

Esta aparente totalidad narrativa donde, como decía anteriormente, se conjugan en la novela hechos y sucesos acontecidos en el viaje con la descripción detallada de los territorios viajados, se puede asimilar en el relato como la capacidad de la memoria para crear. La memoria como espacio de invención es la posibilidad de recordar, la escritura figura y simula ese recuerdo, trayéndolo al presente. Por tanto, cuando leemos estamos también recordando el viaje y actualizándolo.

Si los elementos o sucesos de la narración son ficticios o reales, puede ser irrelevante y, tal vez, tampoco interese su comprobación. La memoria, como recurso creador, es libre de inventar, retomar, añadir, recrear e ilusionar: “¿Qué más puedo decir de la goleta y de sus tripulantes? Nada. En mi recuerdo se construyen a sí mismos arbitrarios y confundidos, con rasgos ajenos y ademanes prestados.” (Zalamea, 1960, p. 16). De esta manera, la novela se construye a través de las fuentes de la memoria, como un ejercicio de retomar e imaginar los hechos experimentados por el protagonista viajero, y será la memoria el motor de la narración, la encargada de evidenciar en el relato las regiones visitadas.

Muchas pueden ser las motivaciones para viajar y desplazarse fuera del lugar de origen, sin embargo, es la insatisfacción y el cansancio lo que muchas veces impulsa a desplazarse. Nadie que esté feliz con su vida en un lugar quiere abandonarlo. Esto también sucede con

nuestro protagonista viajero, para quien ya su ciudad, con sus rutinas, han dejado de ser estimulantes: “Yo vivía en una ciudad estrecha, fría, desastrosamente construida, con pretensiones de urbe gigante. Pero en realidad no era sino un puebluco de casas viejas, bajas, y personas generalmente antipáticas, todas vestidas con trajes oscuros.”(Zalamea, 1960, p. 17).

Partir implica un desprendimiento y un cambio en la forma como se ha estado viviendo; el viaje tiene etapas, procesos, que van desde el momento de la partida, cuando se inicia la desvinculación del lugar de origen, llamada por Gasquet, la “muerte civil”, hasta la llegada del viajero a su destino final. La etapa intermedia del viaje se suele llamar de tránsito, donde el sujeto viajero, si bien no está en su tierra natal, tampoco ha llegado aún a su destino; es en esta etapa donde el sujeto viajero inicia su desterritorialización, ya que empieza a sentir y percibir la vida nueva que se le avecina.

En la novela, esta etapa la percibimos en el viaje del protagonista viajero en la goleta, una pequeña embarcación donde se viaja ya rumbo a la Guajira. Pero antes se harán escalas en algunas ciudades y puertos del Caribe. Es en esta etapa en la goleta donde el viajero empieza a sentirse embargado por el clima caliente, donde se empieza a reconocer la naturaleza del mar y sus furias: “La embarcación empujada por el huracán y por las masas de olas altas, agresivas, que pasaban por encima de nosotros en mal disimulada caricia.” (Zalamea, 1960, p. 22). Los olores y los sabores de los alimentos, la vida en los puertos y la intimidad de sus formas externas también son vivenciadas por él: “He visto los puertos, llenos de color y de gritos de negros. Los puertos colombianos donde confluyen todos los olores de la tierra. Los olores frutales de Santa Marta, esos olores que traen dentro de su médula el rumor de los platanales. Los olores agrios de puerto Colombia, puerto de barcos inmensos y balandras humildes. Olores de pescado, de axilas, de sudor y de cerveza de los barcos alemanes.” (Zalamea, 1960, p. 38).

La goleta se llama “el paso” y es precisamente su nombre la simbología de “un paso hacia”, del transcurrir sin pertenecer, donde se empieza a reconocer el “mundo de los otros”, lo que son, su diferencia, lo que representan en relación con el mundo de origen del viajero. El recurso de la comparación se hace presente en el relato: quién soy como viajero y de dónde vengo, quiénes son ellos y por qué son diferentes a mí. Todo viajero carga con dos pieles:

su piel de origen y la piel que empieza a nacer del encuentro con el mundo visitado. Estas dos pieles viven encontrándose y enfrentándose en su presente de viajero, unas veces favoreciendo su origen y sus costumbres, otras veces cuestionándolas. Del mismo modo sucede con su relación con el territorio visitado, del que toma y describe lo que desea, rechaza y cuestiona lo que no le agrada.

De esta manera, el viajero narrador vive en este estado intermedio, entre estas dos pieles, que se combaten y se atraen entre sí. Este combate se refleja en su discurso, bajo el recurso de la comparación: “Ellos, el capitán, los marineros, los negros, la mulata, están ya acostumbrados a las calmas y al mar. Pero yo no. Ellos han visto pasar la vida entre el mar, el viento y la calma. Yo nací en una ciudad fría y distante. En una ciudad que se consume entre el abrazo ciclópeo de cordilleras verdes y frescas; sobre todo frescas.” (Zalamea, 1960, p. 12).

En esta etapa de tránsito y mundo provisional, el viajero se encuentra entre dos mundos: el que está abandonando “Fumo cigarrillos y –otra vez, como siempre– viajo por el recuerdo hacia mi ciudad. Siempre que miro al mar, vuelvo a verla, solitaria, fría, ceñuda y arrebuja, entre sus cerros pelados, arañados por los hombres y por las máquinas.”(Zalamea, 1960, p. 66) y el que empieza a conocer y degustar a través de sus sentidos—el Caribe que huele, sabe y toca. Por esto, Bogotá y la Guajira, el origen y el destino posible, se debaten en el presente de la narración.

En esta etapa de tránsito, se activa la capacidad de recordar lo que se está dejando, un mundo ya conocido y cotidiano, y por lo mismo poco interesante. La ciudad fría se asume como un pasado cercano y se empieza a hacer propia la nueva vida que se espera tener: “Me pongo a pensar cómo será Riohacha, una de las ciudades del país más distantes de todo. Riohacha, ¿cómo será Riohacha?” (Zalamea, 1960, p. 49). La lejanía periférica de estas regiones aumenta la percepción ideal que de ellas se tiene: entre más lejano es un lugar, más conviene su idealización y más crecen las posibilidades de llenarlo de cualidades y sobrevalorarlo de acuerdo a ellas.

Las proyecciones sobre lo que se encontrará en la Guajira, el imaginario que se ha concebido y añorado con anterioridad se expresa cargado de un idealismo exótico: “Vamos

a la Guajira, a la tierra salvaje, a la vida limpia, blanca, sin civilización y sin vestidos” (Zalamea, 1960, p. 36). La Guajira es exótica y primitiva desde el punto de vista en que ella, como región imaginaria, aún se opone al mundo conocido y civilizado que le es familiar al viajero. La categoría de exótico se alimenta de dualidades simples, donde lo importante es afianzar cuan distantes están el mundo natural que se espera encontrar y el mundo del artificio citadino que se está abandonando, para así justificar el viaje. También el “primitivismo” se puede asimilar a una categoría discursiva del viajero: “la guajira salvaje, sin vestidos”; este primitivismo se alimenta de la posibilidad del encuentro con formas de vida aún no contaminadas con el mundo citadino y en franca lejanía de sus costumbres y valores.

El imaginario “primitivista” es común en muchos viajeros de los siglos anteriores. Se fundamenta en los mitos de la “edad de oro” y el mito del “buen salvaje” que los viajeros europeos construyeron de los pueblos nativos del mundo: “En su origen, el hombre era natural, en el transcurso de su historia se ha convertido en cada vez más artificial” (Todorov, 1991, p. 311). Estos mitos se extendieron a lo largo y ancho de todo el género de viajes donde, finalmente, se percibió que los viajeros europeos expresaban en este primitivismo más los deseos y anhelos de un cambio en sus sociedades –de las que ya venían decepcionados– que las formas de vida de los pueblos nativos, sumados a la categoría de primitivos y, por esto mismo, idealizados como mejores, donde sus costumbres y ritos podían ser el ejemplo de una sociedad futura mejor, más natural y equitativa.

Es también en la goleta que el sujeto viajero experimenta los primeros contactos con los otros, tripulantes y pasajeros, con la primera mujer mulata, con el dialecto costeño, con el canto de los negros, y empezamos a conocer de cerca al sujeto viajero, sus rasgos, sus orígenes, los primeros atisbos de su personalidad, quién desea ser y las expectativas sobre lo que encontrará en su lugar de destino.

Es así como nos percatamos que el viaje se realiza y es útil para el sujeto viajero, como plataforma vitalista, como puente para la “aventura de la vida”. Ésta es la razón de la elección del mar y sus puertos lejanos del Caribe; lugares en extremo diferentes al origen citadino y burgués del viajero, para que se realice la oportunidad de la experiencia directa con la realidad vital. El viajero asume estos lugares, en especial la Guajira, como

portadores de un mundo desconocido, existe en su imaginario de joven viajero una Guajira donde es posible encontrar y descubrir un contacto más cercano con la vida. El viaje se acoge desde estos presupuestos, en franca distancia con su vida en Bogotá:

Calles grises del atardecer, sin color, con los colores de los vestidos femeninos borrados por la oscuridad de los aleros, que tienen a esa hora su sombra profunda. Calles por las que discurría mi adolescencia con los libros inútiles bajo el brazo –**no sabía que existieran la vida y la aventura**– con los ojos de los 14 años abiertos sobre el movimiento y la línea y con el presentimiento terrible de la mujer que ya sentía llegar a mí, a mi carne y a mi dolor (Zalamea, 1960, p. 13).

Esta Bogotá, opaca e instaurada en el artificio del conocimiento, se refleja en el relato como el mundo antagónico a la experiencia; por esto, la elección por el viaje se construye como la reafirmación de todo lo que impulsa a un contacto directo con los sucesos y los seres. No se va a la Guajira para que no ocurra nada, se va precisamente para que ocurra todo, la muerte y el amor: “Y ahora, aquí: tendido, solo, camino de la Guajira. De las aventuras y de la vida.” (Zalamea, 1960, p. 13). Es así como la narración está cargada de excitantes y trágicas experiencias de amor y muerte. A eso se viajó, a enfrentar y conocer de cerca los pormenores de la existencia profunda, se busca que el viaje pueda dar el conocimiento, un conocimiento ya no letrado y muerto, sino un conocimiento vivo que se manifieste en la vida.

Yo conozco, yo conquisto

El narrador viajero –anónimo–, es un joven lector ciudadano: “Me aburría profundamente y concienzudamente en esa corta ciudad, leyendo libros estúpidos y acaramelados de Ricardo León, Jorge Ohnet y Henry Bordeaux(...) Y un día resolví irme. Sin saber para donde.” (Zalamea, 1960, p. 17). Su viaje a la Guajira lleva implícito un desprendimiento de su centro social, un viaje que no se elaboró en un plan determinado, que no tiene límites de tiempo, como hombre joven nuestro viajero no parece poseer muchos compromisos o lazos familiares que puedan retenerlo, vagamente hace mención a algunos episodios de su vida en Bogotá, pero en ningún momento nombra a sus padres, o alguna persona cercana que pueda esperarlo o extrañarlo.

Es así como el viaje se supone libre, expansivo, generando las condiciones propicias para que la palabra “viajero” tome sentido como una expresión precisa para designar a un hombre para quien el viaje es asumido con entrega, como un camino de vida, para el cual no hay límites de tiempo o espacio: “Y por fin llegó la mañana de aquel lejano día de enero que debía ser el de mi viaje. Comencé a despedirme de la ciudad, como si no hubiera de volver nunca.”(Zalamea, 1960, p. 17). De igual manera, no sólo es un viajero, sino que también hace escritura de su viaje, lo narra, el uso de la primera persona del singular nos conjuga un yo narrador y un yo viajero.

Este yo protagonista y narrador construye su propia identidad en el relato de viaje, la traduce en su discurso de viaje para que, como lectores, podamos construirnos la representación de su propia identidad dentro de los hechos narrados. Es así como construye su propia auto-representación, igual como lo hará con las regiones recorridas en su itinerario de viajes. Desde aquí nos preguntamos, ¿quién dice ser el sujeto viajero?

Desde que se inicia la narración de viaje, el viajero quiere dejar claro que es un muchacho “joven”; la alegría que sintió en Riohacha cuando le salieron los primeros pelos de su barba lo confirma. Tampoco teme decir: “... que soy perezoso e inerte” (Zalamea, 1960, p. 15) como una prueba de sinceridad con el lector. No es un héroe, es un hombre común y, sin embargo, como hombre común, tiene aspiraciones: “Los hombres buenos pasaron de moda como las criolinas. **Y es preciso ser hombres del siglo, del año, de la hora y del minuto.**” (Zalamea, 1960, p. 16). Ser un hombre del presente equivaldría a dejar de ser bueno, a actuar con las circunstancias, y estas aspiraciones que se exclaman en el inicio del viaje se asimilan como una forma de cambio: el viajero aspira a un cambio, desea ser otro, talvez un hombre menos ingenuo, más maduro, y esto se combina con lo que él espera que le proporcione el viaje, que el viaje proporcione conocimiento, aventura, vida, visiones modernas, visiones que el viajero se apropia para sí mismo: “ser hombres del siglo”, donde se hace eco de la individualidad para construir una identidad nueva, más acorde con el presente del viaje.

Por otro lado, el viajero narrador se autocalifica como un observador detenido de las cosas que le rodean y asume este rasgo suyo, como una gran cualidad para el conocimiento de ese mundo visitado, al que se verá expuesto en su viaje: “A mí me gusta mirar lentamente las

cosas, poco a poco, como saboreando ruidos, colores y perfumes, con toda la profundidad de mis sentidos. En la observación radica la verdadera sabiduría. Un hombre que mira detenidamente una cosa, u observa a una persona con cuidado, llega a conocerla mejor, a saber más de ella que si hubiera vivido a su lado 23 años.” (Zalamea, 1960, p. 51).

La observación involucra la mirada, el ojo que se detiene y observa; para el viajero narrador “ver” significa conocer, e incluso comprender, al otro observado, le confía al ojo la apropiación del conocimiento interior de los sujetos, incluso hasta llegar a afirmar que la sabiduría proviene de dicha capacidad de observación. A partir de aquí, el viajero sería un ojo que ve, un “veedor” que observa para intentar desentrañar la naturaleza de lo observado, que siempre estará bajo su escrutinio: me veo a mí mismo como un observador atento y lo demuestro en mi capacidad de describir lo que me rodea, es así, como todo lo que veo de inmediato puedo conocerlo, soy un conocedor porque tengo la facultad de observar. De esta manera, el viajero se “autoriza” para describir y representar al mundo visitado, se autoriza porque su poder de observación le permite el “conocimiento” de lo que ve.

Sumamos a esta capacidad de observación el sentimiento de “conquistador” que el sujeto viajero experimenta en varios momentos del relato. Primero va a “conquistar” la idea que tiene de la Guajira, su imaginario construido por lecturas y referentes de todo tipo. Su relación con la región se compone de distancia y dominio, a través del verbo “conquistar”, un verbo de relevancia masculina, donde se abren y se permiten las posibilidades de dominio: “Es una tierra árida, de sol, de sal, de indias y de ginebra. Y yo voy ahora hacia ella, como fueron Colón en su tercer viaje, Alonso de Ojeda en 1499 y Las Casas. Yo voy también a la manera de los conquistadores. **Voy a conquistar la vida, el pan y el amor.**” (Zalamea, 1960, p. 20). Aunque las pretensiones se suponen comunes: va a conquistar sus necesidades materiales y afectivas, eso es la vida. El verbo conquistar se vuelve benévolo expresado así, sin embargo no deja de parecer pretenciosa la alusión a estos nombres históricos, con los que el viajero establece una identificación ya que, igual que él, se atrevieron a enfrentar peligros y aventuras por llegar a estos puertos guajiros, con el ánimo de verlos por primera vez y hacerlos visibles para el mundo: también él, como viajero, lo está haciendo.

El viajero continúa haciendo mención a nombres de conquistadores, en apartados posteriores, cuando se marcha hacia Bahiahonda, su destino final, y debe pasar en el camino por los puertos de Carbón y el Cabo de la Vela: "...el Cabo maravilloso que viera Juan de Castellanos y donde escribió sus cartas y sus versos(...) El que vio Ojeda y miraron los ojos descubridores de nuestro padre Colón." (Zalamea, 1960, p. 124). Y al llegar a Bahiahonda expresa: "A la izquierda de la Bahía(...)está el castillo antiguo que fundaron los conquistadores aventureros, que llegaron a estas tierras con armaduras resonantes..." (Zalamea, 1960, p. 128). Resulta curioso que precisamente la categoría de conquistador, que para el viajero resulta heroica y sublime, en estos apartados de su viaje, luego aparezca en su discurso como una figura negativa: "La sangre noble y pura de nuestro indio, asesinado por los conquistadores, robado por los alcabalers, el indio que explotan los traficantes blancos y engañan políticos y frailes. ¡El indio! ¡Almendra y meollo de América!" (Zalamea, 1960, p. 173).

Y es, precisamente, de esta manera negativa, de "conquistador español" en su función de exterminador del indio, como es visto y calificado el viajero, cuando arriba por primera vez a El Pájaro, cuando dos indias hablan entre risas sobre el nuevo viajero: "Rosa me traduce lo que dicen las indias y ellas ríen, ruborizadas, escondiendo los rostros entre las mantas. Ingua dice que vienen muchos españoles –arijunas– a la península; que acabaremos con los indios..." (Zalamea, 1960, p. 72). Y se devela el temor presente aún en los indígenas de la región frente a los hombres extranjeros, asociados a lo español, que llegan a sus tierras y que tal vez puedan ser un peligro para sus comunidades, y tal vez sea el motivo de la hostilidad, presente en la novela, con que se muestra la relación de los nativos con los personajes que habitan los puertos, a los que también llega el viajero. Sin embargo, la otra india "Anaska" tiene otra opinión: "Anaska nos defiende y asegura que somos buenos. Qué feliz es Manuel." (Zalamea, 1960, p. 72). El voto de confianza de Anaska es suficiente para que el viajero imagine que ella puede ser una buena mujer para Manuel y parte de su interés de dejar atrás la imagen negativa que pueda surgir de su presencia en la región.

Esta visión de los otros, que en el caso de las indígenas tiene esta doble connotación de aceptación y rechazo, será un ejemplo de cómo también esos otros sujetos, los que habitan los territorios viajados, elaboran una noción del sujeto viajero, desde sus propios referentes

significativos, como la dueña del hotel “Libertad”, en Riohacha, que expresa su desconfianza del “cachaco” - esa denominación que es común encontrar de los costeños hacia los habitantes del interior del país- “porque son muy atrevío (...) se me han lagao debiéndome mucha plata” (Zalamea, 1960, p. 56) y que también expresan un distanciamiento, de alguna forma, asociado a la condición regional del viajero: es “cachaco” y por esto hay motivos para desconfiar.

De igual manera sucede en el puerto de Bahiahonda, donde el viajero es también visto desde su condición de cachaco: “...el antioqueño cada día tiene para mí la cara más agría.” (Zalamea, 1960, p. 111). En este caso, quien juzga es el antioqueño, que por su condición, casi siempre asociada al trabajo duro, le expresa al viajero: “Estos bogotanos sí que no sirven para el trabajo duro. Parecen señoritas.” (Zalamea, 1960, p. 111).

En contraste, el viajero se muestra y se recrea en el relato de sí mismo como un conocedor, un conquistador, dos armas de las que se vale para su viaje, para protegerse y para narrarlo: puedo escribir sobre el viaje porque soy un buen observador, y puedo sobrevivir al viaje y conquistar mis necesidades porque, al igual que esos hombres del pasado, tengo valor. Mientras que los otros, los visitados, habitantes con los que le toca relacionarse, ejercen un punto de prevención hacia él, precisamente por lo que él cree, o muestra ser: un hombre ciudadano, bogotano, un conquistador extranjero.

Representación, región y clima: geografías del exceso

En la novela, la representación de las regiones y de sus habitantes se construye desde la búsqueda personal del sujeto viajero, una búsqueda que se planteó en el relato, desde su deseo interior de experimentar la aventura, la vida en toda sus posibilidades, y esta búsqueda se sostiene, y se revela, en la narración de viajes, a partir de todos los acontecimientos de los que el viajero va a ser testigo en la Guajira: sucesos trágicos de muerte, suicidio, traiciones amorosas y sexualidad sin límite.

Es así como la representación de la Guajira violenta, salvaje, desnuda y primitiva, fruto de las motivaciones e imaginarios con los que el viajero partió, y la comprobación de esa

expectativa, se hacen una realidad en la narración, cuando los relatos posteriores reafirmen esta representación, de cuan “peligrosa e hiriente” puede llegar a ser la región: “Y veré mañana otra vez la tierra abierta, grande, larga, ancha como el mar, pero no como él, blanda, sino dura, dolorosa, hiriente, peligrosa...” (Zalamea, 1960, p. 66); sin toda esta expectativa quedaría vacía de sentido. El viajero emprende el viaje en pro de realizar esos deseos de experiencia, muy propios para su juventud, y es necesario hallar dicha experiencia de la vida durante el recorrido, comprobando que esa realidad, idealizada desde su mundo citadino y “civilizado”, es así como la imaginó y la deseó.

Antes de acercarnos más a la representación que el viajero hace de los territorios viajados, bien valdría preguntarnos: ¿Cuál era la idea de país que tenía el viajero? Como hombre andino, nacido y crecido en la capital bogotana, en medio de montañas, su idea sobre el país se recreó, seguramente, gracias a los libros y a su deseo de viajar; está vinculada a la idea de ampliar su geografía de origen, de poder observar un país que el viajero sabe heterogéneo, extenso en territorio, pero que aún no se ha visto. En este país, con territorios aún vírgenes, la Guajira es un “lugar o geografía” en su búsqueda de una Colombia de razas, un mundo regional, donde es posible encontrar esta diversidad racial: “La Guajira, tierra de sed ardiente, de besos extenuantes, de sol agobiador, de misterio impreciso y de muerte posible. La Guajira, tierra de sol, de sal, de indias y de alcoholes... ¡Veré indias, mañana! ¡Indias, más indias! Indios llenos de flechas y de plumas... ¡Guajira, Guajira, tierra de indios y negros y blancos que forman la tricolor bandera de la raza! ¡De mi raza mestiza y mulata!” (Zalamea, 1960, p. 65).

Es así como, ya empezando el viaje, muestra la admiración por la raza negra, descubierta y vista seguramente por primera vez en goleta: “El negro no tiene traje más bello que su piel.” (Zalamea, 1960, p. 50). Luego, al llegar a El Pájaro, el primer puerto donde arriba, enumera cuidadosamente las razas: 5 blancos, 3 indias, 2 negros, 3 mestizos; su búsqueda de esa Colombia de razas estaba plasmada en ese lugar, era una realidad ahí y es la Guajira, como región, la que vincula toda esa gama de razas. Una Guajira, también indígena, aún extraña, con costumbres y ritos incomprensibles para la mayoría de los capitalinos colombianos.

Desde este anhelo del viajero por recorrer y descubrir un país de razas, “la bandera de la raza”, podemos asumir la representación de estas regiones caribeñas, lejanas y desconocidas, pero que hacen parte de Colombia, la conforman, y ya el hecho de nombrarlas, y recorrerlas, en el viaje las vuelve visibles, las rescata para el mundo. El reto estaría en que no sólo es importante visibilizarlas, sino de qué manera, y cómo se representan en la narración de viaje, ya que elaborar esta visión regional es elaborar, no sólo la imagen posterior de estas regiones en el panorama nacional, sino también la forma cómo estas regiones se perciben a sí mismas. A continuación trataremos de analizar cómo el viajero construye las representaciones de los territorios recorridos en su viaje por el caribe colombiano.

Dentro de la totalidad del viaje se realizan diferentes viajes: unos lugares serán de tránsito para el viajero, como Cartagena, Puerto Colombia o Riohacha, y otros serán testigos de una mayor permanencia del viajero, como los puertos guajiros de El Pájaro, Manaure y Bahiahonda.

Sobre Cartagena, el viajero había elaborado un ideal de la ciudad, por la relevancia de su historia “heroica”, de virreinos y esclavos; sin embargo, al parecer, su visita a la ciudad no causó una gran impresión, debilitando su imaginario: “Cartagena no causó en mi ánimo una impresión extraordinaria. Había pensado tanto en esa ciudad, rodeada por todas las leyendas galantes y heroicas, que se me había anticipado casi totalmente en la imaginación.”(Zalamea, 1960, p. 25).

El viajero recorre sus calles, sus barrios y prueba, por primera vez, la ginebra: una bebida que el viajero había saboreado sólo en libros. Con ella se emborracha hasta la inconsciencia con el capitán de la goleta, pero nada extraordinario sucede más que la fuerte borrachera y la sensación de estar ya más integrado al mundo del caribe; este sentimiento se reforzará en Puerto Colombia, cuando el viajero profundiza su amistad con Dick –un holandés que también viaja en la goleta como parte de la tripulación y que es una especie de asceta, que no consume alcohol, pero que tiene una relación profunda y especial con el mar. Así encontrará las bases de una nueva relación con el mar: “Por eso te he traído a ver el mar. Cuando vengo a tierra no hago sino mirarlo, para conocerlo por el aspecto de los hombres terrestres(...) Yo lo amo, con un amor sexual que mira senos en cada onda y sirenas en

cada curva, porque fue lo primero que vieron mis ojos allá en mi tierra, en esa isla mía movida siempre por el rumor de las mareas.” (Zalamea, 1960, p. 43).

A partir de este encuentro con Dick, el viajero empieza a relacionarse de otra manera con el entorno marino (para él, que ni siquiera sabe nadar), la influencia de sus palabras harán mella en su interior y esto se demuestra un poco después, en Riohacha, cuando en una defensa acérrima de los derechos de la conservación de la vida marina, el viajero introduce en sus discurso un cuestionamiento a los “señores y señoras hollywoodenses” que “No hacen otra cosa que ensuciar e irrespetar lo único grande que existe en el mundo: el mar.” (Zalamea, 1960, p. 51). Es así como el viajero va introduciéndose, poco a poco, en la vida del caribe, en sus posibilidades, en su belleza, y son los otros, en este caso Dick, los que aportan en este cambio de perspectiva y de pensamiento, en un viajero que temía y desconocía el mar.

Caso contrario a Cartagena, la ciudad de Riohacha dejará una mejor sensación en el viajero, ya que por ser más lejana, más desconocida, el ideal exótico se hace más fuerte: “El puerto de Riohacha, que por tanto tiempo atrajo mi anhelo. No pude figurármelo nunca.” (Zalamea, 1960, p. 50). Su nombre tiene un referente altamente sexual: “Riohacha. El río –tardo, pesado, con su carga de nubes–. Y el hacha. Lo más vigoroso. Lo que proporciona la sensación del golpe del esfuerzo. Y el río, dulce, femenino, perfumado. El hacha que florece callos en las manos del hombre, el río que es todo suavidad y caricia.” (Zalamea, 1960, p. 47). La ciudad llena de posibilidades su visita y su idea de una Guajira hecha y motivada para el deseo sexual; es precisamente en Riohacha donde el viajero puede ver la primera india, una imagen largamente esperada y deseada. Riohacha es la antesala hacia la Guajira ideal, se la cruza como un paso hacia los puertos más lejanos, más al norte de la península, donde seguramente sí será posible colmar el deseo de aventura y sexualidad.

Es por esto que los destinos caribeños de Cartagena, Puerto Colombia y Riohacha, aún demasiado poblados, fueron lugares de tránsito para el viajero, no se asumen como portadores de su ideal de búsqueda de la Guajira hiriente y sin civilización; el viajero pasa por ellos, los recorre como lugares aún expuestos por los dominios de lo civilizado y, por lo tanto, carentes de interés en su anhelo por encontrar la “aventura de la vida”. Esto se confirma, cuando al marchase por fin en la goleta hacia el puerto de El Pájaro, el viajero

pronuncia en estado de embriaguez, su despedida de ellos: “Debo convencerme de que anoche abandoné la vida civilizada.” (Zalamea, 1960, p. 65).

Contrariamente a estas regiones tan sólo visitadas, ciudades de paso, otros lugares en el viaje, como lo mencionaba anteriormente, sí serán testigos de una permanencia más extensa del viajero, cómo los puertos guajiros de El Pájaro, Manaure y Bahiahonda. Éste último es el puerto donde el viajero permanece más tiempo y el más lejano al norte de la península. Allí, el viajero vive los rigores del más fuerte de los climas, y del hambre, y es testigo de un último hecho trágico: el suicidio de Víctor, cuando descubre la infidelidad de Lolita, su mujer, a través de los ojos de su hijo.

En El Pájaro, un pequeño poblado frente al mar, sus gentes son registradas por el viajero con una dosis alta de frustración, como si les fuera imposible asumir otro destino diferente: “Quieren irse para otros lugares, pero no pueden. Existe algo desconocido y terrible que los ata y arraiga, que les impide hacer lo que desean. Eso sucede allá.” (Zalamea, 1960, p. 74). El viajero ve su espejo dentro de unos años a través de Gustavo, el visitante “quedado”, un bogotano que se instaló a vivir en El Pájaro y se casó con una mujer blanca: “la falta inmensa” que el viajero reprueba por considerarlo un acto de nostalgia y un signo que demuestra la incapacidad de Gustavo para penetrar del todo en la experiencia de la Guajira: “No se ha entregado todavía en total al mar.” (Zalamea, 1960, p. 74). Para Gustavo, contrariamente al viajero que apenas empieza a experimentar la región, su experiencia de la Guajira ya no es exótica, su posición es la de un habitante más, ahora ya viviendo el desengaño resignado que produce la experiencia de lo cotidiano.

El viajero trata en su relato de imitar el dialecto costeño. Imitar también equivale a representar y el viajero lo hace desde su cultura y desde su propio lenguaje, de hombre de la ciudad capital, letrado y viajero. Al introducir en su narración diálogos con tonalidad y acento costeño –lo hará de manera reiterada–, busca tal vez generar una cierta veracidad en su historia, hacerla creíble para el lector, sentirse conocedor de un modo de expresión, es, de alguna manera, persuadir al lector para que crea en la verdad del viaje. Ahora bien, en este intento por imitar el dialecto costeño, quien sale mejor librado es el viajero, ya que puede mostrar su superioridad de “hombre civilizado”, que sabe hablar y expresarse, como ocurre en un dialogo con Pablo, un habitante de El Pájaro, que al conocer al viajero lo

interroga sobre su viaje: “Cuéntame, cachaco, ¿po qué te vinite pa la Guajira? Aquí nunca podrá hacé ná. Se lo tiran a uno la india...Son mu mala y le dan a lo blanco y a lo negro un bebedizo que sacan de lo animale y de la yeba.” (Zalamea, 1960, p. 71). El dialecto costeño, por contraste con el lenguaje del narrador viajero, se muestra defectuoso, incompleto para el viajero: “Toda esta charla incongruente e ilógica de Pablo, mezcla de interés y de cariño, de deseos de conocer mi vida, me parece extraordinariamente simpática. **Pero no me deja contestar sus preguntas, tan deprisa habla.Lo haría de buen gusto por satisfacer esa curiosidad salvaje.**Su cariño hacia mí es una fuerza de protección.” (Zalamea, 1960, p. 71).

El viajero se escabulle de los ofrecimientos de Pablo, quien le ofrece ser su anfitrión, le ofrece su casa, la posibilidad de quedarse, pero la manera de hablar de Pablo es un impedimento para aceptar sus propuestas, ya que se asumen sus preguntas como “una curiosidad salvaje” y por lo mismo, sin importancia. La categoría “salvaje”, antes sólo utilizada como una categoría positiva de la región Guajira, ahora aparece impuesta a Pablo de forma negativa, por su forma desbordada de hablar, pues así, se supone, hablan los salvajes, rápido, no se les comprende, de forma entrecortada y en completa distancia del lenguaje elaborado y poético que él expresa en la narración de su viaje.

También en *El Pájaro*, el viajero presencia el primer hecho trágico de su viaje, el ataque a Manuel por parte del Indio y la muerte del indio a manos de Pablo, sumado al acto de infidelidad y traición por la huida de Pablo con Anaska, la mujer de Manuel. El viajero se siente viviendo una experiencia extraordinaria, que lo separa de su mundo “ordinario” de hombre de ciudad y lo empieza adentrar en el mundo de “su” Guajira, sinónimo de aventura y peligro: “Se está lejos de la civilización, de los sucesos ordinarios, esos acontecimientos sin importancia para el hombre abandonado a sí mismo.” (Zalamea, 1960, p. 89).

Estando en *El Pájaro*, el viajero recibe la notificación de un trabajo en las salinas de Manaure. La región es visualizada en la novela como el territorio del trabajo: posibilita, al viajero, comida y oficio, a la vez que lo integra con la vida de la región, a través del trabajo colectivo con los otros. Manaure es una “zona de contacto” como dice Mary Louise Pratt, recrea el comienzo de la integración entre los visitados y el viajero, desde distintos niveles de relación. El viajero descubre al otro, indígena, mestizo, en sus necesidades de seres

humanos, trabajando para la simple supervivencia: “Numerosas caravanas llegaban a Manaure, tierra que era entonces tierra de promesas y de hartazgo para las hambres mucho tiempo soportadas.”(Zalamea, 1960, p. 97). Se agrupan indios y mestizos para el trabajo en las salinas, y las indias están a la orden del día, en toda su variedad dispuesta para la contemplación: “Todas trabajaban mostrando sus esferas gemelas, temblorosas y duras las de las muchachas –majuyuras– y fatigadas, demolidas por los besos y los mordiscos, las de las madres y ancianas.”(Zalamea, 1960, p. 97).

Es así como, en Manaure, el viajero realiza una estadía prolongada, donde se combinan la vida del trabajo, la consolidación parcial de las relaciones con los compañeros de la salinas, el disfrute de la “cumbia”, o baile, donde se prolongan noches de borrachera y música, y dos acontecimientos importantes: la relación sexual con una india de nombre Kuhmare, suceso largamente deseado, y la muerte inesperada de Pablo, que finalmente será el principio de la cadencia del lugar, ya que, luego de esto, poco a poco se van marchando algunos hombres hacia otros lugares, como por ejemplo Víctor y Manuel, hacia Bahiahonda, y luego el viajero hacia el mismo sitio, como si la muerte estableciera el final de la relación con los territorios visitados. De la misma forma ocurrirá en Bahiahonda, cuando las muertes del Chulo y Víctor desaten el final del viaje y de la historia.

Bahiahonda y el final del viaje

La expectativa es un recurso narrativo que se muestra en la novela para configurar y construir las diferentes historias narradas. La expectativa, se hace presente, se riega por toda la historia del viaje, tratando de generar ansiedad en el lector y conducir su curiosidad hacia el descubrimiento de lo que vendrá. Se puede demostrar en varios momentos, sobre todo en los momentos en que el hecho trágico se avecina. La vemos claramente, por ejemplo, en la primera muerte que el viajero experimenta en El Pájaro, cuando un indio cae muerto a manos de Pablo, luego de haber herido a Manuel: “No sé por qué entonces presentía algo duro, terrible y lleno de dolor. No había notado hasta entonces que en todos los rostros de los habitantes del pueblucho aquel había la terrible certidumbre de una espera, dilatada y constante. Pero en más que en ningún rostro, en el de Manuel se mostraba

tenaz la inquietud.” (Zalamea, 1960, p. 74). “Cuando estaba hablando con mi nuevo amigo sentí que ya venía aquello que todos esperábamos.” (Zalamea, 1960, p. 74).

Esto se comprobaría más tarde en la huida de Pablo con Anaska, la mujer de Manuel. Avanzando en el relato, este recurso narrativo se hace más fuerte y reiterativo, y ya para el final del viaje, cuando el viajero está viviendo y trabajando en Bahiahonda, el último puerto guajiro donde pasa su más larga temporada, el sabor de la expectativa cobra sentido, la lejanía del puerto hace que los acontecimientos tengan un carácter más definitivo; por esto, se usa este recurso para construir una historia dramática de amor y traición, dilatada durante varias páginas, donde se va desarrollando la tensión sobre un posible fatal desenlace entre el trío amoroso de Lolita, Víctor y Gabriel: “Por esa mujer algún día iba a pasar algo aquí, desde el primer momento comprendí que estaba llena de una peligrosa sonrisa, de un terrible atractivo.” (Zalamea, 1960, p. 142). “Estoy invadido por una inquietud incomprensible que no me deja estar en un lugar. Parece que debiera hacer algo y no lo hago ni sé qué es.”(Zalamea, 1960, p. 171). Ya el viajero se ha enterado de la infidelidad de Lolita y esa “inquietud” que nombra es parte del presentimiento de que algo va ocurrir, algo que, sin embargo, no es difícil que pase en una región donde la muerte está rondando todo el tiempo.

Pero frente a este amor prohibido entre Gabriel y Lolita, el viajero parece sentirse por fuera, la función central del drama no le pertenece y por esto se queja: “Lo que sucede es que estoy aburrido de esta exactitud invariable de la vida. Sin que suceda nada que verdaderamente me hiera, me acogote, me tienda de un golpe fuerte y enérgico.”(Zalamea, 1960, p. 172). A pesar de todo, de sentir que su vida no es excitante, profunda en emociones, el viajero reconoce nuevamente que está en medio de lo que vino a buscar en su viaje: “Y menos mal que aquí estoy dentro de la aventura, rodeado por la muerte, cerca del mar, del amor, bajo el cielo claro, y soy libre.” (Zalamea, 1960, p. 172).

Es así como, asumiendo que finalmente la Guajira sí le dio y le proporcionó su deseo de aventura y de experiencia, el viajero elabora el recurso de la expectativa como apoyo y soporte de la construcción de la imagen regional; por esto es que lo que se representa de la Guajira son las acciones humanas más extremas: el asesinato, la traición, el suicidio.

De igual forma, también la Guajira será la confirmación de su idea del amor: “El sueño que se llevará todos estos granos de la locura que ha puesto en mi alma la vecindad incompartida del amor trágico, del amor asolado por el dolor que es su médula, su tuétano y su esencia.” (Zalamea, 1960, p. 173). Es el amor “trágico” y “doloroso” que se evidencia en las relaciones amorosas que se narraron en la historia. De igual modo, también la Guajira será la confirmación de lo que él espera de la vida: “...Si pudiéramos hacer que las horas se situaran en el punto que nuestro deseo fijara, ¡cómo sería de lineal, de regular y de terrible la vida! Lo único que puede hacerla amable es lo inesperado y lo sorprendente.” (Zalamea, 1960, p. 181). La vida como un hecho perdible, perseguida por la muerte que es tan “fácil” en la Guajira “hiriente” y “peligrosa”, contrariamente a la Bogotá distante donde “...no llega sino muy tarde, como si le hiciera daño subir a la altura. Allá no se muere nunca como aquí, repentinamente, inopinadamente.” (Zalamea, 1960, p. 213).

La Guajira representada como región “no civilizada”, y por tanto desnuda y franca (el primitivismo mencionado anteriormente), hace que su territorio sea relacionado con estos actos trágicos: “Allá enfrente, están la civilización y la mecánica. Aquí, la tragedia y el dolor y la desnudez y el hambre y la miseria, se extienden hacia el Norte en una gran mancha de ocre y verde.” (Zalamea, 1960, p. 241). “Allá estaba la vida verdadera, dura y desnuda como una piedra. Allá estaban las mujeres desnudas, los hombres francos, los peligros simples y con los dientes descubiertos. Aquí está todo velado, escondido, falsificado.” (Zalamea, 1960, p. 243). Es por esto que la representación de la región parte de un deseo personal, puesto que se elabora desde la motivación juvenil de encontrar y experimentar su imaginario de la vida y el amor, ya que su ciudad de origen no mostraba signos de permitir estas excentricidades y excesos vitales; en la Bogotá andina de las montañas frescas, en la ciudad con ífulas de orbe gigante, de los poetas, de los automóviles y las mujeres cubiertas, al parecer no suceden estas tragedias, estas aventuras sexuales, estas muertes súbitas.

Entonces la Guajira como región caribeña, con un clima caliente y soleado, con una situación geográfica lejana, tierra de indígenas, negros y mestizos, es idealizada y representada, por el viajero, como el territorio propicio para que las pasiones sexuales, las cóleras de los hombres y de la naturaleza, se manifiesten, lo mismo que la experiencia del

hambre, que nunca es posible en los lugares poblados y centrales de las capitales, haciendo que el imaginario y el deseo de un joven viajero ciudadano, que sale de su vida cómoda en la ciudad en búsqueda de la aventura de la vida a un lugar salvaje e instintivo, se cumpla. Por esto, la representación se supone permeada por toda la situación personal del viajero: parte de este estímulo y se elabora con propósitos claros, también como una manera de justificar el viaje, de hacerlo excitante y diferente para el público lector.

Dentro de la representación que descubrimos en la novela, aún no hemos abordado a dos actores importantes dentro del mundo regional de la Guajira: los indígenas Wayúu y la mujer. Ambos actores hacen parte del panorama regional y constituyen parte importante de los símbolos y referentes, de la representación que realiza el viajero y que serán aportantes en la imagen de la Guajira exótica, sexuada y trágica.

El mundo indígena

Para el grupo de habitantes de El Pájaro, de Manaure y de Bahiahonda, la relación con el mundo indígena es de desconfianza y prevención: “Es que aquí hay que ser muy macho y trancarles a todos esos vergajos... Si usted hubiera estado, se muere de miedo...Ojalá hubiera otra vaina de esas para ver cuántos somos y cuántos quedamos.” (Zalamea, 1960, p. 105). Las palabras del Cabo, un compañero de trabajo del viajero, son de advertencia, al contarle al viajero un episodio de subversión indígena en las salinas de Manaure. La relación de distancia y prevención que se le muestra y se le expresa al viajero para con el indio es asimilada sin cuestionamientos por él y, seguramente, será la gestora de la poca curiosidad por las tribus Wayúu que el viajero muestra en su viaje.

Tan sólo un indígena, “el Chulo”, está cercano al grupo de hombres que trabaja en Bahiahonda; llega al trabajo para empacar la sal, en reemplazo de Máximo: “He hecho buenas migas con el ‘Chulo’. Parece afectuoso con los civilizados.” (Zalamea, 1960, p. 195), expresa el viajero. El Chulo es al parecer un indígena atípico, que vive entre dos mundos y entre dos lenguas, lo que lo hace ser un poco “civilizado”, y eso se demuestra en que ha aprendido a relacionarse con el grupo de trabajadores sin la hostilidad propia de los demás nativos indígenas. Ha cedido y ha confiado, y por esto ha recibido “beneficios”: “Le

damos de todo y se pone muy contento al ver que lo tratamos como a un compañero y no como a una bestia.” (Zalamea, 1960, p. 195).

La relación del Chulo con el viajero va un poco más allá, cuando van los dos en búsqueda de perlas y el viajero presencia su muerte en el mar, una muerte que será la de mayor incidencia en la interioridad del viajero: “Y estoy triste. No me interesan ya las indias, ni me importa nada. Vivo con la obsesión de su recuerdo, de que tal vez murió por mi culpa.”(Zalamea, 1960, p. 208). Pero su dolor no está relacionado con un fuerte lazo de afecto con el Chulo, sino por la forma tan inesperada de su muerte, donde el viajero estuvo imposibilitado de brindarle alguna ayuda y, por tanto, el peso de su muerte desata el deseo de partir de Bahiahonda.

Es así como, sólo a través de los otros, habitantes y trabajadores de los puertos guajiros, y de las pocas visitas que el viajero hace a los rancheríos, que se relatan algunas de las leyendas y costumbres de las comunidades indígenas Wayúu, tales como el encierro de la mujer en su primera menstruación y el entierro de una anciana indígena, “María la vieja alcahueta” (al parecer la encargada de conseguirles las indias). Es en esta visita cuando el viajero presencia una escena que le asombra, al observar dos indias besándose amorosamente:

Me sorprende extraordinariamente esto. Una raza que parece tan fuerte y tan poco degenerada ¿permite estos matrimonios –¿se podrán llamar matrimonios?– entre individuos de un mismo sexo? Pero a eso llegará la civilización por el camino que lleva. En la Guajira son muy pocos estos casos verdaderamente extraordinarios, sin que tengan para nadie ese carácter. Quizás por eso mismo. Es una cosa extraña ésta, con esa libertad sexual sin límite y con todos los conflictos sociales solubles por medio de la indemnización. (Zalamea, 1960, p. 198).

Para el viajero, esta escena homosexual tiene unas connotaciones importantes y difíciles de asumir para él y sus principios morales; este tipo de comportamientos los supone “degenerados”, sin orden ni control. A pesar que en su imaginario sobre la Guajira espera libertad sexual, no espera esta amplitud de criterios, que el viajero sólo cree posible en una sociedad futura y degradada. Esta postura resulta inesperada en el viajero, que al parecer huye del recato ciudadano y de su falsa moralidad: “...Pero ¿hay algo más despreciable, más sucio, más inmoral que la sociedad? Que esa sociedad pacata y lujuriosa, que se esconde

para fornicar, para mancillar, para robar, para asesinar y sale a la mañana siguiente a predicar la moral, la justicia y la verdad, lo que ellos llaman moral.” (Zalamea, 1960, p. 162). Pero esta situación y la naturalidad como es vivida en el entorno guajiro, sobrepasa su entendimiento, supuestamente abierto y comprensivo, para con los vicios y las faltas humanas.

La opinión del viajero sobre el matrimonio indígena será parecida: “... el matrimonio ultramoderno, el matrimonio del año 2050. **La comercialización de la vida nos llevará a hacer lo que estos indios practican hace centenares de años.** La indemnización en el matrimonio.” (Zalamea, 1960, p. 199). Asume el viajero estas costumbres como modelo para la sociedad futura, que supone en decadencia, por su presentido exceso en la comercialización de todo, el mar y la vida misma; un modelo industrializado él cuestiona y asocia con la costumbres de los nativos, en estas tendencias de ellos a cobrar por todo, faltas, matrimonios, muertes, etc.

En estos dos casos, la postura primitivista y exotizante del viajero, asumida en un principio, se ve desdibujada, puesto que ya el nativo y sus costumbres no es visto como un ejemplo positivo para el futuro sino lo contrario, será la figura de lo que no se debe hacer en la sociedad del futuro. De esta manera, la postura del viajero no difiere mucho de los viajeros extranjeros del siglo anterior: “¿Cómo quieren que el indio no sea vengativo e interesado cuando la venganza y el interés son la base de sus leyes y se le enseña al niño, tan pronto como alcanza la edad de la razón, a vengar a su padre, indicándole el nombre de su asesino?” (Candelier, 1994.), para quienes el filtro de su sociedad, y los valores que ésta promueve, está permeando constantemente la opinión sobre lo otro, diferente, en este caso, las comunidades Wayúu.

El viajero también se acerca un poco al conocimiento de las tribus y sus leyendas de origen, gracias al Cabo que, al parecer, es quien más conocimiento tiene de la lengua nativa de los Wayúu: “Sí, los indios están divididos por castas. Los arpuchainas, los urianas, los epieyúes (...) Descienden dicen ellos, de la culebra cascabel, del turipail, del golero, del tigre (...) Pendejadas.” (Zalamea, 1960, p. 112). Sin embargo, ni el Cabo, ni ninguno de sus otros compañeros de trabajo en los puertos toman en serio estas leyendas e historias de los Wayúu, tampoco toman en serio sus costumbres. Ven en ellas un modo de sacar provecho y

un poco de ganancia material: “–Sí– reafirma Nica–, pa cobrá, no hay quién le gane. Vea que vaina esa de cobrarle a uno porque nombra a un muerto. O porque un indio se corta con un vidrio que uno haya tirado a la playa...” (Zalamea, 1960, p. 112).

De esta manera vemos que la representación del indígena Wayúu en el texto está condicionada, en parte por los criterios que de ellos tienen los mestizos, los negros y los blancos que el viajero encuentra en los puertos Guajiros; sin embargo, también el viajero elabora sus propios criterios, gracias a lo que puede “observar” de sus costumbres. Finalmente, el viajero se acerca a los Wayúu, con mucha precaución y distancia. La lengua guajira puede ser uno de los obstáculos para la entablar una relación menos distante con los nativos indígenas, además de todas las prevenciones y advertencias que el viajero debe escuchar. Por esto, la relación entre el viajero y los nativos es distante e indirecta, y casi indetectable en la narración, exceptuando, por supuesto, la relación con las indias, las que sí se llevan todo el interés del viajero, a pesar del desconocimiento de la lengua, que de ninguna forma resulta un obstáculo para acceder a sus cuerpos.

Mujer, uso e intercambio

Ha sido una constante de los viajeros de todos los tiempos que el intento de apropiación del mundo visitado, llámese cultura, costumbres o rito, pase por la posesión de la mujer. Esta situación no es ajena en la novela, donde la mujer es planteada y valorada como un objeto de uso, un cuerpo sexuado que no sólo se observa, se describe, se posee, sino que además es un cuerpo que ocasiona la tragedia: “...Matar a un hombre por una mujer (...) Matarlo por lo que es tan repetido, tan diferente, tan exacto y tan fácil.”(Zalamea, 1960, p. 127). “Anaska estaba afuera, poniendo a todo cuanto tocaba bordes de desnudez primitiva. Cocinaba, y me causaba extrañeza verla cocinar, semidesnuda, con su cuerpo tan vecino de la llama y de los alimentos. ¿No era entonces su cuerpo una llama y su desnudez un alimento de lujuria?” (Zalamea, 1960, p. 74). El cuerpo de la india se muestra como el lugar de las pasiones excesivas, donde no importa la mujer como sujeto, sino sólo como un cuerpo al que se accede, que simplemente está ahí, fácil, a la mano, por lo tanto, sin mucha importancia.

Desde el inicio de la narración de viaje podemos percibir, impreso en el lenguaje utilizado por el viajero, una exposición de virilidad constante, gracias a la descripción casi extrema y obsesiva por la mujer: mujer india, mujer mulata, mujer blanca. Los senos, las caderas, las bocas de las mujeres se vuelven, para el viajero, más interesantes de describir que el elaborar perfiles de sus personalidades; se puede deber a eso, a que talvez no haya nada importante de evidenciar en la mujer, diferente a su cuerpo, como es el caso de Rosita, la mujer de don Pachito, un bogotano instalado en Manaure: “Su mujer, con la visión del mundo tergiversada por la desviación de los ojos, nos escuchaba en silencio. Era profundamente aburrida, cuando no se le veían los senos. Y don Pachito lo sabía (...) Por eso, tan pronto como yo salía de la casa, probablemente para no aburrirse, hacía cerrar la puerta...” (Zalamea, 1960, p. 119). Ella no es más que unos senos y un posible cuerpo dispuesto a la sexualidad.

Este constante lenguaje viril se apropia del relato para evidenciar una fijación del viajero sobre el cuerpo femenino, que comenzará con Meme, la mujer mulata de la goleta: “A través de la tela veo sus muslos. Muslos lentos, firmes, pesados y morenos, pero no tan morenos como la cara, a pesar de **la sombra**. El vientecillo que sopla, los ciñe a la tela, para mostrar su redondez, su dureza.” (Zalamea, 1960, p. 13). Meme fue sólo el amor ideal de la goleta, al que nunca se acercó sexualmente pero que, sin embargo, generó toda clase de emociones y deseos en el viajero, que ya empezaba a expresar cuánto necesitaba el acercamiento sexual con una mujer; una mujer que no podía ser cualquier mujer, debía ser una india. Por esto, estando en Riohacha, ya está maquinando cómo lograr este objetivo:

“En la esquina, hay un almacén de grandes puertas, aireado y ventrudo que echa sobre la calle todos los colores (...) Muchas sartas de collares hechos con cuentas de vidrio azul y rojo, collares de cornalina, collarcitos negros hechos con la corteza de coco. Dicen que con ellos se puede engañar a las indias, pero yo aspiro **a comerciar** con ellas de una manera menos burda.” (Zalamea, 1960, p. 55).

Es por este objetivo de sexualidad con las indias que la reiterada mención del cuerpo femenino se volverá más reiterativa con la llegada del viajero a los puertos guajiros: “Pero si Manaure no tiene color, es, en cambio una deliciosa amalgama de perfumes. Otra vez el

del coco. El sexual perfume de las indias, que cuando cierra uno los ojos, le da la ilusión de estar besando una axila profunda.” (Zalamea, 1960, p. 91).

Las indias, que son una categoría en el relato, son una feminidad homogénea para el viajero: simplemente hay unas más bonitas, otras más feas, o viejas, lo importante es que son la representación de una mujer distinta y desconocida, por lo mismo exotizada. Ese su mayor encanto y el viajero va a hacia ese encuentro sexual, que se ha configurado en su cabeza, sino, talvez, el viaje carecería de sentido. Es así como el viajero tiene una idea fija y un objetivo claro: poseer sexualmente una india. Cuando por primera vez “ve” una india en Riohacha, la sorpresa de toparse con lo largamente esperado se realiza en esa visión lejana de una figura imaginada de ante mano en el pensamiento: “Me acerco. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es una india? Sí, ¡la primera, la primera india! Me da un poco de miedo su mirada, espinosa y oscura, que me detiene como una alambra.” (Zalamea, 1960, p. 59).

La india hace parte de una imagen que se ha figurado como ideal femenino: “¡Qué bella! Geométricamente perfecta, con su manta que la desnuda y la boca roja, tensa, ceñida, apretada en un imaginario mordisco. Brazos en cilindros y en ángulos. Senos temblorosos y duros, que perfuman la noche. Cabellos lacios, duros, ¡empapados en aceite de coco! Oh el aceite de coco, lubricante eficaz del deseo!!!;El primer olor y el olor eterno de la Guajira!” (Zalamea, 1960, p. 59). Ideal femenino en contraposición a la mujer “ordinaria y civilizada”, a la mujer común, blanca, citadina, envuelta en vestido y artificios, establecida en el mundo educado y burgués al que el viajero pertenece: “Para mí no son las mujeres enjoyadas como la noche, sino las indias de cuerpos dorados como el día y ágiles como el viento.” (Zalamea, 1960, p. 171).

Es a través de la mujer india que el viajero asume la conexión con la región Guajira: “Aquí todos, viejos y jóvenes, aman, poseen a las mujeres...” (Zalamea, 1960, p. 104). Su puente al mundo guajiro es la mujer, su evidente y palpable eroticidad; de esta manera, se representa una “Guajira sexuada” a la que poseer y a la que “conquistar”. El ojo “veedor” del viajero se establece en las formas femeninas de senos y caderas, el cuerpo femenino representado en olores, sabores y símbolos sensoriales que también se asumen como característicos de la región Guajira: “Aquí se siente llegar ya el aliento de la Guajira. Huele a lo que deben oler las indias. Un olor compuesto de muchos perfumes y aromas. Es la

pampa, el desierto, la arena, el sexo y la muerte. Es todo eso lo que huele, lo que perfuma y aroma. En el aire vibran cantos de dardos y flechas.” (Zalamea, 1960, p. 50).

La experiencia sexual, se vuelve una motivación que perseguir y buscar durante el viaje y se dará en Manaure cuando Kuhmare aparezca para realizar el encuentro sexual, un encuentro que empezó con la vista y que terminará en la consumación del acto sexual. Se poseyó la Guajira, su misterio y sus olores, a través de la posesión femenina: “Como llegaba con la noche, en la noche ella se escondía y yo me escondía en la noche. Yo dentro de su cuerpo, que era noche, y ella dentro de mi alma, que no era día ni mañana...Oh, **entonces, ¡sí que conocí el significado del valor que oculta el olor del aceite de coco!**” (Zalamea, 1960, p. 98).

De esta manera, la categoría “india”, como absoluto y totalidad, se convierte en la evocación del yo del viajero y su necesidad de atrapar esta idea absoluta, y apropiarla desde un todo que carece de diversidad y complejidad. La india es una categoría de mujer, con características exactas y agrupadas para convertirse en objeto de deseo. Esta visión categórica de las “indias” también es compartida por otros personajes de la historia; las indias son percibidas con sentimientos despectivos y de desconfianza. Es el caso de Pablo, que fue el primero en establecer las debidas advertencias al viajero sobre ellas y los embrujos que preparan para atrapar a los blancos: “Y ella creen que con lo civilizado van a llevá una vida de rica y se sacan a uno clavo.” (Zalamea, 1960, p. 77).

Lolita, la mujer de Víctor, en su dominio y privilegio de mujer blanca, se dice distante de los comportamientos de las indias, de su supuesto libertinaje y facilidad con los hombres. Por esto que al referirse a Pepita, una mujer que comparten sexualmente todos en el puerto de Bahiahonda, compara su comportamiento con el de las indias: “Yo no he dicho que todas las mujeres. ¿Oye? Es como todas las indias. Eso es muy distinto. ¿O es que cree que yo soy como ella?” (Zalamea, 1960, p. 190). Finalmente vemos como todo su discurso se cae, y se contradice, cuando vemos que su autorepresentación de mujer distinta y recta no es del todo cierta, ya que también ella traiciona a su marido, Víctor, con Gabriel. Lolita es vocera y continúa con los pensamientos de los hombres de Bahiahonda, donde la imagen de las indias se muestra degradada por su excesiva entrega a los hombres. Es por esto que los hombres, mestizos en su mayoría, las ven como objetos de sexualidad pasajera.

Este es el caso del viajero, para quien la relación sexual con Kuhmare no avanza hacia ningún tipo de sentimiento; la relación con ella tiene desde el principio unos términos claros que no incluyen el amor. El viajero nunca quiso involucrarse del todo, nunca accedió a la compra de una india, ni aún después de la insistencia de sus compañeros: “¿De manera que también yo puedo comprar una india? ¿Una india que sea para mí solo? Oh el dolor terrible de una puñalada, un flechazo en el vientre, o...o...un balazo en la frente...Pero ¿para qué eso?”(Zalamea, 1960, p. 78). La india Kuhmare no pasó de ser sino una experiencia pasajera, que llegó para cumplir su deseo de sexualidad, el viajero no cruzó el umbral del compromiso, se abstuvo de él, para así seguir conservando la prudente distancia del hombre racional: “Quería que yo la comprara, que la hiciera mi mujer, pero hube de convencerla –tras largas conversaciones mudas y mímicas– de que eso era imposible. Yo era muy pobre y ella valía mucho. Le dije que era bastante mejor que viniera a verme a ocultas, y convino.” (Zalamea, 1960, p. 99).

En contraposición a esta postura está la unión de Patricio con la india Jenia, una india comprada por él para crear un hogar con ella. Dicha relación se establece desde el principio, desde el compromiso y el respeto por las tradiciones de la tribu a la que ella pertenece: “El idilio de Patricio y Jenia se ha prolongado. Andan juntos, siempre pegaditos. No se separan para nada. Cuando estamos cargando, se para a mirarlo, en la playa y le da fuerzas con sus sonrisas grandes y dulces.”(Zalamea, 1960, p. 212).

En realidad, el viajero nunca se planteó una relación más allá de lo meramente sexual con las indias. El viajero va a presenciar la aventura y el peligro, como testigo, no ha de ser parte de él; sus acciones, si las detallamos, son medidas y discretas. No compró una india porque pudo resultar herido o muerto por los indios, exceptuando solamente el caso con Enriqueta, la mujer de Luisito, donde la embriaguez y la noche lo vencieron, por primera vez, y lo llevaron acostarse con ella, una mujer por fuera de su prototipo femenino y que además es mujer de otro hombre: “Después de los excesos alcohólicos, se hace más intensa, más insaciable, más impaciente... Tal vez por eso...Pero no... ¡Para eso están las indias que no producen tanto asco! Y sin embargo, son dulces sus besos...” (Zalamea, 1960, p. 110).

Enriqueta lo vuelve a buscar y él se escabulle: la culpa que siente sigue latente y lo lleva a entablar un diálogo con Dios, donde se evidencia su moralidad, su afectación extrema por

haber cruzado el límite: “Del recuerdo de aquella noche que me hace sufrir tanto. Y no quise, Señor, abrirle...! Perdóname...! Perdóname...¿Lloro? Sí... Lloro, sin saber por qué...” (Zalamea, 1960, p. 110). Este caso es, tal vez, el único en la novela donde vemos claramente una caída, un desborde de su posición de hombre “civilizado y racional”. Entre la vivencia de la noche y la inconciencia del licor, el viajero ya no pudo escapar de sus instintos, la noche cumplió su misión de desintegrar un poco su individualidad y, por ende, sus criterios y gustos.

De la representación de lo femenino en la novela podríamos concluir que está ligado al paquete de lo que la región debe proporcionar. En ninguna experiencia de lo exótico, de la aventura del viaje, la mujer puede quedar por fuera, todo lo contrario: es la mujer, precisamente, la que moviliza las pulsiones naturales de los hombres, su deseo, sus ansias de sexualidad: “Si no fuera por las indias éstas, buenas, fáciles, generosas, sería imposible vivir en la Guajira. En esta tierra llena de cortes y de aristas, espinosa y terrosa y ventosa. Tierra de sed, de sol, de sueño. Tan distinta de mi Bogotá, tierra fresca eternamente, con su clima invariable, que no oscila en el termómetro...”(Zalamea, 1960, p. 168).

La experiencia de lo exótico, la expectativa inicial del viaje, empieza a declinar para darle paso a la sensación del tedio, que se da por la ausencia de lo novedoso, de lo especial, y que puede aparecer en la estadía prolongada en un lugar. Para el viajero, esta sensación será sentida en el puerto de Bahiahonda, donde ya lleva viviendo bastante tiempo; entonces, la Guajira, ya no está en ventaja con “su” Bogotá, fresca y de invariable clima, porque se siente osca, seca, aburrida; tan solo las indias pueden despertar o estimular lo diferente, las indias como un suceso más de la región, como el vínculo final con ella. Las indias son, entonces, la fácil diversión de los momentos de tedio.

Conclusiones

El objetivo principal de esta investigación estaba dirigido a retomar la lectura y el análisis de dos obras importantes de la narrativa de viajes de Colombia a principios del siglo XX, como son: *Viaje a Pie* y *Cuatro años a bordo de mí mismo*. Varias fueron las razones por las que se eligieron estas dos obras: que ambas tenían como motivo narrativo el viaje y que fueron polémicas en su época; también, que fueron obras escritas por autores viajeros, burgueses y letrados, pertenecientes a los dos centros ciudadanos más importantes del país: Bogotá y Medellín, y que realizaron su viajes hacia algunas regiones de Colombia.

Por tanto, este trabajo tiene un interés sobre el desarrollo y el perfil del género de la literatura de viajes en el país. Ahora bien, el análisis de estas obras se hizo desde unas preguntas de investigación específicas, que estaban dirigidas al problema de la representación regional que se hace en las obras –una cuestión que está ligada, de forma importante, al género de la literatura de viajes–, por parte de los narradores viajeros; esta representación estaría abarcando territorios caribeños, en el caso de *Cuatro años a bordo de mí mismo*, y de regiones y ciudades andinas, y la costa pacífica, en el caso de *Viaje a pie*.

Según Edward Said, en el siglo XIX los pensadores y viajeros “conciben la humanidad en términos de grandes colectividades o generalidades abstractas.” (Said, 2004, p. 155). Colombia no será la excepción: fue el siglo XIX, en el proceso de construcción nacional de la república, cuando las élites criollas instauraron los grandes discursos sobre las regiones del país¹⁶. Estos discursos estarían marcados por teorías de superioridad climática y

¹⁶ “Estos letrados ejercieron una influencia decisiva en la forma como los colombianos aprendieron a mirarse a sí mismos, a su nación como un conjunto. Las imágenes sobre sus regiones y sus pobladores, la valoración

geográfica, donde unos climas y geografías del país primaban sobre otros. Francisco José de Caldas fue uno de esos intelectuales que afianzó y argumentó extensamente estas teorías:

“...la geografía de los Andes como el área de la civilización y el progreso, y las tierras calientes como geografías de la barbarie y del atraso (...) Caldas fue quizás el creador, en nuestro medio, de la visión sobre la cual se fundamenta una y otra vez a lo largo del siglo XIX y bien entrado el XX, el discurso hegemónico de la república andina...” (Múnera, 2005, p. 71).

La región andina (sus ciudades para el momento, empezaron a visibilizarse por su auge económico, social y político), por su raza “mestiza y blanca”, por su clima “benévolo”, donde los hombres sí pueden desarrollar su pensamiento intelectual y adiestrar su temperamento, se consideraba la región ideal para concentrar el centro de los poderes del Estado y la “vida civilizada”. Por el contrario, las tierras calientes, los llanos, las selvas y las costas, encarnan, según este discurso, la parte negativa de la “América ideal” de los mestizos; su clima en extremo caluroso y soleado era considerado propicio para afianzar las pasiones sexuales, el ocio y la barbarie traducida en todos los excesos del temperamento, siempre propensos al extremo, en estas geografías.¹⁷

Después de este brevísimo resumen, sobre cómo los discursos regionales se fueron construyendo en el país desde el siglo XIX, bajo condiciones prejuiciosas y desiguales, podemos comenzar por concluir, a partir del análisis que llevamos a cabo de los textos de Fernando González y Eduardo Zalamea, varios aspectos importantes sobre el género de la literatura de viajes en Colombia a principios de siglo XX.

En el discurso narrativo de viajes continúa permaneciendo la huella de los grandes discursos que el siglo XIX promovió en el país, donde la representación de las regiones, sobre todo los territorios costeros del Caribe y el Pacífico, se mostraba reducida –y aunque no de forma evidente y abierta– a la imagen de regiones meramente portadoras del placer

de sus geografías y de sus razas, luego popularizadas en forma de estereotipos, se originaron muchas veces, en la elaboración y reflexiones de los intelectuales criollos del siglo XIX.” (Múnera, 2005, p. 22)

¹⁷ “Hay pocos puntos sobre la superficie del globo más ventajosos para observar, y se puede decir para tocar, el influjo del clima y de los alimentos sobre la constitución física del hombre, sobre sus carácter, sus virtudes y sus vicios.” (Caldas, citado en Múnera, 2005).

físico y sexual para los viajeros, y donde el vivir diario de sus habitantes se debate en la confrontación con la muerte, con el asesinato, el suicidio, la infidelidad y la traición.

En *Viaje a Pie* esta representación se mimetiza entre tantos presupuestos de “verdad” sobre el país que el viajero promueve en su discurso, pero puede evidenciarse cuando el viajero tan sólo percibe en la Costa Pacífica, la región negra y mulata, un territorio del disfrute, del sensualismo corporal y el ocio, y no una región que pueda brindar una alternativa dentro de su búsqueda de una Colombia auténtica y propia.

En *Cuatro años a bordo de mí mismo*, estas representaciones se disfrazan de exotismo, un exotismo que no es otra cosa que una forma sofisticada del uso, ya que el viajero no establece una relación de alteridad y diálogo con la región, sino una relación de oposición con ella: lo que la Guajira como región tiene de diferente, a su lugar de origen, a sus costumbres y valores. La Guajira, tierra de calor, mar y sol, tierra primitiva y natural, es un todo homogéneo, una totalidad que se construye desde sus historias de muerte y, por supuesto, de sexualidad desbordada. La región, siempre expuesta a los rigores del clima caliente, es contraria a las regiones que se emplazan en las cordilleras andinas, con sus habitantes siempre “mesurados y prudentes” en sus comportamientos: “El amor, en esta zona tórrida del corazón humano, no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa (...) Los celos, tan terribles en otra parte y que más de una vez han empapado en sangre la base de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y desengaños...” (Caldas, citado en Múnera, 2005).

De igual modo sucede con los indígenas Wayúu, nativos de la Guajira, que son representados en la novela como ladrones y peligrosos asesinos; sus costumbres de intercambio y trueque son observadas con recelo, como simples acciones oportunistas, y las indias son representadas como mujeres perversas, que engatusan a los hombres, mujeres siempre “fáciles” y dispuestas a la sexualidad. Pero los nativos de las cordilleras andinas son lejanos, en costumbres y valores, a los “bárbaros nativos de las costas”, según los discursos de los pensadores del siglo XIX: “Éstos (los indios y castas andinos) son más blancos y de carácter dulce. Las mujeres delicadas tienen belleza, y se vuelven a ver los rasgos y los perfiles delicados de este sexo (...) Un culto reglado, unos principios de moral

y de justicia, una sociedad bien formada y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente.” (Caldas, citado en Múnera, 2005).

Las categorías que distancian y ponen en condiciones superiores al hombre “civilizado” del “salvaje”, se siguen promoviendo y evidenciando en el discurso de estos viajeros, así como estuvieron presentes en casi todos los viajeros del siglo XIX, en su mayoría extranjeros, que visitaron también diversas regiones del país. Los viajeros de estas obras, como mencionaba anteriormente, pertenecen a los dos centros “capitalinos” y “andinos” más importantes del país, desde donde se dictan los valores y las conductas, al parecer apropiadas y ejemplares, para el resto del país; son ellos los que se autorizan a sí mismos para viajar –que ya es un acto de privilegio– y representar a las regiones en sus relatos de viaje, regiones de las cuales se sienten y se proclaman distantes y apartados, ya sea por su “capacidad intelectual”, su “lucidez” y “conocimiento” frente a la situación del país, como ocurre en *Viaje a Pie*, o por la moderación, el recato, que muestra y dice tener en sus acciones (en su capacidad de mantenerse al margen de los excesos) el viajero de *Cuatro años a bordo de mí mismo*.

De esta manera, el género de literatura de viajes, en estos inicios del siglo XX, aún se encuentra repitiendo y recreando algunos de los discursos universalistas y categóricos del siglo pasado sobre las regiones del país. Esta fue la conclusión más importante, de acuerdo a la pregunta principal de la investigación, sobre la manera como estaban representadas algunas regiones del país, en estos dos libros de viaje.

De igual manera, podemos concluir que, en el género de la literatura de viaje a principios del siglo XX en Colombia, el viaje, y la narrativa que se crea a partir de él, se toma como un lugar de enunciación “adecuado y novedoso”, por su cualidad de distanciamiento del centro social familiar, posibilitando que el viajero ejerza su capacidad de cuestionamiento, gracias precisamente a ese estar y sentirse por fuera de su lugar de origen. Es así como, también la narrativa de viajes, gracias a su estructura autoreferencial, genera un espacio desde donde exponer y producir pensamientos, confrontando los estamentos de poder, problematizando diversos aspectos del presente cultural y social del país, y posibilitando un lugar de diálogo entre la narrativa de viajes y la situación por la que atraviesa el país.

Como ocurre en *Viaje a pie*, donde el viaje se elige como plataforma idónea para la expresión de ideas, pensamientos y propuestas; en el relato se evidencian las inconformidades políticas y socioculturales del viajero con su tiempo. La experiencia de lo visitado, representado en lugares, topografías y sujetos, es aún tímida en el texto, como es poco evidente el desarrollo de una exposición descriptiva de la otredad y del viajero mismo frente a ella. Sin embargo, la obra es como una puerta, donde se enuncian caminos alternativos y nuevos para la vida del país, y donde el pensamiento del viajero puede exclamar sus propuestas e inconformidades, para que otros puedan tomarlas; el viaje ayuda y propicia esta elaboración de pensamientos, teorías e ideas sobre el país.

En *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la elección por el viaje está más ligada a la experiencia de lo vital, como si ya hubieran madurado las ideas y se pudiera cruzar la puerta, el umbral de lo conocido, para ir hacia la experiencia directa; ya no basta con el pensamiento y las ideas, sino que se hace necesario el contacto directo de lo otro, sujeto, topografía, espacio, cultura, etc.; es por esto, que el viaje aparece como la mejor opción para la búsqueda y el encuentro con el conocimiento de la vida y sus posibilidades. Es así como la escritura manifiesta este cambio en un atrevido y locuaz relato de los pormenores del viaje: las descripciones se sumergen más en los detalles de cuerpos y personalidades, la interioridad del viajero tiene más espacio en la narración, se expone más al juicio del lector.

También podemos concluir que, la narrativa de viaje, participa en la necesidad de construir algo colombiano, algo que nos sea propio y no exportado, para dejar al lado la dependencia y el apego a lo extranjero, casi siempre valorado como mejor. Es así como, la narrativa de viaje, participa del deseo de fundar y seguir construyendo la nación, un propósito que se viene implementando desde las narrativas decimonónicas, y aún sigue presente en estos inicios del siglo XX. En *Viaje a Pie*, se muestra la importancia de generar ideologías propias, que nazcan en nuestros territorios, para así recuperar la dignidad y la autonomía de la que ha carecido el país hasta ese momento.

Por último, la narrativa de viajes ayuda a ampliar el panorama de las rutas geográficas del país, visibilizando la existencia de una Colombia de regiones, una Colombia no sólo

mestiza¹⁸, una Colombia donde es inevitable reconocer la existencia de lo negro, lo mulato y lo indígena; empezamos a saber de la existencia del país multiétnico, multirracial, que habita en las regiones, aunque todavía ese reconocimiento es parcial e indirecto, y aún ciego frente al valor adecuado y merecido de estas culturas y etnias, que también conforman la nación. Sin embargo, la narrativa de viajes recoge estas geografías del olvido y las planta en la memoria, para mostrarlas al país lector y letrado de los centros urbanos, y esto a pesar de los discursos dominantes y estereotipados de los viajeros, de su apuesta por seguir autoproclamando y exaltando sus propios valores y costumbres, a través de sus representaciones sobre las regiones, donde se puede evidenciar más la representación de los centros capitalinos, de su poder y de sus valores sociales, que la cultura y la formas de vida de las regiones.

Por estas razones, y muchas más, los caminos para el estudio del género de la literatura de viajes en Colombia quedan abiertos y dispuestos, para que en sus futuras investigaciones se puedan introducir también el análisis de las narrativas regionales, donde sea posible descubrir y evidenciar la forma cómo las regiones del país se han mirado y se han representado a sí mismas, porque lo han hecho siempre, a pesar de todos los intentos por silenciar su voz. Entonces, ya las preguntas de investigación no se harían desde el centro hacia la periferia, de la ciudad hacia la región, de lo andino hacia las costas, llanos y selvas, sino desde los propios centros de significación de las regiones, que sean sus propias inquietudes las que se manifiesten: ¿Cómo y de qué manera nos hemos representado? ¿A través de qué lenguajes, símbolos y narrativas? Los descubrimientos podrían ser muy interesantes y nos darían la posibilidad de reevaluar la representación y los imaginarios de los discursos dominantes de poder, que estoy segura, aún persisten en los colombianos, sobre algunas regiones del país.

Son muchos los interrogantes que quedan por hacer en cuanto al desempeño y el aporte del género de viajes a la literatura y a la narrativa del país, sobre todo en este país desgarrado

¹⁸ “La idea de la naciente república, dotada de un mestizaje más o menos completo, ha servido para ocultar a los ojos de los estudiosos de la historia colombiana uno de los ejes centrales sobre los que giró la formación misma de la nación en el siglo XIX: el descomunal esfuerzo por someter y suprimir las razas negras e indígena del territorio patrio, y la construcción temprana, desde los textos fundacionales del pensamiento criollo colombiano, de una idea de nación brutalmente violenta y excluyente de las llamadas razas inferiores.” (Múnica, 2005, p. 40)

por el desarraigo y el desplazamiento, donde diariamente muchos de nuestros conciudadanos son víctimas de migraciones forzadas. Este tipo de sucesos sociales y políticos tiene su incidencia en las narrativas de viaje y, aunque en esta investigación no se tocaron estas derivaciones del género, siempre más dolorosas y difíciles, son de vital importancia y ocupan un espacio en el desarrollo y el estudio del género en el país.

También se podrían direccionar muchos interrogantes, al presente actual de la narrativa de viajes en el país, a las obras que hablan sobre viajes y desplazamientos y que se han hecho en los últimos años; cuestionar, por ejemplo, si aún se siguen perpetuando en ellas las miradas del poder centralista y capitalino, si se continua excluyendo a las regiones del país, desvalorizándolas desde sus geografías y climas, desde su supuesto “atraso” e “ignorancia” con respecto a los centros del poder ciudadano y andino.

No podemos negar que, actualmente, también sigue estando presente el peligro de caer en estas versiones universales y estereotipadas de los pueblos, países o regiones, talvez aún más, gracias a los medios tecnológicos y de comunicación, que en forma arbitraria apoyan y promueven los grandes discursos sobre las culturas del mundo y pueden enaltecer o borrar la dignidad de un pueblo en un minuto, ante nuestros ojos impávidos, y muchas veces, ignorantes y ciegos.

De igual forma, la literatura no se salva de continuar perpetuando las “historias” definitivas y finales sobre los pueblos y sus culturas; por esto, el reto de los que hacen y estudian la literatura de viajes es más grande aún, puesto que pueden apoyar estas historias “definitivas” y “verdaderas” o, también, pueden contribuir a profundizar y ampliar los criterios y opiniones sobre los otros: otros países, otras regiones, otros continentes, otras comunidades y otros seres humanos; porque, como dijo la escritora nigeriana Chimamanda Adichie: “cuando rechazamos la única historia, cuando nos damos cuenta de que nunca hay una sola historia sobre ningún lugar, recuperamos una suerte de paraíso.” (Adichie, 2010).

Bibliografía

- Adichie, Ch. (2010), “El peligro de una sola historia”, [en línea], disponible: <http://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural-revista-arcadia/ideas/articulo/el-peligro-sola-historia/22338>, recuperado: 10 de Octubre de 2010.
- Amaya, C. (2001), *Estructura mítica en la literatura colombiana; rituales de iniciación en las obras de las obras de Marvel Moreno, Eduardo Zalamea y Aurelio Arturo*, [tesis de maestría], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Maestría en literatura hispanoamericana.
- Araújo, N. (2008, sept- dic), “Verdad, poder: escritura de viajes femenina”, en *Revista de Estudios Feministas: Florianópolis*, vol.16, núm.3, pp.1009-1029.
- Augé, M. (1998), *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes*, Barcelona, Gedisa.
- Berverley, J. (2004), *Subalternidad y Representación*, Madrid, Iberoamericana.
- Bolívar, Ingrid. (2005, enero-julio), “Los viajeros del siglo XIX y el “proceso de civilización”: imágenes de indios, negros y gauchos”, en *Revista Memoria y sociedad*, vol. 9, núm.18, pp. 19-31.

- Carrizo Rueda, S. (1999) "Analizar un relato de viaje. Una propuesta de abordaje desde las características del género y sus diferencias con la *literatura de viajes*.)" en Beltrán, R. *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo romántico*, Valencia, 343-352.
- Candelier, H. (1994), *Riohacha y los indios Guajiros*,[en línea], disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/riohacha/rioindice.htm>, recuperado: 10 de diciembre de 2010.
- Corporación Fernando González-Otraparte. "Otraparte", [en línea], disponible en: www.otraparte.org
- Clifford, J. (1999), *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gebisa.
- Estebánes, D. (1996), *Diccionario de términos literarios*, 1ª Ed, Madrid, Alianza.
- Fombona, J. (2005), *Textos de viaje de la época modernista*, España, Beatriz Viterbo.
- Gasquet, A. (2006), "Bajo el cielo protector. Hacia una sociología de la literatura de viajes", en Pimentel J. *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, Instituto de la lengua española, p.p. 31-66
- González, F. (1989) *Viaje a pie*, París, Le Livre Libre.
- Hall, S. y Paúl du Gay. (2006), "¿Quién necesita identidad?", en *Cuestiones de identidad cultural*, Madrid, Amorrortu, p.p 13-39.
- Hall, S. (1980), "Codificar y Decodificar", en: *Cultura, media y lenguaje*, Londres, traducción de Silvia Delfino, [en línea], disponible en: www.nombrefalso.com.ar, recuperado: 10 de Noviembre de 2010.
- Jaramillo, M. (2000), *Viajando por el viaje a pie*, Medellín, Biblioteca jurídica Dike.
- Martínez, F. (2005), *El viajero y la memoria. Un ensayo sobre la literatura de viaje en Colombia*, Cali, Universidad del Valle.
- Mejía, J. (1976), *literatura y realidad*, Bogotá, oveja negra.

- Mendoza, M. (1994), *El neonómada vectorial en Cuatro años a bordo de mí mismo*, [tesis de maestría], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Maestría en literatura hispanoamericana.
- Mcdowell, L. (2000), *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Madrid, Cátedra.
- Múnera, Alfonso, (2005), *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta.
- Ordenes, J. (1980), *El ser moral en las obras de Fernando González*, [tesis doctoral], Michigan, George Wasshington University, Doctor en Filosofía.
- Palacio, M. y Safford F. (2003), *Colombia, país fragmentado, sociedad dividida*, Bogotá, Norma.
- Palmero, E. (2006), "Poéticas del viaje en la narrativa de la alta modernidad: los pasos perdidos de Alejo Carpentier", en *Revista de la Fundación universidad federal de Río Grande*, México, vol 10. núm.12, p.p 23- 34.
- Peñate, J. (2004), "Camino del viaje hacia la literatura", en Peñate, J. *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid,Visor libros, p.p 13-29.
- Pérez, S. (1997), *De viajero a peregrino del absoluto*, Bogotá, concepción editores.
- Pinto, G. (1995), *Fernando González y nosotros*, Medellín, comisión asesora para la cultura.
- Pratt, M. L. (1997), *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires,Universidad Nacional de Quilmes.
- Rodriguez, J. (2002, enero-junio), "Cuatro años a bordo de mí mismo", en *Revista Universitas Humanística*, Bogotá, vol.29, núm. 23, pp. 49-61.

- Rubio, P. (2006), "Nuevas estrategias en la narrativa de viajes contemporánea.", en Pimentel J. *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, Instituto de la lengua española, p.p. 243-255.
- Said, E. (2004), *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo.
- Silva, L.(2004) "Vivir y viajar, hacerse uno y hacerse otro" en Peñate, J. *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid,Visor libros, p.p 33-42.
- Tirado, A. (1991), *Sobre historia y literatura*, Bogotá, Fundación Simón Bolívar y Lola Guberek.
- Todorov, T. (1991), *Nosotros y los Otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*, México,Siglo Veintiuno.
- Uribe, M. (1999), *El viajero que iba viniendo más y más*, Medellín, Molino.
- "Viajeros por Colombia" [en línea], disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/galeria/autores.html>, recuperado: 4 de agosto de 2010.
- "Viajeros extranjeros en Colombia: siglo XIX", (1970), Calí, Carvajal & Cia.
- Zalamea, E. (1960), *Cuatro años a bordo de mí mismo. Diario de los cinco sentidos*, Bogotá, Compañía gran colombiana de ediciones.